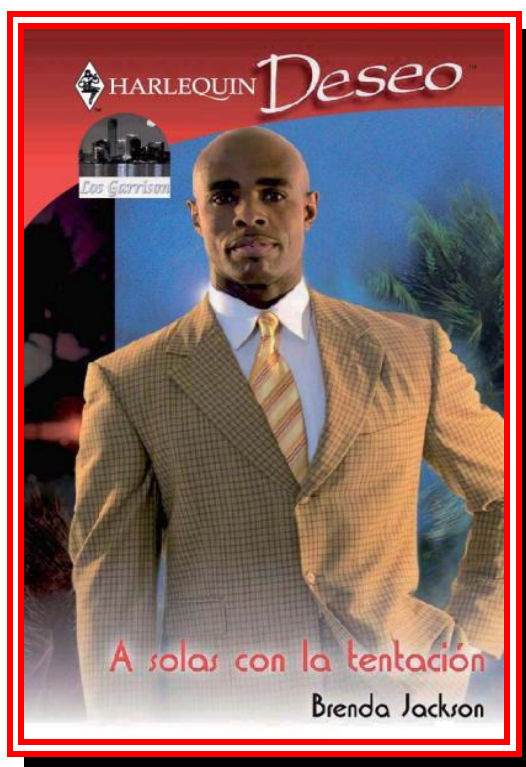


FREE LIBROS.ORG

A solas con la tentación

Brenda Jackson

4º Mult. Los Garrison



A solas con la tentación (2008)

Título Original: Stranded with the tempting stranger (2007)

Serie: 4º Mult. Los Garrison

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Deseo Miniserie 34

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Brandon Washington y Cassie Garrison

Argumento:

Eran unos extraños compañeros de cama...

El feroz abogado Brandon Washington no estaba acostumbrado a que lo ignoraran. Por eso, cuando tuvo que desistir de ponerse en contacto con Cassie Garrison, hermanastra del cliente más importante del bufete, Brandon decidió darle una lección a la huidiza heredera. Se presentaría en la casa que ella tenía en las Bahamas haciéndose pasar por otra persona y, con todas las habilidades que poseía, descubriría todos sus secretos.

Pero una vez completada la seductora misión, Brandon se dio cuenta de que sus intereses profesionales podían chocar con los personales...

Capítulo Uno

Octubre

Cassie Sinclair Garrison dio un respingo al llegar al vestíbulo de su hotel y se detuvo completamente hipnotizada por el hombre que estaba junto al mostrador del Hotel Garrison Grand-Bahamas. Hacía mucho tiempo que ningún hombre llamaba su atención. Era sencillamente impresionante.

Mediría casi dos metros y tenía una constitución atlética que evidenciaba que era deportista o que se ganaba la vida manteniéndose en buena forma física. Enseguida adivinó que era americano, al estudiar su piel de color café oscuro, sus ojos marrones y su cabeza afeitada. Y no estaba allí por negocios, pensó, reparando en sus immaculados pantalones marrón oscuro y en su camisa clara, que resaltaba el bonito color de su piel.

No sabía el qué, pero había algo en él que llamaba la atención y, por la manera en que otras mujeres lo estaban mirando, era mucha la atención que estaba consiguiendo.

Decidida a no perder más tiempo babeando por aquel hombre, Cassie apretó el botón del ascensor para dirigirse a su oficina en la planta ejecutiva, la que antes había sido la de su padre.

Cinco años atrás, cuando tenía veintidós años, su padre la había nombrado directora y no había habido ocasión en que no se hubiera mostrado satisfecho con el modo en que llevaba los asuntos. Por ello, no se había sorprendido que después de su muerte le dejara la propiedad del hotel a ella. Eso sólo había servido para confirmar lo que algunos empleados ya sospechaban: que era hija ilegítima de John Garrison.

Sintió una punzada de dolor al pensar en sus padres. Se subió al ascensor, aliviada de encontrarlo vacío ya que en momentos como aquél prefería estar a solas. A pesar de que llevaba cinco meses tratando de sobreponerse, había sido muy duro perder a su madre en un accidente de coche y, un mes más tarde, a su padre de un ataque al corazón.

La última vez que había estado con su padre, justo unos días antes de fallecer, Cassie había visto las huellas del dolor en sus ojos y se había preguntado cómo podría superar la pérdida de su madre. Más de una vez había dicho que perder a su Ava era como perder una parte de él.

A pesar de que era un hombre casado, ello no le había impedido enamorarse de su madre, la guapa y vivaracha Ava Sinclair. Y había sido el amor verdadero de John Garrison durante más de veinticinco años.

Según su madre, había conocido a aquel rico y atractivo americano en Estados Unidos, siendo él miembro del jurado y ella candidata al concurso de belleza de Miss Bahamas. Sus caminos se habían vuelto a cruzar años más tarde, cuando él fue a las Bahamas a comprar terrenos para el gran hotel que quería construir.

A pesar de que tenía una familia de cinco hijos, era un hombre infeliz, que ya no estaba enamorado de su esposa, pero demasiado entregado a sus hijos como para romper el matrimonio.

Cassie no había entendido aquella relación hasta que fue mayor, pero estaba claro que sus padres habían compartido algo especial y único, que pocas personas tenían. Era el amor de una vida. Ava nunca pidió nada a John, aunque él siempre la agasajó con toda clase de cosas y se aseguró de que a ella y a su hija no les faltara nada.

Cassie sabía que los que habían visto a sus padres juntos se habían formado una opinión de su relación. Él era un americano casado y ella, su amante de las Bahamas. Pero Cassie sabía que su relación era mucho más que eso. Estaba convencida de que eran almas gemelas. Había querido mucho a sus padres y ellos a ella y no habían dejado pasar un día sin que se lo demostraran.

Le había molestado las veces que su padre las había dejado para volver junto a su familia en Miami, una familia de cuya existencia se había enterado siendo adolescente. La verdad le había dolido, pero sus padres le habían ayudado a superar el dolor con la intensidad de su cariño y le habían hecho saber que fuera como fuese la situación, lo único que nunca cambiaría sería su amor por ella. Desde aquel día, Cassie entendió y aceptó la extraña historia de amor de sus padres.

Salió del ascensor y se dirigió a su oficina, deteniéndose ante la mesa de su secretaria para recoger los mensajes.

– Buenos días, Trudy – la saludó sonriente.

– Buenos días, señorita Garrison.

A Cassie le gustaba cómo sonaba. Había empezado a usar el apellido de su padre una semana después de su muerte. Con el fallecimiento de sus padres, no había secretos que esconder y no tenía sentido seguir ocultando su verdadero apellido.

– ¿Algún mensaje más? – le preguntó a la mujer madura que había contratado unos meses atrás.

– Sí. El señor Parker Garrison acaba de llamar y quiere que le devuelva la llamada.

Cassie mantuvo la sonrisa mientras pensaba que no estaba dispuesta a devolverle la llamada. No podía olvidar la conversación que habían mantenido por teléfono cuatro meses antes. La había llamado a la semana de la apertura del testamento de John Garrison y después, había seguido llamando. Al final, había acabado atendiendo su llamada.

En aquel momento había sido consciente de que él, además de su madre y hermanos, se habían quedado sorprendidos al descubrir a través del testamento que John Garrison tenía una hija de una relación extramatrimonial. Parker había sido el que se había quedado más impactado porque la última voluntad de su padre les daba a ambos las mismas participaciones en Empresas Garrison, una entidad que controlaba todas las propiedades Garrison y eso no le había gustado.

Su conversación telefónica no había ido bien. Se había mostrado arrogante, condescendiente e, incluso, intimidatorio. Cuando se dio cuenta de que Cassie no aceptaría la oferta de comprarle su participación, él había hecho lo impensable diciéndole que tenía que demostrar que era una Garrison a través de un examen de ADN, además de amenazarla con la posibilidad de impugnar el testamento. Las amenazas de Parker la habían molestado y aún seguía enfadada.

– ¿Señorita Garrison?

La voz de su secretaria la sacó de sus pensamientos. La sonrisa forzada se ensanchó.

– Gracias por los mensajes.

Cassie entró en su oficina. Había imaginado que Parker tendría otras cosas que hacer en esos días. No había tardado mucho tiempo en propagarse la noticia de que el guapo y esquivo playboy se había casado. Y no era que a ella le importara, pero también había oído que otro de los solteros Garrison también se había casado.

No tenía ningún interés en conocer a sus hermanos. Prefería que las cosas se quedaran como estaban. Nunca habían sido parte de su vida ni ella de la de ellos. Tenía su vida allí en las Bahamas y no veía necesidad de que eso cambiara.

Mientras se sentaba a su mesa, sus pensamientos volvieron al hombre que había visto en el vestíbulo. No pudo evitar preguntarse si estaría casado o soltero. Se encogió de hombros pensando que tampoco importaba. Lo último que necesitaba era interesarse por un hombre. Su único interés en aquel momento era un edificio de treinta plantas junto a la costa del Caribe, con unas impresionantes vistas que la dejaban sin aliento cada vez que cruzaba el vestíbulo. Y continuaría ocupándose de él para hacerlo próspero, tal y como a su padre le habría gustado. Ahora que sus padres habían fallecido, aquel hotel era en lo único en que podía confiar para su felicidad.

Brandon Washington paseó la mirada por la habitación que le habían dado, verdaderamente impresionado. Conocía muy bien la cadena de hoteles Garrison, pero había algo en aquel hotel en particular que lo había dejado sorprendido. Era todo un paraíso tropical.

Lo primero en lo que había reparado al llegar al aparcamiento había sido en lo diferente que era la estructura de aquel hotel, sobre todo porque estaba diseñado aprovechando la playa de la isla tropical sobre la que estaba ubicado. Estaba rodeado de palmeras y de jardines repletos de flores.

Lo segundo había sido el trato amable que el personal le había dispensado desde el momento de entrar en el vestíbulo. Le habían hecho sentir bienvenido e importante.

Y lo último había sido la habitación, una bonita suite con un balcón al océano, el paisaje más sorprendente que nunca había visto.

Brandon estaba más que contento con las instalaciones y, puesto que pensaba pasar una temporada allí, estar cómodo era lo más importante. Tenía que recordarse que aquello no eran unas vacaciones y que había ido allí porque tenía un trabajo que hacer. Necesitaba descubrir los secretos que Cassie Sinclair Garrison pudiera tener y que pudieran servir para que entregara su parte en las empresas Garrison, su cliente más importante. Por no mencionar que los miembros de aquella familia eran íntimos amigos suyos.

Su padre había sido un gran amigo de Garrison durante la universidad y, más tarde, se había convertido en su abogado durante más de cuarenta años. Brandon había sido socio de su padre en el bufete de abogados. Cuando su padre murió en un accidente de coche tres años atrás, en vez de pasar los asuntos de Garrison a un abogado más experimentado, John había permanecido con Brandon, mostrando así su lealtad a la familia Washington y su fe en él.

Durante sus treinta y dos años, Brandon había conocido a John Garrison y era un hombre al que respetaba. Adam Garrison, uno de los hijos de John, era su mejor amigo. Ahora Brandon estaba allí a petición de Parker y Stephen Garrison. Al parecer, la hija ilegítima de John se negaba a negociar y no quería escuchar ninguna oferta de compra por parte de Parker.

Antes de resolver aquel asunto en los tribunales, los dos hermanos mayores habían sugerido que Brandon viajara a las Bahamas bajo una identidad falsa para ver si podía acercarse a la señorita Garrison y conseguir información de su pasado o presente que pudiera obligarla a venderles su participación en las empresas Garrison. Otro movimiento inteligente que había hecho John había sido mantener el control exclusivo de aquel hotel, el que ahora gestionaba y poseía Cassie. Sin duda alguna había sido una estrategia muy buena para mantener su secreto a salvo.

Brandon sacó el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta al oírlo sonar.

– ¿Dígame?

Una sonrisa apareció en sus labios.

– Sí, Parker, acabo de llegar y me he inscrito con el nombre de Brandon Jarret, mi primer y segundo nombre para así mantener oculta mi identidad.

Unos minutos más tarde, terminó la llamada.

Brandon empezó a deshacer la maleta. Había llevado una gran variedad de ropa informal, puesto que era su intención mostrarse como un hombre de negocios que había ido a la isla en busca de unas breves, pero muy necesarias vacaciones. Lo cual no era del todo falso, puesto que desde la muerte de John Garrison y de que su secreto fuera revelado, Brandon había estado trabajando muchas horas en el asunto de la familia Garrison.

Impugnar el testamento era una opción a descartar. Nadie quería airear los trapos sucios de la familia. De hacerlo, la viuda de John, Bonita, se vería en una situación límite. Habría personas que sentirían lástima de ella y dirían que había sido su problema con la bebida lo que había hecho que John se lanzara a los brazos de otra mujer. Brandon estaba convencido de que Bonita sabía de la aventura de John,

dado el mucho tiempo que pasaba fuera de casa. Pero por la cara que había puesto al abrir el testamento, no tenía ni idea de que hubiera una hija. Ahora lo sabía y, según Adam, su madre se había dado a la bebida más que nunca.

Brandon se frotó la barbilla, deseando afeitarse. Siguió deshaciendo la maleta sabiendo que en algún momento de los próximos dos días, su camino se cruzaría con el de Cassie Sinclair Garrison. Si no, se aseguraría de que así fuese.

Cassie estaba en una de las muchas terrazas del lado este del hotel, el que miraba a la Bahía Tahita. Era por la tarde y el cielo estaba del mismo color azul que el agua. Había un buen número de yates en la bahía y varias personas estaban tomando el sol en la playa.

Sonrió y saludó con la mano a una pareja que había conocido en el hotel el día anterior. Lo cierto era que a la que había conocido el día anterior había sido a la mujer, puesto que al hombre lo conocía de las numerosas veces que su empresa, una de las más importantes del mundo de las comunicaciones, organizaba allí sus convenciones anuales. Tenía la sede en Nueva York y el Garrison Grand-Bahamas era el lugar ideal para las reuniones de los meses de invierno.

Teagan Elliot estaba allí de vacaciones con su reciente esposa, una guapa afroamericana de nombre Renee. Formaban una pareja interracial y se veían muy bien juntos. Eso le hizo recordar a Cassie lo que pensaba cada vez que veía a sus padres juntos ya que, al igual que ellos, su amor era verdadero.

Al pensar en sus padres, una sensación de soledad la invadió. Ahora que los asuntos del día estaban resueltos, decidió quedarse a pasar la noche en el hotel en vez de conducir media hora hasta su casa, que estaba ubicada al otro lado de la isla. Quizá más tarde se diera un paseo por la orilla, en una zona que no estuviera tan concurrida.

Pensó en Diamond Keys, una zona exclusiva del hotel con suites al borde del mar y puertas correderas de cristal que daban directamente al agua. Las habitaciones, que eran muy caras aunque merecían la pena, estaban ubicadas en el área más apartada del hotel.

Cassie volvió al interior de la habitación para quitarse el traje y ponerse unos pantalones de seda y una camisola. Hacía mucho que no se dedicaba tiempo para ella. En los últimos meses, había estado entregada al trabajo para superar la pérdida de sus padres y poder así continuar con su vida.

Había asistido al funeral de su madre, junto a su padre, conmocionado por la inesperada pérdida. Lo que más le dolía, incluso ahora, era no haber podido asistir al funeral de su padre. Cuando le llegó la noticia de su muerte, el funeral ya se había celebrado. Lo único que le había quedado había sido el recuerdo de los últimos días que habían pasado juntos pocos días antes de su muerte.

Había aparecido en la isla inesperadamente y no en el hotel, sino en el apartamento de Cassie. El atractivo y carismático hombre que siempre había conocido y querido, había llegado triste y abatido.

Aquella noche la había invitado a cenar y antes de volver a Miami, le había puesto en las manos la escritura de la casa en la exclusiva zona de Lyford Cay que había comprado para su madre hacía quince años. Era la casa que ahora ocupaba y que consideraba suya.

Cassie miró a su alrededor al salir a la playa. La luz del día iba desapareciendo y estaba atardeciendo, pero no le importaba. De hecho, lo prefería. Siempre le había gustado más la playa por la noche. De fondo se oía la orquesta, cuya música se mezclaba con el sonido de las olas al romper. Se inclinó y se quitó las sandalias, deseando sentir la arena en sus pies. Estar en la playa siempre le había hecho sentir bien. Le ayudaba a olvidarse temporalmente del dolor y recuperar fuerzas.

Esbozó una sonrisa y miró a su alrededor para asegurarse de que estaba sola y comenzó a avanzar dando saltos. Era una maravillosa forma de liberar el estrés del día, especialmente después de lo intenso que había sido. La capacidad del hotel estaba en máximos. Incluso tenían lista de espera para las próximas semanas y eso a pesar de que no era temporada alta. El hombre al que había elegido para sucederla como gerente, Simon Tillman, estaba haciendo un buen trabajo y ahora podía concentrarse en hacer otras cosas, como ampliar el negocio.

Había recibido una llamada del contable para decirle que los beneficios del hotel estaban aumentando. Una vez se había hecho oficial que era ella la dueña del Grand-Bahamas, había empezado a realizar los cambios que le había propuesto a su padre un mes antes de morir. En la última cena que habían compartido, le había dado su autorización para llevar a cabo sus planes. Después de la reunión que había tenido ese día con su equipo, tenía motivos para estar feliz por primera vez en meses.

– ¿Puedo jugar?

Cassie se detuvo al oír el sonido de una voz masculina y profunda, molesta por la intromisión. Entrecerró los ojos sin ver a nadie, pero enseguida un hombre salió de la oscuridad.

Lo reconoció inmediatamente. Era el hombre que había visto ese mismo día en la recepción del hotel, al que todas las mujeres habían mirado y que, incluso en aquel momento, le estaba robando el aliento.

Capítulo Dos

Brandon miró a la mujer que tenía a escasos metros de él. Había estado observándola, sin apenas ver sus facciones en la oscuridad y, ahora, teniéndola tan cerca, pensó que era la mujer más guapa que había visto nunca. Al instante quiso saberlo todo de ella.

Miró su mano izquierda y, al no ver ningún anillo, suspiró aliviado. Pero eso no significaba que no tuviera a alguien, incluso un novio. ¿Qué posibilidades había de que estuviera sola en aquel hotel, conocido por su ambiente romántico y relajado?

Pero aun así, eso no evitó que sus hormonas se dispararan al mirarla a la cara y ver el color chocolate de su piel, sus rizos oscuros cayendo sobre los hombros y las curvas de su cuerpo bajo la ropa que llevaba.

Indignado, recordó el motivo por el que estaba allí, que desde luego no era dejarse llevar por el aspecto de una mujer, sino acercarse a la mujer causante de los problemas de su cliente más importante, alguien a quien aún tenía que conocer, a pesar de haber pasado el día dando vueltas por el hotel con la esperanza de verla. Cuando había preguntado por ella, le habían dicho que Cassie Sinclair Garrison había estado en reuniones todo el día y que probablemente ya se hubiera marchado a su casa, que estaba al otro lado de la isla.

En ese caso, ya que parecía que no iba a tener la ocasión de conocer a la señorita Garrison esa noche, ¿por qué no pasar un rato con aquella belleza, si es que estaba libre y disponible?

Vio cómo ladeaba la cabeza y lo miraba con ojos entrecerrados.

– Está invadiendo mi privacidad – dijo con cierto tono de enfado.

Tenía un marcado acento de Bahamas. Al verla levantar la barbilla, reparó en sus facciones. Tenía mejillas altas, un hoyuelo en la barbilla, nariz recta y unos labios generosos que resultaban muy *sexys*. Había algo muy femenino en ella que le hizo sentirse atraído de inmediato.

– Mis disculpas. He salido a dar un paseo y no he podido evitar fijarme en lo que estaba haciendo.

– Podía haber dicho algo para que hubiera sabido que estaba ahí – dijo mirándolo.

– Tiene razón, pero estaba tan atento mirándola que no quería interrumpirla, al menos durante unos minutos. Si la he molestado, lo siento.

Cassie se dio cuenta de que no debía darle demasiada importancia. Después de todo, no era su parte de la playa privada, sino de quien estuviera quedándose en Diamond Keys y que, al parecer, era él.

– Acepto sus disculpas.

Él sonrió.

– Gracias. Espero que me deje compensarla.

— ¿Cómo piensa hacer eso?

— Pidiéndole que sea mi invitada a cenar esta noche — respondió él tranquilamente, mientras observaba la expresión de sorpresa que asomaba en su rostro.

Ella sacudió la cabeza.

— No es necesario — dijo.

— Creo que sí. La he ofendido y quiero arreglarlo.

— No me ha ofendido. Me ha pillado con la guardia baja.

— Aun así, quisiera compensarla.

Cassie inclinó la cabeza, tratando de ocultar la sonrisa. Aquel hombre era muy insistente. ¿Debería ser ella igual de insistente para declinar su invitación?

Levantó la cabeza, se encontró con su mirada y, durante unos segundos, no supo qué decir. Era increíblemente guapo y sentía que la sangre le hervía en las venas. Pocas mujeres rechazarían una invitación suya.

Él dio un paso al frente.

— Quizá deberíamos presentarnos — dijo él sonriendo, mientras extendía su mano —. Soy Brandon Jarret.

— Y yo soy Cassie Sinclair Garrison.

Brandon tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar mostrarse sorprendido. ¿Aquella era Cassie Garrison, la mujer que tantos problemas estaba causando? ¿La que había sido la pesadilla de Parker en los últimos cuatro meses? ¿La hermana de los Garrison de Miami y el motivo de que estuviera allí en la isla?

— Hola, Cassie Sinclair Garrison — dijo soltando su mano.

Había estado deseando conocer a aquella mujer. No le gustaban las sorpresas y aquella había sido enorme.

— Hola, Brandon Jarret — dijo ella sonriendo —. Espero que estés disfrutando tu estancia aquí.

— Sí, ¿y tú? — preguntó.

No quiso querer dar a entender que reconocía su nombre o que sabía quién era, a pesar de que su apellido fuera el nombre del hotel.

— Sí, lo estoy pasando bien.

«Sin ninguna duda a mis expensas», pensó él al ver que no tenía ninguna intención de contarle que era la dueña del hotel.

— Creo que lo pasarías aún mejor si cenaras conmigo.

Una sensación de inquietud se apoderó de Cassie. En el instante en que sus dedos rozaron los de él al estrecharse las manos, un torbellino de sensaciones se apoderó de su estómago. Aquel hombre sabía ser encantador. Había salido con hombres, no demasiados, pero ninguno como Brandon Jarret. Era evidente que sabía

cómo desenvolverse y que se había dado cuenta de que tenía posibilidades con ella. Aquello no le produjo repulsa como debería haber sido, sino curiosidad. No era el primer hombre que se fijaba en ella, pero sí el primero en mostrar su interés en más de un año.

– Eso ya me lo has preguntado, ¿verdad? – dijo ella, bromeando y sintiéndose más relajada.

– Sí, y espero que no me desilusiones. Podemos cenar aquí en el hotel o en algún restaurante cercano, como prefieras.

Sabía que era una locura sugerir a un perfecto desconocido que la llevara a otro sitio que no fuera aquél, pero lo último que quería era convertirse en tema de conversación de los empleados. Algunos de ellos todavía no se habían recuperado de la sorpresa de que John Garrison fuera su padre biológico y que le hubiera dejado el hotel en herencia.

– Prefiero ir a algún sitio cercano – respondió, esperando no tener que arrepentirse luego.

– ¿Hay algún sitio recomendable o prefieres que elija yo? – dijo él.

– Dejaré que seas tú el que decida.

– De acuerdo. ¿Quedamos dentro de una hora en el vestíbulo?

– No, podemos encontrarnos aquí, en la terraza junto al jardín.

– Está bien. Entonces, nos vemos aquí en una hora, Cassie Sinclair Garrison – dijo él sonriendo.

El corazón de Cassie dio un vuelco al ver su sonrisa y, manteniendo su mirada unos segundos más de lo que debería, Cassie se despidió y se fue caminando de vuelta a su suite.

Mientras Brandon volvía a su habitación, sentía algo más que la brisa del océano en octubre. Una subida de adrenalina estaba invadiendo sus venas. ¿Qué probabilidades había de que la única mujer por la que se sintiera atraído desde su ruptura con Jamie Frigate un año atrás, fuera la mujer a la que había ido a conocer?

Jamie. Incluso en aquel momento tenía que contener la ira que lo invadía cada vez que pensaba en la traición de su prometida. ¿Cómo podía ser alguien tan superficial y egocéntrica? Además de eso, había sido muy codiciosa. No se había conformado con las cosas que podía darle él. Mientras habían estado comprometidos, había tenido una aventura con un empresario californiano. Lo había descubierto al regresar a Miami de un viaje de trabajo inesperadamente y encontrársela en la cama con aquel hombre.

Entró en su suite deseando olvidar a Jamie y empezó a pensar en Cassie. Cualquier información que le diera sobre sí mismo sería básicamente falsa. Aquella tarde, las cosas habían salido muy bien para él, aunque por alguna razón había algo

que le incomodaba. La mujer que había visto saltando en la playa tenía un aire de inocencia que no era lo que esperaba encontrar en ella. También había detectado cierta vulnerabilidad.

Además, no podía ignorar lo increíblemente guapa que era. Con aquel físico, habría pensado que tendría una cita cada noche de la semana. Así que la pregunta que saltaba a su cabeza era por qué no era así.

En el poco tiempo que había pasado con Cassie, le había dado la impresión de que era muy brillante. Quizá fuera por la manera en que lo había observado antes de aceptar su invitación para cenar con él lo que le había causado esa impresión.

Brandon se rió para sus adentros. Averiguaría lo brillante que era durante la cena. Necesitaba hacerla sentirse cómoda con él para que le contara cosas de ella, cosas que pudieran arruinar su reputación si llegaban a conocimiento público.

De repente se sintió nervioso de lo que tenía que hacer y, si seguía dándole vueltas, todo aquello empezaría a parecerle repugnante. Pero no debía dejar que sus sentimientos o emociones intervinieran. Tenía un trabajo que hacer y pretendía hacerlo bien.

Cassie se miró al espejo una vez más. Se había dado una ducha y se había cambiado de ropa. Esta vez se había puesto un vestido que su madre le había regalado ese mismo año, pero que todavía no había estrenado.

Era un vestido corto, de tirantes, en color fucsia y lo que lo hacía elegante era el escote en plata. Se alisó el vestido, preguntándose si a la vez que trataba de causar buena impresión estaba haciendo algún tipo de declaración.

Acarició sus largos rizos, atusándose un poco el pelo alrededor de la cara. Una cara que tenía un gran parecido a sus progenitores, especialmente a su padre. Tenía los ojos de su madre y la boca, la nariz y las mejillas de su padre, además de aquel hoyuelo en la barbilla.

El color de su piel era una mezcla de ambos, pero su sonrisa era como la de John Garrison. Se mordió el labio, nerviosa pensando que hacía tiempo que no sonreía. Pero esa tarde había sonreído más de una vez, aunque había inclinado la cabeza para que Brandon no la viera.

Respiró hondo, pensando por milésima vez que era una pena que Brandon Jarret fuera tan atractivo. Era el hombre más guapo que había visto en su vida. En la playa, llevaba unos vaqueros y una camisa blanca y, al igual que ella, se había quitado los zapatos. Aquel atuendo habría parecido informal en cualquier otro, pero no en él.

Aparentemente era soltero. Al menos, no llevaba anillo, aunque eso no significaba nada ya que su padre rara vez llevaba su alianza matrimonial. Se preguntó si Brandon tendría alguien especial en Estados Unidos. Como cualquier hombre de negocios que viajaba, detalles como aquél se olvidaban muchas veces. Como propietaria de un hotel, era observadora y sabía que aquel tipo de cosas

pasaban bajo su techo, pero mientras hubiera consentimiento mutuo, no era asunto de ella.

Cassie tomó un chal y se lo colocó sobre los hombros. Hacía una ligera brisa. Los meteorólogos habían avisado de la formación de una tormenta tropical en el Atlántico. Con un poco de suerte no llegaría a convertirse en huracán y, si lo hacía, confiaba en que en su rumbo no estuvieran las islas.

Miró su reloj. Había llegado la hora de encontrarse con el guapo Brandon Jarret.

Brandon estaba en el jardín, oculto entre las palmeras y demás plantas. Vio a Cassie salir de su suite y caminar por el sendero de piedra. Al igual que antes, no había adivinado su presencia y eso le dio la oportunidad de volver a estudiarla.

El vestido que llevaba parecía diseñado especialmente para su cuerpo. Tan sólo de mirarla, los latidos de su corazón se aceleraron. Las luces de los edificios resaltaban sus rasgos. Su pelo bailaba sobre sus hombros a cada paso que daba.

Unas sensaciones que hacía tiempo no sentía lo invadieron. La hija menor de John Garrison le estaba causando un gran impacto. Respiró hondo. Tenía que volver a recuperar el control y recordar su plan.

Decidió que no debía volver a pillarla con la guardia baja por segunda vez y carraspeó. Cuando ella miró en su dirección, sus ojos se encontraron durante un instante. Brandon casi se olvidó de todo, excepto del modo en que lo estaba mirando. Nunca se había dejado llevar por una mujer, pero ahora sentía estar pisando arenas movedizas y rápidamente decidió olvidar por un momento la verdadera razón por la que estaba en la isla. Aquella mujer era impresionantemente guapa como para hacer otra cosa.

Cassie se detuvo frente a él.

– Espero que no llevaras mucho tiempo esperando – dijo Cassie.

– No demasiado, pero ha merecido la pena – respondió, tomando su mano entre las suyas y sintiendo sus dedos temblorosos.

En respuesta, Brandon sintió un estremecimiento en sus adentros. Estaba descubriendo lo fuerte que era su atracción sexual por ella.

– ¿Has decidido adónde vamos?

La pregunta invadió sus pensamientos y deseó poder responder que buscarían la cama más cercana.

– Sí, al restaurante Vizcaya. ¿Has oído hablar de él?

– Sí – contestó Cassie –. Tiene muy buena fama.

– Eso me han dicho – dijo él, tomándola de la mano.

Luego, caminaron por los jardines en dirección al aparcamiento, donde estaba aparcado el coche de alquiler.

Hacía una agradable noche del mes de octubre, algo fresca por la brisa marina.

– Estás muy guapa – dijo Brandon al abrirle la puerta del Lexus.

Ella lo miró sonriente mientras se sentaba.

– Gracias, tú también estás guapo.

– Ahora me toca a mí darte las gracias.

– De nada.

Cassie se quedó observando a Brandon mientras rodeaba el coche hasta el asiento del conductor. Estaba muy guapo con sus pantalones oscuros y su camisa blanca. Todo en él hacía despertar sus instintos femeninos. Sus pasos eran lentos y seguros.

– La chica de recepción me ha dicho que tan sólo se tarda cinco minutos – dijo mirándola antes de encender el motor.

Cassie asintió.

– Muy bien.

Salieron del aparcamiento y Cassie se acomodó en su asiento. Estaba deseando disfrutar de aquella noche, especialmente de la compañía. Había muchas cosas que quería saber de él y había llegado el momento de preguntar.

– ¿De dónde eres?

– De Orlando, Florida.

– De donde Disney World.

– Sí. ¿Has estado alguna vez allí?

– Sí, cuando tenía diez años mi madre me llevó. Pasamos una semana.

– ¿Y tu padre?

Una tímida sonrisa apareció en los labios de Cassie.

– Papá viajaba mucho y tan sólo estuvo unos días con nosotras – dijo y, queriendo saber más de él, añadió –: ¿Ya qué te dedicas?

– Soy agente de inversiones. Mi lema es: si tienes dinero para invertir, confía en mí y yo haré el resto.

– Está bien, me gusta.

– Gracias. ¿Tú de dónde eres y a qué te dedicas?

Brandon había llegado a un semáforo y la miró. La vio nerviosa, frotándose las manos a los lados del vestido. Aquel movimiento le hizo fijarse en sus muslos, especialmente en la parte que no cubría el vestido. Tuvo que hacer un esfuerzo para seguir conduciendo una vez cambió la luz del semáforo.

– Nací aquí en la isla y me dedico al negocio de los hoteles.

Brandon decidió no hacer más preguntas por el momento.

– Las Bahamas son unas islas muy bonitas.

Por su respiración, Brandon advirtió que se había relajado.

– Sí, lo son. Entiendo que no es la primera vez que vienes, ¿no?

– Así es, he estado varias veces aquí, pero es la primera vez que me quedo en el Garrison Grand-Bahamas.

No le parecía apropiado contarle que el año pasado había volado hasta allí con Jamie en su avión privado. Había sido entonces cuando le había pedido que se casara con él. Ella había aceptado y luego habían pasado el resto de la semana en el yate de uno de sus clientes y buen amigo suyo.

Al llegar al aparcamiento del restaurante, sintió alivio. Por un momento, se había sentido agobiado de tener que mentir.

Una hora más tarde, Cassie había adivinado unas cuantas cosas más de Brandon. Además de ser muy guapo, era increíblemente encantador y muy amable. Durante la cena también descubrió que era muy fácil mantener una conversación con él, puesto que tenía la habilidad de hacerla sentir muy a gusto. Trataba a todo el mundo, desde el dueño del restaurante hasta el último camarero, con respeto, haciendo sentir a todo el mundo apreciado y respetado.

– Has sido muy amable – dijo ella al salir del restaurante.

– ¿A qué te refieres? – preguntó mirándola.

– Al modo en que has tratado a todo el mundo. No has dudado en agradecerles sus servicios. Te sorprendería saber la cantidad de gente que no lo hace – dijo pensando en cómo muchos de sus empleados era tratados con descortesía por personas que pensaban que eran mejores que ellos.

Él se encogió de hombros.

– Es algo que aprendí de mi padre – dijo Brandon—. Decía que no cuesta ningún trabajo reconocer un trabajo bien hecho, especialmente cuando todos protestamos enseguida cuando algo nos parece mal.

– Parece que tu padre era un hombre muy listo.

– Lo era. Papá murió hace unos años.

– Lo siento – dijo ella con un gesto de lástima en su expresión—. ¿Estabas muy unido a él?

– Sí, mucho. De hecho, éramos socios en el despacho. Mi madre murió de cáncer siendo yo un niño, así que durante mucho tiempo hemos sido mi padre y yo.

– Mi padre murió hace poco más de cuatro meses y mi madre un mes antes.

Brandon advirtió dolor en sus palabras y, bajo la luz del aparcamiento, vio lágrimas en sus ojos. Se detuvo a escasos metros del coche e instintivamente la atrajo

a sus brazos. Cerró los ojos, lamentando aquel juego cruel al que estaba jugando. Ella no ofreció resistencia alguna.

–Lo siento –susurró en su oído, refiriéndose a la pérdida de sus padres, pero pensando también en sus mentiras.

Su sentimiento era sincero y sintió lástima. Por primera vez desde la muerte de John, Cassie Sinclair Garrison se había convertido en alguien real y no sólo en un nombre que aparecía en un documento de los de su despacho.

–No pretendía emocionarme –respondió Cassie unos segundos después, apartándose lentamente de sus brazos y sintiéndose algo avergonzada.

–Está bien. Entiendo tu dolor. He perdido a mis padres, pero al menos cuando murió mi madre, tenía a mi padre, lo que dio cierto sentido de estabilidad a mi vida. Pero tus padres, murieron muy seguido. Imagino lo duro que ha tenido que ser para ti. ¿Tienes hermanos? –preguntó, deseando saber si conocía a los Garrison de Miami.

Ella lo miró distraída, como si estuviera pensando la respuesta.

–Mi padre tuvo más hijos, pero nunca los he conocido.

–¿Ni siquiera en el funeral? –preguntó Brandon, sabiendo la respuesta.

Ella se encogió de hombros.

–Ni siquiera entonces. Prefiero no seguir hablando de esto, Brandon. Es un asunto personal.

–Entiendo. Perdona mi curiosidad.

–No te preocupes. Es algo complicado.

–Si alguna vez quieres hablar o necesitas...

–Un hombro sobre el que llorar –dijo ella tratando de sonar animada.

–Sí, un hombro sobre el que llorar, que sepas que estoy disponible.

–Gracias. ¿Cuánto tiempo te quedarás en el hotel?

Él se detuvo para abrirle la puerta.

–Una semana. ¿Y tú?

Cassie esperó a estar dentro del coche para contestar.

–Indefinidamente. Trabajo en el hotel y, según lo que tenga que hacer, a veces me quedo a dormir en vez de irme a casa. Tengo una suite privada. Mi casa está al otro lado de la isla.

–Entiendo –dijo Brandon antes de cerrar la puerta.

Le había vuelto a dar otra oportunidad para que le contara que era la dueña del hotel, pero no lo había hecho.

Brandon rodeó el coche y se metió en él.

Antes de encender el motor, se giró hacia ella.

– Me alegro de que hayas venido a cenar conmigo esta noche. ¿Qué planes tienes para mañana?

– Tengo una reunión por la mañana y luego me iré a mi casa. No volveré al hotel hasta el jueves.

Brandon se inclinó hacia delante y sonrió.

– ¿Hay alguna manera de que pueda volver a cenar contigo? Estaría dispuesto a disfrutar de tu buena mano en la cocina.

– ¿Qué te hace pensar que sé cocinar?

– Es una corazonada. ¿Acaso me equivoco?

Cassie sacudió la cabeza.

– No – dijo ella –. Estás en lo cierto. No quiero parecer engreída, pero aunque no pase mucho tiempo en la cocina, sé cocinar. Ésa era una de las normas de mi madre. Y gracias a ello, en la universidad era una de las pocas chicas que se hacían la comida.

– ¿Adonde fuiste a la universidad?

– Estudié en Londres y me licencié en Administración de empresas.

Sin dejar de sonreír, Brandon decidió ir más lejos y seguir preguntando.

– ¿Qué cargo desempeñas en el hotel? No me lo has dicho todavía.

Por su expresión, adivinó que le había sorprendido la pregunta. La estaba obligando a decidir si confiaba lo suficiente en él como para contarle más sobre ella.

– Es evidente que no has reparado en mi nombre.

Él arqueó una ceja.

– ¿Qué pasa con tu nombre?

– Me apellido Garrison – dijo ella manteniendo su mirada –. Soy la dueña del Garrison Grand-Bahamas.

Capítulo Tres

– ¿Eres la dueña del hotel? – preguntó Brandon.

Trataba de no mostrarse excesivamente sorprendido para no levantar sospechas.

– Sí, mi padre me lo dejó al morir.

Brandon detuvo el coche ante un semáforo en rojo y aprovechó la oportunidad para mirarla.

– Tienes que estar muy orgullosa de que tuviera la suficiente confianza en tus capacidades para hacer algo así.

Sus ojos acompañaron la sonrisa de sus labios y de repente sintió los efectos de aquella mirada en él.

– Gracias. Y claro que conocía mis capacidades puesto que he dirigido el hotel durante los últimos cinco años.

Él asintió y puso el coche en marcha de nuevo.

– No tengo ninguna duda de eso, pero estoy seguro de que dirigir un hotel tiene que ser muy diferente a ser el dueño. Es una gran responsabilidad sobre los hombros y, evidentemente, estoy seguro de que sabías que podías ocuparte.

– Gracias por decir eso – dijo ella –. Es muy amable de tu parte.

– Tan sólo hablo de lo que veo – dijo llegando al aparcamiento del hotel –. Y ahora, respecto a lo de verte mañana...

Ella sacudió la cabeza, sonriendo.

– No te das por vencido, ¿verdad?

– No sin antes luchar. Y si no te atreves a dejarme probar tus habilidades culinarias, me gustaría llevarte a otro restaurante mañana. Creo que hay unos cuantos muy recomendables en esta zona.

Cassie sonrió ante su súplica. Desde que heredó la casa de su madre unos meses atrás, ningún hombre había cruzado su umbral y tampoco tenía previsto que ninguno lo hiciera en un futuro inmediato. Pero por alguna razón, la idea de Brandon visitando su casa no le importaba, lo cual sólo quería decir una cosa: que le gustaba.

– Me encantaría cenar contigo mañana otra vez. Será en mi casa y con mucho orgullo te mostraré lo buena cocinera que soy.

Brandon sonrió.

– Lo estoy deseando.

Salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta. Lo que le había dicho era verdad. Lo estaba deseando, pero no por la razón que debiera. En parte, deseaba que su apellido no fuera Garrison.

– Gracias, Brandon – dijo tomando su mano para salir – . Te dejaré un sobre en recepción con las indicaciones de cómo llegar hasta mi casa. Está en Lyford Cay.

– ¿A qué hora quieres que vaya?

– A partir de las cuatro. No cenaremos hasta las seis, pero quizá te gustaría dar un paseo por el acuario.

– ¿El acuario? – repitió él arqueando una ceja.

Ella sonrió.

– Sí, mi madre adoraba el mar y, hace diez años, por su cuarenta cumpleaños, mi padre mandó construir un precioso acuario para ella.

– ¿Vives en casa de tu madre? – preguntó Brandon.

Cassie buscó la llave en su bolso.

– Antes era de mi madre, pero mi padre me la dio cuando ella murió. Pensé que la vendería, pero creo que no quiso deshacerse de un lugar que albergaba tantos recuerdos maravillosos.

Brandon no supo qué decir a aquello. En los documentos que había revisado, no había ninguna mención al hecho de que John Garrison poseyera una casa en las Bahamas. Aunque eso ya no importaba puesto que según Cassie, John se la había regalado.

– Lo he pasado muy bien contigo esta noche – dijo ella abriendo la puerta.

– Yo también. Estoy deseando que llegue mañana.

– Buenas noches, Brandon.

Aunque se acababan de conocer ese día, Brandon no tenía ninguna intención de dejar que se metiera en su habitación sin darle un beso. Sentía la tensión que había entre ellos y dio un paso al frente.

La tomó de la barbilla y se quedó mirando el hoyuelo que tenía.

– Bonito lugar para tener un hoyuelo – dijo con voz seductora.

Ella sonrió.

– Mi padre también lo tenía. Decía que era feo.

Y sus otros cinco hijos también, pensó Brandon.

– Tengo que decir que no estoy de acuerdo con tu padre.

– No hay nada malo en discrepar – dijo Cassie.

Su mano era cálida y, cuando le acarició la cara, sintió que todo su cuerpo se estremecía. Sin reprimirse, dejó escapar un suspiro y cerró los ojos, dejándose llevar por su caricia. Antes de volver a abrir los ojos, sintió la cercanía de sus labios y después su roce.

Ella dejó escapar otro suspiro y abrió los labios, dándole la oportunidad a su lengua para que jugara con la suya. Llevaba toda la noche deseando saborearlo y había logrado más de lo que esperaba. Era muy masculino, *sexy* y delicioso, mucho

más de lo que había imaginado. No pudo evitar estremecerse y dejó escapar un gemido desde lo más profundo de su garganta. Era un maestro en aquel juego, todo un experto de lo que estaba haciendo.

Se agarró a la manga de su camisa al sentir que las rodillas le fallaban y, en respuesta, él la rodeó por la cintura, atrayéndola hacia sí. Cassie podía sentir su calor y su fuerza y todo en él le resultaba muy masculino. Unos segundos más tarde, cuando Brandon puso fin al beso, Cassie abrió los ojos.

–Gracias –susurró él, a escasos centímetros de sus labios.

Y antes de que Cassie pudiera inspirar de nuevo, la volvió a besar haciendo que el placer la invadiera hasta los huesos. Instintivamente, ella respondió, sintiéndose, algo aturdida.

Cuando el beso terminó, Cassie sintió la enorme pérdida del roce de su boca y lentamente bajó la mirada a sus labios, mientras sentía una cálida sensación entre las piernas. Sin apenas esfuerzo, había despertado en ella unos impulsos que nunca antes había conocido. Era como si su femineidad amenazara con estallar.

–Estoy deseando volver a verte mañana, Cassie –dijo acercándose aún más y paseando la mirada por su rostro, antes de mirarla de nuevo a los ojos.

Cassie reparó en su expresión de deseo. Por alguna razón, eso no la impresionó ni la molestó. Tan sólo la hizo desear volver a verlo.

–Yo también estoy deseando volver a verte.

Al darse cuenta de que seguía agarrándolo de la manga, lo soltó rápidamente, se dio media vuelta y, sin perder tiempo, abrió la puerta y entró.

Unos minutos más tarde, Brandon entró en su suite mientras tomaba nota mental de lo que había pasado esa noche. No estaba seguro de qué pensar. Cassie Garrison no era como había imaginado. Esperaba encontrar una mujer egoísta, malcriada, desconsiderada y egocéntrica, además de temperamental. Sin embargo, la mujer con la que había pasado la noche, aparte de ser físicamente perfecta, tenía encanto, estilo y gracia, calidez y sensualidad. También estaba su inteligencia, algo que resultaba evidente. No era una mujer que actuara de manera irracional o que no se pensara cada decisión que tomaba. Incluso después de pedir la cena, le había comentado las ventajas de una alimentación sana. Y cuando le había hablado de sus padres, había podido sentir el dolor que aún la embargaba por su pérdida.

Brandon sacudió la cabeza recordando lo cómoda que se había sentido con él. Sorprendentemente, en el curso de la conversación habían descubierto lo mucho que tenían en común. Disfrutaban leyendo los mismos libros, tenían el mismo gusto en música y a ambos les desagradaba el brócoli. Y cuando le había revelado que era la dueña del hotel, había visto confianza en sus ojos.

Una parte de él deseaba que las circunstancias fueran diferentes, que no hubiera perdido a sus padres y que se hubieran conocido antes de la muerte de John. Y sobre todo, deseaba no estar traicionándola.

Lo cierto era que no quería pensar en Cassie Garrison. Si pudiera convencerse de que el único motivo para estar allí eran los negocios y no algo personal... Él más que nadie sabía lo que era sentirse traicionado.

Salió al balcón y dedicó un momento a contemplar el océano, tratando de despejar su cabeza, lo cual no le resultaba sencillo puesto que la esencia del perfume de Cassie lo embriagaba.

Una sensación de inquietud se apoderó de Brandon. Era lo último que necesitaba. Él no era un hombre que se dejara llevar por una mujer. Claro que había disfrutado de su compañía, pero bajo ninguna circunstancia podía olvidar quién era ella y por qué estaba allí.

Con esa idea en la cabeza, se dio media vuelta y regresó al interior de su suite.

Frotándose el cuello, Cassie estaba frente al enorme ventanal de su salón, viendo cómo el coche de Brandon atravesaba las puertas de hierro que protegían el terreno de su propiedad.

Mientras el coche avanzaba por el camino de acceso, trató de controlar el escalofrío que recorría su cuerpo al recordar la noche anterior. Por primera vez en mucho tiempo, había pasado una velada en compañía de un hombre. No sólo disfrutaba de su compañía, sino que se sentía atraída hacia él de una manera que nunca antes había conocido. Pero se las había arreglado para mantener el control, al menos hasta que la había besado. Había sido todo un beso y de nuevo se estremeció al recordarlo.

En parte, pensaba que debía apartarse de la ventana cuando el coche de Brandon se acercara o si no, la vería y creería que estaba esperándolo ansiosa. Levantó la barbilla al pensar todo lo contrario. Dejaría que pensara lo que quisiera, puesto que era cierto que estaba ansiosa por verlo.

Brandon detuvo el coche frente a su casa y, desde donde estaba, Cassie tenía una buena visión de él. Brandon no la vería hasta que saliera y estuviera a medio camino hacia la puerta. Estudió sus rasgos a través de la ventanilla del coche y, a la luz del día, comprobó que estaba aún más guapo. Al bajarse, vio que iba vestido tan impecable como la noche anterior.

Llevaba unos pantalones caqui y un polo marrón. Aquel hombre transmitía tanta sensualidad que podía sentirlo a través del cristal.

Lo observó bajarse del coche y caminar hacia la puerta. De repente, como si la hubiera presentado, miró hacia la ventana. Sus ojos se encontraron durante un instante y la saludó con la mano, consciente de su presencia.

El calor que había sentido anteriormente en su cuerpo se intensificó y los estremecimientos que no podía controlar volvieron a recorrerla una vez más. Levantó la mano para contestar su saludo, preguntándose qué era lo que tenía aquel hombre que tanto la afectaba. ¿Qué la había hecho invitarlo a su casa, a su santuario privado, al lugar donde más sentía la presencia de sus padres? ¿Por qué estaba compartiendo todo aquello con él?

No tenía tiempo para responder a todas aquellas preguntas, puesto que ya estaba en la puerta. Inspiró hondo, tratando de relajar sus músculos tensos.

Sin esperar a que llamara a la puerta, se apartó de la ventana y se dirigió a la entrada, consciente del magnetismo del hombre que esperaba en el umbral de su casa.

– Bienvenido a mi casa, Brandon.

Brandon miró a Cassie, tratando de convencerse de que, al igual que la noche anterior, su reacción ante ella era estrictamente sexual. Sintió una súbita tensión bajo su cinturón. Aquel efecto no le sorprendía.

Enseguida percibió su perfume, el mismo que lo había torturado toda la noche al haberse quedado impregnado en sus fosas nasales. Tomó su mano entre las suyas, se inclinó y la besó en el hoyuelo de la barbilla.

– Gracias por invitarme, Cassie.

Soltó su mano y ella sonrió antes de hacerse a un lado para dejarlo pasar. Nada más cruzar la puerta, Brandon reparó en la decoración. No eran sólo el estilo y los colores, también las formas y los estampados, que combinaban lo tradicional con lo contemporáneo y lo colonial. Aquella mezcla en cualquier otro sitio habría parecido demasiado recargada. Pero en aquella enorme casa transmitía abundancia, además de calidez. También mostraba un gusto muy variado, con un toque de sofisticación.

– Tienes una casa muy bonita.

– Gracias – respondió Cassie sonriendo –. Deja que te la enseñe. No ha cambiado demasiado desde que mamá murió. Nuestros gustos eran muy similares.

– ¿Te ocupas de este sitio tú sola? – preguntó.

– No, tengo ayuda, la misma que tenía mi madre cuando ella y papá vivían. Mis empleados son leales y entregados y demasiado protectores en lo que a mí se refiere, puesto que llevan trabajando aquí desde que yo tenía doce años.

Llegaron a una estancia espaciosa y se detuvieron. Él miró a su alrededor, reparando en que toda la estancia tenía ventanales desde el suelo al techo para disfrutar de las vistas al océano.

A continuación del salón estaban el comedor y la cocina, también con vistas al agua. Lo primero que pensó Brandon nada más entrar en la cocina fue que Cassie había estado muy ocupada, a juzgar por los deliciosos aromas que percibió.

Tanto el comedor como la cocina se abrían a un patio con una impresionante piscina y un enorme jardín. También había una fuente tan alta como la casa.

–¿Vivías aquí con tu madre? –preguntó mirándola y reparando en su atuendo.

Llevaba una falda estampada y una blusa que resaltaban su feminidad. El modo en que la falda se ajustaba a sus curvas incrementaba su deseo sexual, lo que le hizo percatarse de lo mucho que la deseaba.

–Hasta que me fui a la universidad –dijo guiándolo escaleras arriba—. Cuando volví de Londres, me fui a vivir a un apartamento, pero un año más tarde mi padre me compró un piso por mi cumpleaños. Cuando me dio la escritura de esta casa, volví aquí.

Unos minutos más tarde, le enseñó el piso superior.

–Y ahora –dijo Cassie en tono entusiasmado—, tengo que enseñarte el acuario.

Una vez volvieron abajo, pasaron por varias estancias más: una biblioteca, un estudio y una sala en la que había piezas de arte de valor incalculable. Al ver un enorme retrato colgado en la pared, Brandon se detuvo. Enseguida reconoció al hombre, pero no a la mujer.

–¿Son tus padres? –preguntó.

–Sí, ellos son mis padres –dijo Cassie con orgullo.

La mirada de Brandon se fijó en la mujer.

–Es muy guapa –dijo.

Estaba tan impresionado por la exquisitez de la mujer que se acercó al cuadro. Cassie lo imitó y sonrió.

–Sí, mamá era muy guapa.

Cuando Cassie dio un paso atrás, él hizo lo mismo, percatándose de las fotografías en las que de nuevo aparecían sus padres. En todas ellas John sonreía de una manera que nunca antes había visto en él. Estaba claro que junto a Ava había encontrado la felicidad. Las imágenes mostraban una pareja muy enamorada y, aquéllas en las que también aparecía Cassie, indicaban lo mucho que habían querido a su hija.

Al llegar a otra habitación, Cassie se hizo a un lado para dejarlo pasar. Brandon se quedó sin aliento. A ambos lados de la estrecha y larga estancia, y desde el suelo al techo, había enormes peceras llenas de hermosos peces tropicales.

–¿Qué te parece?

Su voz sonó calmada y *sexy*.

–Creo que tu madre fue una mujer muy afortunada por tener a tu padre.

–Oh, papá sabía muy bien cómo hacer feliz a mamá. Ella estudió Biología marina y durante años trabajó como bióloga en la mayor compañía de la isla.

– ¿Tu madre trabajaba? – preguntó sin poder evitarlo.

Cassie no apreció sorprenderse por su pregunta.

– Sí, mamá trabajaba, aunque papá trataba de convencerla de que no lo hiciera. Le gustaba lo que hacía y no quería convertirse en una mujer mantenida – dijo y, al ver que la miraba extrañado, añadió–: Mis padres nunca se casaron. Él ya estaba casado cuando se conocieron. Aun así, estuvieron juntos veintiocho años.

– ¿Nunca se divorció de su esposa? – preguntó sorprendido de que le hubiera hecho aquella confidencia.

– No. Creo que lo intentó cuando sus hijos fueron mayores, pero por entonces las cosas ya eran demasiado complicadas.

– ¿Tu madre nunca le pidió que se divorciara?

Cassie sacudió la cabeza.

– No. Estaba cómoda con el lugar que ocupaba en la vida de mi padre y segura de su amor. No necesitaba un anillo ni un certificado de matrimonio.

Él asintió lentamente y la miró a los ojos.

– ¿Y tú? ¿Buscas un anillo o un certificado de matrimonio?

Ella sonrió.

– No, y tampoco quiero ninguna de las dos cosas. Estoy casada con el hotel.

– ¿Y qué me dices de tener compañía? ¿Y de tener un hombre aquí contigo? Alguien con quien pasar las noches y en quien confiar.

Si con aquellas preguntas pretendía excitarla, estaba funcionando, pensó Cassie, mientras se imaginaba con él en la cama. Su cuerpo se estremeció.

– Nunca había pensado en eso – dijo ella tratando de mantener la compostura.

– ¿Ah, no? – preguntó arqueando una ceja.

– No.

– Qué lástima.

– No lo creo. Discúlpame un momento. Tengo que ver cómo va la cena – dijo y, girándose, salió del acuario.

Nada más entrar en la cocina, se apoyó en la encimera y respiró hondo.

Brandon le había hecho unas preguntas en las que ella sólo había pensado recientemente, a raíz de conocerlo. La noche anterior, había conocido lo que era un beso de verdad. Había sentido la intensidad del deseo y de la pasión. Y por primera vez en su vida, había deseado la compañía de un hombre, alguien a quien abrazarse por la noche y con quien hacer el amor. La sola idea hizo que sintiera un escalofrío en la espalda.

Tomó un delantal y se lo puso, acercándose al fregadero para lavarse las manos. Luego fue a la estufa, donde había una cacerola hirviendo, del mismo modo en que ella estaba hirviendo por dentro. Si no tenía cuidado, iba a quemarse y no estaba lista para eso.

Capítulo Cuatro

Siguiendo el delicioso aroma, Brandon llegó a la cocina y se detuvo. Había conocido a muchas mujeres hermosas, pero Cassie se llevaba la palma. Incluso con delantal, frente a los hornillos, estaba preciosa.

Llevaba el pelo recogido y algunos mechones caían junto a sus orejas. Su blusa sin mangas dejaba al descubierto sus hombros y deseó cruzar la habitación y besarla, deslizando los labios por su piel.

– Huele muy bien – dijo.

Estaba decidido a mantener una conversación y evitar pensamientos libidinosos.

Ella se giró sonriendo, mostrando sus bonitos labios.

– Espero que tengas hambre.

– Así es. Hoy no he comido.

– ¿Cómo es que no has visitado nuestro buffet? Es excelente.

No quería contarle que no había podido comer porque había recibido una llamada de un Garrison, concretamente de su hermano Stephen.

– De eso estoy seguro. En los dos días que llevo aquí, me he dado cuenta de que todo el personal del hotel es muy eficiente en todo lo que hacen. La razón por la que me he perdido una comida deliciosa ha sido una llamada de la oficina. Tenía que ocuparme de algunas cosas.

– ¿No saben que estás de vacaciones? Mi padre, cuando se iba de vacaciones, decía en la oficina que no lo molestaran a menos que fuera una emergencia.

– Tu padre era un hombre muy listo.

– Sí, lo era – dijo Cassie sonriendo orgullosa –. Te habría caído bien.

«Me caía bien», pensó Brandon.

– ¿Qué estás cocinando? – dijo él apoyándose en una de las encimeras.

– Unos cuantos platos que vas a disfrutar. Ahora mismo estoy acabando de preparar sopa de almejas. También he hecho arroz con cangrejos, macarrones con queso y ensalada de patatas. De postre he decidido deleitarte con la famosa receta de mi abuela de pastel de guayaba.

Brandon sonrió, pensando en que también le agradaría probarla a ella. Ese pensamiento hizo que su corazón se acelerara.

– ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? – preguntó, pensando que la mejor manera de controlar sus pensamientos era manteniéndose ocupado.

– Déjame pensar... – dijo mirando a su alrededor –. Ya he lavado todos los ingredientes para la ensalada. Si quieres puedes irlos mezclando en una fuente.

Se sintió aliviado de que le hubiera dado algo que hacer. Si seguía allí mirándola y teniendo aquellos pensamientos sexuales, no sería responsable de sus actos.

– Teniendo en cuenta mis habilidades culinarias, creo que podré hacer lo que me pides – dijo acercándose hasta el fregadero para lavarse las manos.

Unos segundos más tarde, Brandon se puso a cortar la lechuga, los tomates, los pepinos y la cebolla para la ensalada. Consciente de que tenía que aprovechar todo el tiempo para conocerla, o al menos para averiguar todo lo que pudiera, aprovechó para hacerle preguntas.

– ¿Por qué sigues soltera, Cassie?

– ¿Por qué lo estás tú?

Por el tono de su voz, Brandon adivinó que se había puesto a la defensiva, así que decidió ser honesto para contrarrestar el efecto.

– Hace un año estaba comprometido para casarme.

Cassie dejó de remover el contenido de la cacerola y lo miró sorprendida.

– ¿Puedo preguntar qué pasó?

No le importaba que preguntara, puesto que había sido él, el que había iniciado la conversación.

– Mi prometida decidió unos meses antes de la boda que yo no era lo que quería. Descubrí que no me era fiel.

Brandon observó su expresión, que pasó de la sorpresa a la tristeza.

– Lo siento.

– En su momento, yo también lo sentí, pero me alegro de haberme dado cuenta antes de que nos casáramos – dijo y, sin querer seguir hablando de Jamie, añadió –: La ensalada está lista.

– Lo demás también está, así que cenemos.

Brandon se acomodó en su silla, mirando su plato. Estaba limpio. Cassie no había mentado cuando dijo que sabía cocinar. Todo había estado delicioso.

La miró sentada frente a él. Estaba terminando el postre.

– Todo estaba muy bueno, Cassie. Gracias por invitarme a cenar.

– De nada. Me alegro de que te haya gustado.

– No llegaste a contestar a mi pregunta sobre por qué seguías soltera. ¿Me pasé de la raya al preguntar? – dijo mirando su copa antes de mirarla a ella.

– No, pero no hay mucho que contar. Después del instituto, me fui a Londres a la universidad. Pasaba casi todo el tiempo estudiando. Para mí, irme a la universidad

no era escapar de mis padres y proclamar mi libertad con un comportamiento disparatado.

– ¿Quieres decir que no fuiste a ninguna fiesta salvaje, que no probaste drogas?
– bromeó.

– No, no hubo fiestas salvajes, ni drogas, ni tuve que comer gusanos para pertenecer a ninguna hermandad – dijo sonriendo –. Pasé la mayor parte del tiempo sola y viví en un apartamento fuera del campus. Papá insistió en que lo hiciera. Y el único motivo por el que accedió a que tuviera una compañera de piso fue por seguridad.

– ¿Así que nunca tuviste citas en la universidad?

– No he dicho eso – dijo, y dio un sorbo a su vino –. Salí con algunos chicos, pero era muy exigente. La mayoría de los chicos en la universidad llevan una vida sexual muy activa y no les importa ir dando datos y nombres de las chicas con las que se acuestan. No quería ser una más. Me respeto demasiado como para eso.

Brandon se quedó mirando su vino, pensando en lo que le había dicho. Luego, levantó la mirada.

– ¿Quieres decir que nunca has tenido una relación seria con nadie?

– No, no es eso. Hubo alguien, un chico al que conocí después de la universidad. Jason y yo estuvimos saliendo y, al principio, las cosas parecieron funcionar bien entre nosotros, pero luego descubrimos que no era así.

– ¿Qué pasó?

El recuerdo de aquella época invadió los pensamientos de Cassie pero, por alguna razón, sintió que no le importaba hablar de ello con Brandon.

– Empezó a cambiar de un modo que me pareció inaceptable. Cancelaba nuestras citas con toda clase de excusas estúpidas. Y de pronto un día, sin esperarlo, cortó conmigo. Entonces me contó lo que pasaba. Se había enamorado de una mujer madura, una mujer rica que lo quería como a un muñeco y decidió dejar a un lado lo que había entre nosotros.

– ¿Cuánto hace de eso?

– Cuatro años.

– ¿Has vuelto a verlo? – preguntó.

Cassie tomó un sorbo de vino.

– Sí. Fue muy atento y asistió al funeral de mi madre. Cuando lo vi, supe que nuestra ruptura fue lo mejor que pudo pasar. Fue un pensamiento reconfortante y dejé de odiarle.

Brandon se quedó mirando el vino, agitándolo ligeramente en la copa y preguntándose si Cassie acabaría odiándolo si alguna vez descubría la verdad sobre él, sobre quién era y la razón por la que estaba allí.

– Te he dejado sin habla.

Volvió a mirarla y alargó la mano para tomar la suya.

–¿De veras? Si es así, es porque no puedo imaginarme a ningún hombre dejándote escapar.

Un escalofrío recorrió la espalda de Cassie. Había percibido sinceridad en las palabras de Brandon y se quedó mirándolo, disfrutando de su presencia y sintiendo su fuerza a través de su mano.

–He de reconocer que yo he pensado lo mismo cuando me has contado lo de tu exprometida. No puedo imaginar ninguna mujer dejándote escapar.

De repente se hizo un intenso silencio en la habitación. El único sonido era el de sus respiraciones. Sus manos seguían entrelazadas y Brandon mantenía su mirada fija en ella. La expresión de su rostro era indescifrable, pero no el brillo de sus ojos.

Lentamente, él se levantó y la hizo dejar su asiento. Sin decir nada, la atrajo hacia sí y ella bajó la mirada hasta sus labios. Brandon se inclinó acercando su boca a la de ella.

Cassie sintió que el calor de su interior se intensificaba en cuestión de segundos y se dispersaba por todo su cuerpo. Y cuando un gemido de placer escapó de sus labios, separándolos, en un rápido movimiento Brandon comenzó a devorarle la boca.

Brandon sintió cómo el flujo de sangre comenzaba a correr veloz por sus venas. Aquello debía de ser pasión. Mientras el beso se volvía más intenso, toda clase de sensaciones lo invadieron, despertando todo su sistema nervioso. Sintió un ansia desconocida y eso le hizo perderse más y más en el sabor de su boca.

Cassie estrechó su cuerpo contra la erección de Brandon, haciéndole desear tomarla entre sus brazos y llevarla hasta el dormitorio más cercano. Pero sabía que eso sería una locura y no estaría bien. No se merecía que un hombre que había entrado en su vida con no muy buenas intenciones le hiciera el amor. Un hombre que la estaba traicionando incluso en aquel momento.

Aquel pensamiento le hizo poner fin al beso, pero no pudo dejar de abrazarla. ¿Cómo había llegado a aquella situación? ¿Cómo había dejado que Cassie lo afectara tanto y de una manera tan intensa en tan poco tiempo?

Ella se apartó un poco y miró por la ventana antes de volver a mirarlo y sonreír.

–¿Quieres dar un paseo por la playa antes de que anochezca?

–Me encantaría –dijo soltándola.

–Tardaré un minuto en recoger mi chal. Puedes esperarme en la terraza si quieres.

–De acuerdo.

Ella fue a apartarse, pero él la tomó del brazo. Luego, acarició su pelo y le apartó algunos mechones de la cara, sintiendo que se estremecía.

–Te estaré esperando –dijo rozando suavemente sus labios.

Unos minutos más tarde, Cassie salió sigilosamente a la terraza, donde Brandon estaba de espaldas, mirando al océano, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón.

Su postura irradiaba un gran atractivo sexual. Parecía estar inmerso en sus pensamientos y no pudo evitar preguntarse en qué estaría pensando. ¿Le habría abierto viejas heridas el hablar de su exprometida? No debía de ser fácil descubrir que la persona amada lo había traicionado. Ella lo había descubierto con Jason.

– Estoy lista.

El se giró al oír su voz y sus miradas se encontraron. Luego, la miró de arriba abajo y reparó en que iba descalza.

– No te sorprendas – dijo ella sonriendo –. Uno nunca pasea por la playa con los zapatos puestos. Es una regla de la isla, así que quítate los tuyos.

Brandon se sentó y se quitó los zapatos y los calcetines. Cassie pensó que sus pies eran tan *sexys* como el resto de su cuerpo.

– ¿Contenta ahora? – dijo él poniéndose de pie y sonriendo.

– Sí, mucho. Así podremos dejar nuestras huellas en la arena. Venga, vamos – dijo ofreciéndole su mano.

Juntos, bajaron los escalones que daban a la playa privada.

– Cuéntame cómo es tu vida en Orlando.

Su pregunta le hizo recordar las mentiras que le había contado y las que le tendría que contar.

– ¿Qué quieres saber?

– ¿Hay alguien especial esperando que vuelvas? – preguntó Cassie con curiosidad.

– No – respondió sin dudar –. De vez en cuando salgo con alguna mujer, pero no hay nadie especial.

Al ver que pasaban los segundos y ella no decía nada, Brandon decidió seguir hablando.

– Y no es que desconfíe de las mujeres por lo que hizo mi exprometida. Lo superé y seguí con mi vida. Me entregué al trabajo, ya que con ella lo había dejado a un lado. Eso era lo que ella quería y lo que pensé que necesitaba.

– Pero descubriste que no era así, ¿no?

– Así es, especialmente cuando descubrí que no era por una buena razón. Jamie tenía un gran complejo de inferioridad y me dejé arrastrar. Pero no fue suficiente. Necesitaba sentirse más segura teniendo a alguien más, aparte de mí.

– ¿No le preocupaba lo que pudiera ocurrir si descubrías la verdad?

Él se encogió de hombros.

—Creo que pensaba que nunca me enteraría. Incluso llegó a admitir que no pensaba dejar a su amante después de casarnos.

—Parece que era muy descarada.

—Sí, lo era.

Cuando llegaron al borde del agua se pararon y se quedaron contemplando el océano. A su lado, Brandon podía sentir su calor e, incluso, percibía su olor. El resto de sus sentidos repararon en su presencia, disfrutando el momento junto a ella.

Cassie se giró y le dedicó una amplia sonrisa.

—La puesta del sol es preciosa, ¿verdad?

—Sí, y tú también.

Ella bajó la cabeza, como si estuviera calibrando sus palabras.

—¿Eres siempre tan adulator con las mujeres?

—No, no siempre.

—Entonces, debería sentirme especial.

—Porque lo eres.

Cassie se giró y acercó su cuerpo al de él, que se sintió tentado a tomar los labios que le ofrecía. Sin embargo, dio un paso atrás.

—Creo que ha llegado la hora de que me vaya y regrese al hotel.

—¿Por qué, Brandon? —preguntó sorprendida.

Entendía su pregunta, pero no podía ser honesto con ella.

—Creo que no estamos preparados para dar ese paso todavía —murmuró rodeándola con sus brazos.

—¿Hablas por ti o por mí?

—Trato de ser un caballero y hablo por los dos.

—Soy una mujer adulta, Brandon. Puedo hablar y pensar por mí misma.

Bajó la mirada y estudió sus ojos.

—Lo sé, pero quiero que nos aseguremos de lo que es mejor para los dos.

—De acuerdo, pero sólo con una condición —dijo ella tras una pausa.

—¿Cuál? —preguntó Brandon arqueando una ceja.

—Que cenemos otra vez mañana.

Brandon había estado a punto de decirle que estaba pensando regresar a Miami al día siguiente. Parker y Stephen sabrían pronto que no había cumplido su misión. La idea de compartir una cena más con Cassie era demasiado tentadora como para dejarla pasar. Claro que también podía proponerle un sitio para cenar con el que no estuviera de acuerdo.

– Me parece estupendo, siempre y cuando podamos cenar en el hotel – dijo Brandon y se sorprendió al verla asentir.

– De acuerdo.

– Venga, volvamos.

Al llegar a la terraza, él se detuvo y la miró.

– Quizá tenga que volver a Estados Unidos el jueves. Ha surgido algo que requiere mi presencia.

Vio la expresión de decepción en su rostro y eso hizo que su determinación se debilitara.

– Entiendo. Soy una mujer de negocios, así que sé que hay cosas que pueden surgir cuando menos te lo esperas.

Brandon se sentó en la silla de mimbre para ponerse los calcetines y los zapatos.

– Estoy deseando volver a vernos mañana.

– Yo también – repuso ella.

Él la miró, intrigado por el entusiasmo de su voz. La deseaba con tanta pasión que no le haría falta demasiado para dejarse llevar.

Se puso de pie, sabiendo que lo mejor que podía hacer en aquel momento era marcharse. Si se quedaba, correría peligro.

– ¿Me acompañas a la puerta?

Ella tomó de la mano y caminaron hasta la puerta. Al llegar, se detuvieron y Brandon la observó, consciente de que tardaría tiempo en olvidarla.

– Gracias por una velada tan especial y por una cena tan deliciosa.

Cassie esbozó una sonrisa sincera.

– De nada – dijo y, poniéndose de puntillas, le dio un suave beso en los labios –. Nos vemos mañana para cenar. Por favor, déjame una nota en recepción de dónde y a qué hora quieres que nos veamos.

Brandon la miró por unos segundos más y luego salió dirigiéndose a su coche.

Capítulo Cinco

Brandon observó la mesa que estaba puesta en mitad de la sala. El servicio de habitaciones había hecho un buen trabajo siguiendo sus instrucciones. Quería que Cassie se sorprendiera nada más llegar.

Había intentado contactar con Parker para decirle que todavía no había conseguido saber nada sobre Cassie que no supieran antes. Sacudió la cabeza, corrigiéndose. Había muchas cosas que había descubierto sobre ella que desconocía, pero todo era bueno y no había nada que pudiera ser usado en su contra.

La secretaria de Parker le había dicho que su amigo se había tomado unos días para llevar a su esposa Anna de compras a Nueva York y que no volvería hasta comienzos de la semana siguiente. Brandon no pudo reprimir una sonrisa al pensar que Anna Cross había conquistado el corazón de uno de los solteros más codiciados de Miami.

Se giró al oír unos golpes en la puerta y rápidamente cruzó la estancia. Como había esperado, llegaba puntual. Abrió la puerta y se encontró a Cassie sonriendo. Como siempre, estaba preciosa. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros y, al mirarla a la cara, descubrió que llevaba poco maquillaje, lo suficiente teniendo en cuenta lo guapa que era.

Recorrió su cuerpo con la mirada. Ya no llevaba el traje de chaqueta con el que la había visto durante el día, en un momento en el que ella se subía al ascensor. Se había puesto un vestido ceñido, que marcaba su figura. Llevaba una chaqueta en la mano y calzaba botas, más por motivos estéticos que por razones climáticas.

– ¿Puedo pasar?

Rápidamente volvió a mirarla a los ojos y le devolvió la sonrisa.

– Claro.

Su perfume invadió su olfato al pasar junto a él y, después de cerrar la puerta, se quedó parado mirándola, con las manos en los bolsillos para evitar abrazarla.

– Estás muy guapa.

– Gracias, tú también.

Al ver que él arqueaba la ceja con escepticismo, sonrió.

– De verdad estás guapo. Lo pensé la primera vez que te vi.

– ¿Aquella tarde en la playa?

– No, ese mismo día cuando estabas en recepción. Enseguida adiviné por tu ropa que eras un empresario americano.

Él asintió, no queriendo detenerse a pensar en todas las otras cosas que era, teniendo en cuenta que la conciencia le remordía. Decidió cambiar de tema.

– Espero que tengas hambre.

–Sí –dijo deteniéndose a mirar la mesa–. ¿Ya han traído la cena?

Brandon sacó las manos de los bolsillos y cruzó la habitación hasta ella.

–No, tan sólo han preparado la mesa. No quería pedir algo que luego no te gustara –dijo tomando el menú que había en la mesa–. ¿Quieres echarle un vistazo?

–No, me lo sé de memoria.

–Estoy impresionado.

Ella sonrió.

–Es una de mis habilidades. Puedo recomendarte un plato que combina langosta, pescado, cangrejo y otros mariscos, servido con arroz.

–Suenan delicioso.

–Lo es, pero tengo que advertirte que es algo picante.

–Me gusta el picante –dijo sonriendo–. Por favor, ponte cómoda mientras llamo al servicio de habitaciones.

Cassie dejó su chaqueta en el respaldo del sofá y se sentó cruzando las piernas. No se le había escapado la mirada de Brandon al abrir la puerta. Sus ojos se habían vuelto oscuros y su atractivo había provocado que la temperatura de su cuerpo se elevara.

Decidida a calmarse, miró a su alrededor. La decoración de aquella habitación era parecida a la que solía usar cuando se quedaba a dormir en el hotel. Pero la suya, al ser una suite ejecutiva, era más grande y contaba con una cocina que nunca usaba.

–Nos traerán la cena en unos treinta o cuarenta minutos –dijo mirándola y sentándose junto a ella en el sofá–. Dime, ¿qué tal te ha ido el día?

Cassie hizo una mueca y sacudió la cabeza.

–Una locura. No se conoce todavía qué trayectoria tomará el huracán Melissa, así que estamos tomando todas las precauciones. Ayer iba en dirección norte, pero ahora no parece claro que siga esa trayectoria. Ya ha habido mucha gente que no ha querido arriesgarse y se ha marchado.

Brandon asintió. Había estado siguiendo las predicciones meteorológicas y entendía su preocupación. Al ser originario de Miami, había conocido varios huracanes en su vida, unos más intensos que otros. Ese mismo día había hablado con su secretaria, Rachel Suárez. De origen cubano, Rachel había empezado a trabajar en la compañía treinta años atrás, con su padre, y se le daba muy bien organizar los asuntos de la oficina.

–Si el huracán viene en esta dirección, estoy seguro de que tus empleados sabrán muy bien lo que tienen que hacer –dijo tratando de tranquilizarla mientras acariciaba su pierna intentando descubrir hasta dónde llegaban las botas que llevaba.

–Sabes lo que tienen que hacer. Cada empleado tiene que tomar un curso sobre alertas de huracanes al año. Fue idea de mi padre después de que nos azotara el huracán Andrew.

Brandon dudaba de que alguna vez pudiera olvidar aquel huracán. Había dejado Miami, especialmente la zona donde vivía, muy perjudicado.

– Esperemos que Melissa pierda fuerza antes de tocar tierra – dijo él y añadió –: ¿Quieres tomar algo mientras esperamos? ¿Te apetece una copa de vino?

– Me encantaría, gracias.

Se puso de pie y Cassie lo observó cruzar la habitación. Sus pantalones grises y su camisa blanca se veían inmaculadas y se ajustaban a su cuerpo a la perfección. La noche anterior se había comportado como un caballero y había detenido las cosas antes de que fueran demasiado lejos. Después de que se marchara de su casa, Cassie se había sentido agradecida. Ahora tenía una sensación de pérdida inminente. Se iría al día siguiente y lo más probable era que no volvieran a verse.

Durante los últimos dos días se había sentido viva y animada, algo que no le había ocurrido en los últimos cinco meses, y todo gracias a él. No la había empujado a tener una aventura con él. De hecho, a pesar de que podía haber aprovechado la ocasión, la había dejado pasar. Si hubiera insistido un poco, habría acabado con él en la cama. Nunca antes había conocido a un hombre que le interesara para tener una breve aventura hasta conocer a Brandon Jarret.

– Aquí tienes.

Ella levantó la vista y sus ojos se encontraron mientras tomaba la copa que le ofrecía, tratando de controlar el temblor de sus dedos.

– Gracias – dijo y dio un sorbo.

El calor se estaba intensificando y necesitaba beber.

– ¿Estás bien?

– Sí, estoy perfectamente – respondió Cassie sonriendo –. ¿Y tú?

– También – dijo devolviéndole la mirada.

Bajó la cabeza para dar otro trago y olvidarse del cuerpo que tenía frente a ella. Sintió que Brandon se apartaba, pero evitó mirar a dónde había ido.

Cuando por fin levantó la cabeza, contuvo el aliento. Estaba al otro lado de la habitación, con la botella de vino en la mano, mirándola fijamente. De pronto sintió que el placer tocaba varias partes de su cuerpo. Era una mujer tranquila, pero en aquel momento se sintió desenfrenada. Sabía lo que quería, pero no estaba segura de ser lo suficientemente valiente como para conseguirlo. Pero entonces, al volver a sentir la atracción que había entre ellos, se sintió obligada a hacerlo.

Bajó la mirada, se puso de pie y lentamente atravesó la habitación hasta él. La fuerza de Brandon, además de su calor, la estaba atravesando, alcanzándola por todas partes y deseando hacer cosas que nunca antes había hecho. Él la observó a cada paso, mientras ella no dejaba de ver el deseo en sus ojos. Era pasión lo que sentía en cada ángulo de su cuerpo, en cada curva y, especialmente, entre las piernas.

Al llegar a él, se paró justo delante. Con gran esfuerzo, levantó la copa y dio otro trago para calmar sus nervios y apagar su fuego.

Se llevó la copa a la boca y dio un rápido sorbo antes de que Brandon se la quitara y acercara los labios a su rostro.

El corazón de Brandon latía furioso y todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión. Cassie le había abierto sus labios y la saboreó con ansiedad, con un deseo que ya no podía contener.

Brandon se apartó y dejó las copas en la mesa. Una vez tuvo las manos libres, la rodeó con sus brazos y empezó a besarla con toda la pasión que lo invadía. Una vez sus lenguas se encontraron, él decidió continuar con su propósito de que ambos alcanzaran la máxima satisfacción.

Estaban intercambiando un sensual y excitante juego con sus lenguas. Sus cuerpos estaban tan unidos que Brandon pudo sentir que sus pezones se ponían duros. Sentía su erección contra ella y eso hizo que los latidos de su corazón se aceleraran y que todo su cuerpo se tensara todavía más. El deseo de hacerla suya lo invadía. Deslizó una mano por su espalda y la apretó aún más contra él, como si temiera quedar completamente expuesto.

Ella se apartó un poco y respiró hondo, rodeándolo por el cuello. De un rápido vistazo, Brandon vio que había fuego en los ojos de Cassie. Aquella expresión hizo que sintiera como si la cabeza le diera vueltas. La habitación parecía girar, tan aturcido estaba por aquel deseo abrasador. La experiencia era potente y peligrosa. Contuvo un gemido y supo que debía hacer lo que la noche anterior e irse. Pero el deseo lo tenía pegado al sitio.

– Hazme el amor, Brandon – dijo ella poniéndose de puntillas.

Sus palabras, pronunciadas de manera muy *sexy*, hicieron desaparecer el poco control que le quedaba y, tomándola en sus brazos, se fue derecho a la habitación.

El corazón de Cassie comenzó a latir con fuerza en su pecho cuando la dejó sobre la enorme cama con dosel. Al ver que le dirigía aquella mirada, como si fuera un manjar que estuviera a punto de disfrutar, cerró las piernas de manera automática para contener el calor que sentía. Una sensación de deseo incontrolable surgió de su interior, pero no por cualquier hombre, sino tan sólo por él.

Desde que lo conoció, no había podido sacárselo de la cabeza. A pesar de lo ocupada que había estado durante todo el día, Brandon no había dejado de invadir sus pensamientos. Incluso había llegado a ruborizarse al recordar los besos que habían compartido. Por un lado, aquellas sensaciones la desconcertaban, pero por otro, le gustaban. Sus besos la excitaban fácilmente y la hacían estremecerse, como le estaba ocurriendo en aquel momento.

Se quedó observando cómo se desabrochaba la camisa antes de quitársela y dejar al descubierto sus anchos hombros. Posó la mirada en su pecho desnudo y empezó a fantasear con besarlo allí. Contuvo el aliento a la espera de que se quitara los pantalones. Sin embargo, en vez de hacer eso, Brandon se acercó hasta la cama.

– ¿Sabes lo que quiero saber, lo que tengo que saber? – preguntó mirándola.

Su mente se quedó en blanco. No tenía ni idea.

– ¿El qué? – preguntó, sintiendo que la tensión sexual llenaba la habitación.

– Hasta dónde llegan esas botas.

Aquello no era lo que esperaba que dijera y no pudo evitar sonreír.

– ¿Por qué no lo averiguas? – le retó.

Brandon se acercó y lentamente le subió el vestido, conteniendo el aliento. Las botas acababan justo debajo de las rodillas.

– ¿Satisfecho?

– En parte – dijo mirándola de nuevo a los ojos—. Dentro de un momento estaré completamente satisfecho.

Cassie tragó saliva al ver que Brandon comenzaba a bajar la cremallera de las botas y se las quitaba, masajeándole las piernas desde los pies.

– ¿Y tú quieres saber algo? – preguntó él.

– ¿El qué?

– He estado toda la noche despierto imaginándome todas las cosas que te haría si tuviera la oportunidad – dijo con voz sensual.

– Ahora tienes la oportunidad.

Brandon sonrió.

– Lo sé – dijo dando un paso atrás.

Ella se puso de rodillas sobre la cama y Brandon le quitó el vestido por la cabeza, dejándola en ropa interior. Su rostro mostraba su satisfacción por lo que acababa de hacer.

– No es justo – dijo ella—. Tienes más ropa puesta que yo.

– No por mucho tiempo – respondió llevándose las manos a la cintura del pantalón.

Satisfecha por su respuesta, además de por lo que estaba viendo, Cassie observó cómo se bajaba la cremallera de los pantalones y siguió con la mirada cada movimiento que hacían sus manos. No era su primera vez con un hombre, aunque hacía tiempo que no estaba con ninguno. No dejaba de estremecerse ante lo que estaba viendo.

A punto estuvo de dejar escapar un profundo gemido al verlo quitarse los pantalones. La única prenda que cubría su cuerpo eran unos calzoncillos negros que apenas podían ocultar su enorme erección. Cuando se los quitó, se quedó mirándolo fijamente. Luego, de un rápido movimiento, se acercó al borde de la cama y acarició su estómago, antes de deslizar la mano hacia abajo para acariciarlo.

Al sentir que contenía la respiración, lo miró a la cara.

– ¿Te hago daño? – preguntó sin dejar de acariciarlo de una manera que no había hecho con ningún otro hombre.

– No me estás haciendo daño, me estás torturando – dijo Brandon –. Hay una diferencia.

– ¿Ah, sí?

– Sí, deja que te lo demuestre.

Brandon la rodeó por la espalda y soltó su sujetador, dejándolo a un lado, y rápidamente puso las manos sobre sus pechos desnudos. Luego empezó a acariciarla tan metódicamente como ella lo había acariciado a él. Cassie dejó escapar un gemido de su garganta cuando él se inclinó y tomó uno de sus pezones con los labios.

De pronto, entendió la diferencia entre dolor y tortura. La estaba sintiendo. Era una tortura que la consumía de deseo y de un intenso apetito sexual. Cuando cambió de pezón, Cassie dejó escapar un gemido aún más profundo.

– No puedo aguantar mucho más – murmuró entrecortadamente.

– Ya somos dos – dijo levantando la cabeza. Pero no he acabado contigo todavía.

Recogió los pantalones del suelo, sacó un preservativo del bolsillo y se lo puso. Luego la hizo tumbarse en la cama y, con delicadeza, levantó sus caderas y le quitó las bragas. Cassie observó la intensidad de su mirada, adivinando sus pensamientos. Él la miró, le dedicó una sonrisa seductora y antes de que Cassie pudiera darse cuenta, Brandon le levantó las caderas hasta la altura de su boca.

Cassie gritó su nombre en el momento en que su lengua la invadía y se agarró a las sábanas. La estaba llevando hasta una nueva dimensión, provocándole el orgasmo más intenso que nunca había conocido. Continuó estremeciéndose ante las sensaciones que le provocaba su lengua. Y mientras su cuerpo aún se agitaba, la dejó en la cama y se colocó sobre ella. Sus miradas se encontraron al penetrarla y convertirse en un solo cuerpo.

Brandon se hundió más y más adentro en el cuerpo de Cassie, haciendo realidad todas las fantasías que había tenido con ella. Un torbellino de emociones los invadía a ambos.

– ¡Brandon!

Cuando sintió que ella alcanzaba el orgasmo, él hizo lo mismo y explotó dentro de ella, sintiéndose en el paraíso.

Unos minutos más tarde, la rodeó fuertemente con sus brazos mientras seguían respirando entrecortadamente. Lentamente, deslizó una mano para acariciar su vientre, deseando seguir tocándola.

En el fondo, Brandon sabía que no tenía que haberle hecho el amor sin antes decirle la verdad acerca de quién era y por qué estaba allí. No quería pensar en cómo reaccionaría cuando se enterara. Se merecía que fuera honesto con ella.

– ¿Cassie?

– ¿Sí? – respondió ella tras unos segundos y se giró para mirarlo –. Por favor, no me digas que te arrepientes de lo que acabamos de hacer.

Él sacudió la cabeza.

– No me arrepiento de nada, pero hay algo que tengo que decirte.

– ¿Qué? – preguntó ella arqueando una ceja.

Brandon abrió la boca justo en el momento en que llamaban a la puerta. En parte, se sintió aliviado.

– Ha llegado la cena. Luego hablaremos.

Como Cassie había dicho, la cena fue deliciosa. Pero era difícil para un hombre concentrarse en algo teniendo a aquella mujer tan preciosa sentada frente a él, vestida tan sólo con un albornoz. Y el saber que estaba completamente desnuda debajo no era de ayuda.

Al ponerse los pantalones y la camisa para abrir la puerta al servicio de habitaciones había asumido que ella también se vestiría. Se había sorprendido, aunque no decepcionado, al verla aparecer con uno de los albornoces del hotel después de que les llevaran la comida.

Dispuesto a olvidarse de su invitada y de las cosas que le gustaría hacerle, desvió la mirada hacia las puertas correderas de cristal que daban a la terraza. Bajo la luz de la luna, podía ver que el océano estaba agitado y que había una intensa brisa que hacía que las palmeras se agitaran. Aunque el huracán no pasara por allí, sus efectos empezaban a dejarse notar.

– ¿Brandon?

Miró a Cassie. Había pronunciado su nombre de una manera muy sensual, excitándolo de nuevo, especialmente al reparar en que la parte superior del albornoz estaba ligeramente abierta. Brandon sonrió. Seguramente Cassie hubiera aprovechado para entreabrirlo mientras él estaba mirando hacia fuera. Estaba intentando tentarlo y no tenía queja alguna. De hecho, le gustaba.

– ¿Sí?

– Antes de cenar me dijiste que tenías algo que decirme.

Él asintió. Había decidido no hablar de ello durante la cena. Lo último que quería era que le tirara la comida a la cabeza. Tampoco quería hacerlo en aquel momento, puesto que sabía cómo terminaría la noche. Pero no podía pasar por alto el hecho de que debía contarle la verdad.

Lo estaba mirando, a la espera de una respuesta. Estaba a punto de contarle todo cuando un teléfono móvil comenzó a sonar. Por el sonido supo que no era el suyo y ella se puso rápidamente de pie y fue a por su bolso que estaba junto al sofá.

– ¿Dígame? – dijo y se quedó a la escucha –. De acuerdo, Simón. Avísame si hay algún cambio.

Cassie sujetó unos segundos el teléfono en su mano antes de guardarlo.

– ¿Malas noticias?

– Nada nuevo. Los meteorólogos dicen que el huracán Melissa subirá a categoría tres cuando llegue a la costa.

– ¿Viene en esta dirección?

– Todavía está en el Océano Atlántico ganando fuerza. Si llega a tocar tierra, puede ser muy violento.

Más que nadie, Cassie sabía lo que eso significaba. Debido a la incertidumbre, mucha gente abandonaría el hotel. No podía culparlos de que antepusieran su seguridad a todo lo demás. Pero eso también significaba que Brandon podría marcharse antes de lo que tenía planeado. Si el huracán Melissa tomaba rumbo a las Bahamas, los aeropuertos cerrarían, lo que no serían noticias agradables para mucha gente.

El día había sido muy intenso en el hotel, pero tenía la impresión de que las cosas empeorarían al día siguiente. Ella estaría demasiado ocupada como para pasar un rato con Brandon antes de que se fuera, lo cual quería decir que lo único que les quedaba era aquella noche. La idea de no volver a verlo la afectaba más de lo que nunca habría imaginado. Quería tener recuerdos a los que aferrarse una vez se fuera. Sería todo lo que tendría cuando deseara abrazar a alguien por las mañanas, cuando quisiera que alguien le hiciera el amor del modo en que él se lo había hecho. En aquellas noches en que deseara sentirlo dentro, tan sólo tendría recuerdos.

Le había dicho que tenía algo que decirle y tenía una vaga idea de lo que podía ser. Le diría que lo había pasado bien con ella, pero que tenía que seguir con su vida y que no seguirían en contacto. No podía molestarse con él porque no le había hecho promesas ni le había ofrecido ningún tipo de compromiso. Lo que estaban viviendo era una aventura y nada más, y seguramente querría dejárselo claro.

No tendría resentimientos cuando se fuera. Teniendo todo aquello presente, sabía lo que quería. Más que otra cosa, quería pasar el resto del tiempo que le quedaba con él haciendo el amor y no hablando.

Decidida a disfrutar de lo que quería, y sabiendo que él la miraba, se desató el albornoz y lo dejó caer al suelo. Luego comenzó a caminar hacia él completamente desnuda. Brandon se puso de pie y se quitó la ropa. Por segunda vez en aquella noche, se sintió atrevida y, por la expresión de los ojos de Brandon mientras sacaba un preservativo del bolsillo, se sintió deseada.

Se quedaron frente a frente, desnudos, y con las bocas a escasos centímetros. Él se acercó y la besó con ansia, mientras ella lo abrazaba. Su sabor era picante, lo que le hizo recordar lo que habían tomado de cena.

Cassie sintió que comenzaba a estremecerse y que el calor aumentaba entre sus piernas. Sólo Brandon podía llevarla a aquel estado, incrementando sus deseos de pasión. Sentía la fuerza de los latidos de su corazón contra sus pechos, lo que hizo que los pezones se le endurecieran.

Cassie se apartó, respiró hondo y, antes de que pudiera recuperarse, él comenzó a empujarla hacia el sofá. Se alegró al llegar a él, puesto que sus rodillas estaban a

punto de doblarse. Se dejó caer sobre los cojines del sofá y, allí, él comenzó a acariciarla y a besarla por todas partes.

De pronto, hizo algo inesperado, haciéndola darse la vuelta de modo que la espalda de Cassie quedara contra su pecho. Se inclinó y comenzó a besarla por el cuello mientras con la mano le acariciaba el vientre antes de tomar sus pechos con las manos y acariciar sus pezones.

–Ábrete de piernas –murmuró él junto a su oído, mientras deslizaba las manos hacia su entrepierna.

Cassie sintió unas sacudidas mientras la acariciaba y unos segundos más tarde sintió la explosión de otro orgasmo, aunque tuvo la impresión de que no había acabado con ella.

–Échate hacia delante y apóyate en el respaldo del sofá.

Tan pronto como estiró los brazos y se agarró al sofá, sintió el cuerpo de Brandon contra el suyo. La tomó por las caderas y la penetró, hundiéndose profundamente en ella.

–¡Brandon!

Él comenzó a embestirla, haciendo que la invadieran toda clase de sensaciones. Luego, volvió a tomar sus pechos y con los dedos acarició sus pezones.

Cuando alcanzó el orgasmo, Cassie gritó su nombre y él se hundió todavía más, lo que hizo que pudiera sentir el momento exacto en el que él explotaba. Luego, Brandon le hizo inclinar la cabeza hacia atrás y la besó en la boca, antes de tomarla en sus brazos y llevarla al dormitorio.

El sonido del teléfono despertó a Cassie, que instintivamente alargó la mano y lo descolgó. Al oír a Brandon hablando con alguien, recordó dónde estaba y se dio cuenta de que él se había levantado de la cama para ducharse y que había contestado el teléfono desde el cuarto de baño.

Estaba a punto de colgar cuando reconoció la voz del hombre con el que hablaba. Enseguida se sentó en la cama cuando oyó a Brandon llamar a aquel hombre por su nombre. ¿Por qué iba Brandon a estar hablando con Parker Garrison? ¿Cómo era posible que se conocieran? ¿Qué estaba pasando?

Colgó el teléfono y, enojada, se levantó de la cama. Ignorando el dolor de la parte inferior de su cuerpo, miró en derredor buscando su ropa y a toda prisa comenzó a ponérsela. No dejaban de asaltarla preguntas mientras trataba de mantener su ira bajo control. Se acababa de poner el vestido por la cabeza cuando oyó que Brandon entraba en la habitación.

–Buenos días, cariño.

Cassie acabó de bajarse el vestido. Furiosa, trató de permanecer tranquila mientras se movía por la habitación. Una parte de ella no quería creer que aquel

hombre, que con tanta ternura le había hecho el amor, fuera diferente a como se mostraba, el perfecto caballero, atento y cariñoso.

— ¿Qué ocurre, Cassie? — preguntó preocupado.

En vez de responder a aquella pregunta, decidió formular otra. Tragó el nudo que se le había formado en la garganta y lo miró.

— ¿Por qué conoces a Parker Garrison, Brandon?

Capítulo Seis

Se hizo un largo silencio durante el cual ambos permanecieron frente a frente, mirándose. La tensión se hizo densa, casi sofocante. Brandon respiró hondo, deseando haberle dicho la verdad la noche anterior, como había sido su intención. Al parecer, había escuchado su conversación telefónica durante el tiempo suficiente como para reconocer a Parker.

– Te he hecho una pregunta, Brandon. ¿Por qué conoces a Parker?

Por el tono de su voz, era evidente que estaba empezando a llegar a una conclusión. No quería eso, así que volvió a respirar hondo antes de hablar.

– Es un cliente.

Cassie se giró rápidamente, como si hubiera recibido una bofetada en todo el rostro. Aquel movimiento hizo que el corazón le diera un vuelco. Le había hecho daño.

– Cassie, yo...

– No – dijo, mirándolo de nuevo.

Se llevó la mano al rostro, como para retirarse un mechón de pelo, pero lo que hizo fue secarse una lágrima. Brandon se estremeció.

– ¿Y qué es exactamente lo que haces para Parker, Brandon? ¿Te ha contratado como un asesino a sueldo? ¿Es que al ver que no cooperaba ha decidido acabar conmigo?

Él frunció el ceño.

– Soy su abogado, Cassie – respondió.

No le gustaba lo que acababa de decir.

– ¿Su abogado? – susurró, abriendo los ojos con incredulidad.

Brandon sintió un nudo en el estómago al ver que se quedaba pálida.

– Sí, represento a las empresas Garrison.

Permaneció callada unos segundos, con expresión de sorpresa.

– ¿Es Brandon Jarret tu nombre verdadero?

– Sí, pero no es mi nombre completo. Me llamo Brandon Jarret Washington.

Cassie frunció el ceño. Recordaba haber visto el nombre de Washington y Asociados en la carta que había recibido unos meses atrás, después de negarse a hablar con Parker por teléfono.

– Debería haberlo sabido – dijo con voz enfadada—. Algo que es demasiado bueno para ser verdad acaba no siéndolo. Así que, ¿qué clase de incentivo te ofreció Parker para hacerme cambiar de opinión y vender mi parte? Es evidente que te dijo que emplearas todos los medios necesarios. Perdiste el tiempo en la facultad de Derecho. Habrías sido un buen gigoló.

– No digas eso, Cassie.

– ¿Que no lo diga? – repitió cada vez más enfadada –. No te atrevas a decirme qué es lo que puedo decir. Viniste aquí fingiendo ser alguien que no eras, te acercaste a mí y te acostaste conmigo para hacerme cambiar de opinión sólo porque Parker te pagó para que lo hicieras.

– Eso no es así.

– Entonces, ¿cómo fue, Brandon? ¿Estás diciendo que no era tu objetivo cuando viniste aquí, que nuestro encuentro no ha tenido nada que ver con que Parker quiera que le entregue mi parte de la compañía?

Brandon se sintió acorralado, pero no quería mentir.

– Sí, pero eso cambió cuando te conocí.

Aquello no era suficiente para Cassie. Sacudió la cabeza y comenzó a apartarse de él. Se sentía herida y enfadada al pensar en todo el tiempo que habían pasado juntos y en todo lo que habían hecho. Todo habían sido movimientos calculados por parte de él. Eso la hizo sentirse humillada.

– ¡Bastardo! ¿Cómo te atreves a usarme así? Quiero que te vayas, ¡Vete de mi hotel! – gritó –. Vete y dile a Parker que no has conseguido completar tu misión. El infierno tendrá que congelarse dos veces antes de que le dé nada.

Cassie se agachó para recoger sus botas y pasó junto a él en su camino al sofá para tomar la chaqueta y el bolso.

– Escucha, Cassie, déjame explicarte. Acabo de decirle a Parker que iba a contarte la verdad.

– ¡Estás mintiendo!

– No miento, Cassie. Traté de decirte la verdad anoche.

– No importa. Me has mentado, Brandon, y no lo olvidaré. Hablo en serio. Quiero que te vayas de mi hotel o pediré al personal de seguridad que te eche.

Y así, descalza, Cassie abrió la puerta y salió a toda prisa de la habitación.

Brandon apenas podía ver la carretera debido a la intensa lluvia que caía, mientras conducía a casa de Cassie. Cuando logró salir de la suite tras ella, ya se había ido en su coche. Había regresado a la habitación y había hecho lo que le había pedido. En menos de una hora, había hecho la maleta y había pagado la cuenta.

Había llamado a su piloto para cancelar su vuelo. No quería abandonar Bahamas sin tener antes la oportunidad de hablar con ella para explicarse. No había nada que le importara más que conseguir que creyera que, a pesar de que sus intenciones no habían sido muy honestas cuando llegó a la isla, después de conocerla, había decidido que no podría seguir adelante con su plan. Además, la noche anterior, había intentado decirle la verdad.

Pero en el fondo, sabía que nada de eso excusaba su comportamiento. También sabía que tenía motivos para estar triste y enfadada. Le debía una disculpa; pretendía

dársela y nada iba a detenerlo. Ni siquiera la amenaza del huracán Melissa, que se dirigía en dirección a la isla.

El hotel había sido un caos, con la gente apresurándose para marcharse. Nadie quería quedarse en una isla que estaba en mitad de la trayectoria de un huracán. Pero incluso con todo aquel revuelo, los empleados de Cassie tenían todo bajo control y estaban haciendo un gran trabajo para mantener a todo el mundo calmado. El que Cassie estuviera en su casa y no en el hotel era una prueba de lo enfadada que debía de estar y de lo mucho que la había herido.

Respiró aliviado al llegar al camino de acceso y ver su coche allí. Confiaba en que no tuviera intención de regresar bajo aquel temporal. Por lo que había oído en la radio del coche, las autoridades estaban diciendo que no era seguro viajar y pedían que no se saliera a las carreteras debido a los muchos accidentes que estaba habiendo.

Detuvo el coche y miró hacia la casa. A la distancia a la que estaba, lo más probable era que se empapara antes de llegar a la puerta, pero ésa era la menor de sus preocupaciones. Quería aclarar las cosas con ella y se negaba a pensar que no estuviera dispuesta a escuchar lo que tenía que decirle.

Abrió el coche y corrió hasta la puerta. Los meteorólogos todavía no sabían si el huracán Melissa llegaría a la isla, pero ya estaban sufriendo los efectos de su furia. Estaba totalmente empapado cuando llamó con los nudillos a la puerta de Cassie. Se había puesto unos vaqueros y parecían habersele pegado al cuerpo.

La puerta se abrió y, al ver la expresión de Cassie supo que estaba tan sorprendida como enfadada al verlo.

– No puedo creer que te hayas atrevido a venir aquí.

– He venido porque tenemos que hablar.

– Te equivocas, no tengo nada que decirte y te aconsejaría que te fueras – dijo ella cruzándose de brazos.

– Tenemos mucho de qué hablar y no puedo marcharme.

Ella lo miró.

– ¿Por qué no?

– Por el tiempo. La policía está pidiendo a los conductores que no conduzcan por la carretera. Si vuelvo ahí fuera, me arriesgo a tener un accidente.

– ¿Crees que me importa?

– Sí, porque si hay algo que he descubierto sobre ti en estos últimos días es que eres una persona muy atenta, Cassie, y que, por muy canalla que pienses que soy, no me mandarías a la muerte.

Ella se acercó más y lo miró a los ojos.

– ¿Quieres que hagamos una apuesta?

Por la expresión de sus ojos, la respuesta era que no. Y aunque no quería aceptar su reto, se arriesgaría.

– Sí.

– Te sugiero que te quedes en tu coche hasta que el tiempo mejore y puedas irte. No eres bienvenido en mi casa.

– Si lo hago, corro el riesgo de pillar una neumonía con esta ropa mojada.

Cansada de lo que para ella eran tonterías, Cassie estaba a punto de cerrarle la puerta en la cara, así que él interpuso una mano para impedirlo.

– Escucha, Cassie, No voy a marcharme de aquí ni de la isla hasta que me escuches. Si no quieres hacerlo aquí y ahora, cuando estés de vuelta en el hotel no dejaré de darte la lata hasta que accedas a verme.

– Inténtalo y llamaré a la policía.

– Sí, puedes hacer eso, pero imagínate la mala imagen que dará el hotel. Creo que lo último que querrías del Garrison Grand-Bahamas sería eso – dijo.

Sabía que estaba dando en el clavo.

Excepto por el sonido de la lluvia, se hizo un largo silencio hasta que ella se hizo a un lado.

– Di lo que tengas que decir y vete.

Cuando atravesó el umbral, Brandon miró a su alrededor y vio lo que había estado haciendo antes de abrirle la puerta. Había estado poniendo los protectores contra huracanes en las ventanas.

– ¿Dónde está el personal de servicio?

Ella lo miró.

– No es asunto tuyo, pero los he mandado a casa antes de que el tiempo empeorara. No quería que los pillara a medio camino.

– No tenías ningún escrúpulo para mantenerme ahí fuera.

– Pues no, ¿acaso no te dice eso algo? – preguntó ella.

Brandon se cruzó de brazos.

– Sí, me dice que tenemos que hablar, Cassie. Pero antes te ayudaré a poner las contraventanas.

Cassie parpadeó. ¿Estaba loco? Ella no quería que la ayudara en nada.

– No recuerdo haberte pedido ayuda.

– No, pero voy a ayudarte de todas formas – repuso él dirigiéndose hacia la ventana del salón.

– Sólo te he dejado entrar para hablar – dijo ella siguiéndolo.

– Lo sé. Pero podemos hablar más tarde. Un huracán puede estar en camino y John se revolvería en su tumba si me viera dejando desamparada a su hija – dijo colocando las contraventanas en su sitio.

Cassie lo miró sorprendida y se detuvo.

– ¿Conocías a mi padre?

La miró, decidido a ser sincero con ella de ahora en adelante.

– Sí, conocía a John. Le conozco de toda la vida. Mi padre, Stan Washington, y él, eran íntimos amigos desde la universidad.

– ¿Stan Washington era tu padre?

– Sí, ¿lo conociste?

– Yo también lo conocía desde siempre, pero nunca supe nada personal de él más que era un buen amigo de mi padre. Él era la persona que mamá debía contactar en caso de que surgiera alguna emergencia y tuviera que hablar con papá.

Brandon asintió. Teniendo en cuenta la estrecha amistad de los dos hombres, estaba seguro de que su padre sabría de la relación de John con Ava. Además, Stan había sido el encargado de abrir el testamento de John y quien se había encargado personalmente de todos los asuntos legales concernientes al Garrison Grand-Bahamas. Una vez Cassie se había convertido en la dueña del hotel, había contratado sus propios abogados.

– ¿Y las otras ventanas? – preguntó él, después de asegurar las contraventanas.

– El personal de servicio me ha ayudado a colocarlas antes de irse.

– Bien – murmuró mirándola.

Todavía estaba descalza, pero se había puesto un pantalón corto y una blusa. Y como siempre, estaba muy guapa.

– Ahora puedes hablar y luego irte.

Le había pillado admirando su cuerpo y era evidente que no le había gustado, puesto que sabría qué clase de pensamientos se le estaban pasando por la cabeza.

– Creo que mi ayuda me ha dado el derecho a quitarme esta ropa.

– Ni se te ocurra.

De repente, Brandon reparó en lo que debía de haber entendido.

– Tranquila, Cassie – dijo pasándose la mano por el rostro –. No me refería a eso. Me refería a que podía quitarme esta ropa mojada y que la pusieras a secar. Si no, pillaré una pulmonía.

Cassie se mordió el labio para no decirle que le daba igual.

– De acuerdo. El cuarto de la lavandería está por aquí – dijo saliendo de la habitación –. Te sugiero que te quedes allí hasta que tu ropa esté seca.

– ¿Por qué? ¿Acaso no tienes una toalla que pueda usar mientras la ropa se seca?

Cassie le dirigió una mirada gélida.

– Tengo muchas toallas, pero preferiría no verte vestido con una.

– De acuerdo.

– Mira, Brandon. Al parecer, lo único que has hecho en estos últimos tres días ha sido una broma para ti, pero verás que no me estoy riendo. Ni siquiera sonrío.

El humor que brillaba en los ojos de Brandon desapareció al instante.

– No, los últimos tres días no han sido ninguna broma para mí, Cassie. De hecho, pienso que son los días más bonitos que he pasado en toda mi vida. De lo único que me arrepiento es de haber venido a esta isla pensando en que eras alguien diferente. Lo único que puedo hacer ahora es ser sincero.

Cassie se negó a que aquellas palabras la afectaran. No había forma de que pudiera volver a confiar en él.

– No me importa lo que me digas, Brandon. Nunca podré olvidar que me has estado mintiendo.

– No todo ha sido un engaño, Cassie. Cuando te hice el amor, era completamente sincero. Por favor, no pienses que no lo fui.

– Me has usado – dijo enojada.

Él alargó la mano y acarició su barbilla.

– No. Te hice el amor, Cassie – dijo en voz queda –. Me he entregado más de lo que lo he hecho con ninguna otra mujer.

– El cuarto de lavandería está enfrente, a tu derecha – dijo ella consciente de que tenía que mantener las distancias –. Y ya que tienes tanto miedo de pillar una neumonía, hay un armario con toallas en esa habitación. Quédate ahí hasta que tu ropa esté seca. Tengo muchas cosas que hacer como para preocuparme de un hombre medio desnudo andando por mi casa. Voy a llenar las bañeras con agua por si caso me quedo sin electricidad.

– Si se va la luz, ¿no te da miedo quedarte aquí a oscuras?

– Para tu información, no estaré aquí. Tan pronto como se seque tu ropa y me digas lo que tengas que decirme, me voy al hotel a ayudar.

– ¿Vas a salir con este tiempo? – preguntó incrédulo.

– Eso es lo que he dicho.

– ¿Acaso no me estabas escuchando cuando te he dicho que las autoridades están pidiendo a la gente que no salga a las calles? – preguntó, negándose a creer que alguien pudiera ser tan cabezota.

Cassie levantó la barbilla.

– Sí, estaba escuchándote con la misma atención que cuando te he dicho que te fueras – dijo y, entrecerrando los ojos, añadió –: Y ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer. Cuando tu ropa se seque y estés vestido otra vez, me encontrarás en el salón.

Entrecerrando los ojos, Brandon la observó darse media vuelta e irse.

Cassie siguió caminando con piernas temblorosas para no sucumbir a la tentación y mirar a Brandon de nuevo. Aquel hombre la perturbaba y lo que menos necesitaba era tenerlo bajo su mismo techo.

Sacudió la cabeza. Al menos, se estaba quitando aquellos vaqueros mojados. No había podido dejar de reparar en cómo se ajustaban a su cuerpo como una segunda piel. Se alegraba de que no la hubiera visto observándolo mientras ponía las contraventanas. Cada vez que había movido el cuerpo, sus ojos se habían movido con él. Los vaqueros mojados no sólo habían evidenciado sus muslos musculosos, sino también su perfecto trasero y su vientre firme y plano.

Suspiró hondo, disgustada con ella misma. ¿Cómo podía seguirle pareciendo atractivo después de lo que había hecho? No había querido que la ayudara a proteger las ventanas, pero no había tenido ocasión de negarse. Estaba acostumbrado a hacer lo que quería. Incluso en aquel momento, su comportamiento y sus actos le resultaban totalmente inaceptables.

Después de llenar todas las bañeras y de asegurarse de que había suficientes velas, llamó al hotel.

Simón le aseguró que tenía todo bajo control y le aconsejó que se quedara en casa y no saliera de allí. La mayoría de la gente que había preferido irse, había dejado ya el hotel. Los que quedaban habían decidido permanecer en el Garrison Grand-Bahamas y esperar. Si las autoridades decidían evacuar el edificio, utilizarían los vehículos del hotel para llevarlos a los refugios más cercanos. Por último, Simón le hizo prometer que, si fuera necesario, dejaría su casa y se iría al refugio más cercano.

Satisfecha de que sus empleados tuvieran todo bajo control, se dirigió al salón y miró por las cristaleras. El océano estaba feroz y en la última predicción que había escuchado, habían dicho que el huracán se debilitaría antes de llegar a las Bahamas. Pero Cassie llevaba mucho tiempo viviendo en la isla y sabía que era posible que el huracán se intensificara.

Miró al cielo. Aunque era media tarde, el cielo estaba oscuro y cada vez había más nubes. Seguía lloviendo y el viento agitaba los árboles. Se frotó los brazos sintiendo el aire frío. Aunque Melissa alcanzara la categoría cuatro, Cassie no temía perder su casa. Su padre había construido aquella casa para soportarlo todo. Excepto el dolor.

Respiró hondo al pensar que no había derramado una sola lágrima por Jason y, sin embargo, había pasado la mañana llorando por el dolor que Brandon le había causado. En su interior, su corazón seguía sollozando.

Cassie levantó la cabeza. Percibió el olor de Brandon antes incluso de oírlo llegar. Sabía que estaba allí desde el instante en que había entrado en la habitación. Aun así, no estaba lista todavía para darse la vuelta. Por una razón que no lograba entender, Brandon Jarret Washington la obsesionaba a pesar de toda la furia que sentía hacia él.

—¿Cassie?

Se estremeció al oírlo. Trató de ignorar la sensualidad de su voz y lentamente se dio media vuelta. Debido a que todas las ventanas estaban protegidas, la habitación estaba oscura, pero aun así podía verlo. Estaba junto a la puerta, vestido y, de pronto, avanzó unos pasos.

Aunque no quería admitirlo, incluso con unos simples vaqueros y camisa, Brandon estaba muy atractivo. Estaba reaccionando ante su presencia de una forma que no quería y eso la desconcertó. El silencio que había en la habitación se oponía a la furia de la tormenta que rugía fuera.

Cassie cerró las manos en puños mientras él lentamente cruzaba el salón hasta ella. Sin dejar de mirarla, le ofreció su mano.

– Ven, Cassie, sentémonos en el sofá y hablemos.

Capítulo Siete

Cassie miró la mano que Brandon le tendía. Aquella mano la había acariciado la noche anterior. Después de la manera en que la había traicionado, no estaba lista para aceptar nada de lo que ese hombre le ofrecía. Escucharía lo que tuviera que decirle y eso sería todo.

Negándose a aceptar su mano, lo miró a la cara.

– Puedes sentarte en el sofá. Yo me sentaré en la silla – dijo Cassie, tensando los labios mientras se dirigía a su asiento.

Brandon tardó unos segundos en acercarse al sofá. Estaba claro que Cassie no quería facilitarle las cosas y estaba dispuesto a aceptarlo. Había actuado mal y le sería muy difícil enmendar su error. Ni siquiera estaba seguro de que pudiera hacer algo, pero lo intentaría. Estaba empezando a ponerse nervioso, pero decidió controlarse. De alguna manera tenía que hacerle entender lo que había ocurrido.

Una vez sentado en el sofá, la miró, pero ella estaba atenta a otras cosas. Eso le hizo recordar la primera tarde en que la vio en la playa. Incluso antes de saber quién era, se había sentido atraído, había querido conocerla y hacerle el amor.

Se agitó en su asiento. Un intenso deseo se estaba apoderando de él. No era un buen momento para sentir aquel magnetismo y, si ella se daba cuenta, estaba seguro de que no le gustaría. Cambió de postura para evitar que aquella parte de su cuerpo fuera tan evidente, aunque su deseo por ella no disminuyó.

– Antes de que empieces, ¿quieres beber algo?

Él la miró y se encontró con sus ojos, sorprendido de que le ofreciera algo.

– Sí, por favor.

Ella salió de la habitación, dándole unos minutos para pensar. Era una extraña jugada del destino la que los había unido. La amistad de sus padres se había prolongado desde la universidad hasta la muerte y, a menos que las cosas entre ellos mejoraran, Cassie y él podían convertirse en enemigos. No quería eso y no estaba dispuesto a aceptar esa opción.

Unos minutos más tarde volvió con dos copas de vino. En vez de darle una, la dejó en la mesa que había junto a él. Evidentemente, no quería ni rozarlo. Tomó su copa y dio un trago, lamentando ser el responsable de aquella triste situación.

– Empieza cuando quieras.

Sus palabras le hicieron recordar por qué estaba allí. Dio otro sorbo a su vino antes de empezar a hablar.

– Como sabes, los Garrison no sabían de tu existencia hasta que se leyó el testamento de John. Nadie sospechaba que tuviera una aventura y, menos aún, que tuviera una hija fruto de esa aventura. Fuiste una sorpresa para todo el mundo.

Al ver que no decía nada, continuó hablando.

– Pero lo que fue todavía una mayor sorpresa fue que John te dejara al mando, junto con Parker. Eso fue una gran conmoción para Parker, el mayor y probablemente el más ambicioso de los hijos. Todo el mundo asumía que, si algo le pasaba a John, Parker se haría con el control total de la compañía. Era algo de esperar, puesto que John le había encargado la gestión de las empresas Garrison al cumplir treinta y un años. Y Parker lo había hecho muy bien desde entonces. Por eso, espero que entiendas por qué se sentía no sólo dolido y confuso, sino tremendamente triste.

Por la expresión del rostro de Cassie, podía adivinar que no estaba entendiendo nada o bien que tan testaruda que se negaba a entender.

– Como ya te conté – continuó Brandon –, mi padre fue el que redactó el testamento de John, así que no sabía nada de ti hasta que leí el documento unos días antes de hacerlo ante toda la familia. Una vez descubrí la verdad, supe que la lectura del mismo no sería fácil – dijo y tomó aire antes de seguir –. Nos planteamos impugnar el testamento, pero era muy difícil. Y...

– Imagino que fue idea de Parker la prueba de ADN – lo interrumpió en tono cortante.

Brandon asintió.

– Sí, le advertí de que no conseguiríamos nada. John te reconocía como hija y no había más que hacer. Además, tampoco había razón alguna para creer que no lo fueras. Parker y tú os pusisteis en contacto, te ofreció comprar tu parte y tú le dijiste que no.

– Y ahí debió haber acabado todo – afirmó Cassie.

Brandon no pudo evitar sonreír.

– Sí, posiblemente. Pero en eso os parecéis Parker y tú – dijo y, al ver que Cassie arqueaba una ceja, añadió –: Ambos sois muy cabezotas.

– Ésa es tu opinión – dijo mirándolo con los ojos entrecerrados.

No quería perder el tiempo discutiendo. Aunque Parker y ella no se hubieran conocido oficialmente, la razón principal por la que no se llevaban bien era porque eran demasiado parecidos. Además de muy tozudos, ambos eran ambiciosos y les gustaba triunfar. Al parecer, John también había advertido aquel parecido y les había dejado encargado que continuaran con el imperio que había creado.

– Estoy esperando, Brandon.

Él la miró y la vio frunciendo el ceño, irritada.

– Quiero pedirte perdón por dar por sentado algunas cosas sobre ti, Cassie, y espero que sepas encontrar la manera de perdonarme.

Cassie no sabía si estaba dispuesta a perdonarlo o no. Se sentía más inclinada a no hacerlo. Pero había algo por lo que sentía curiosidad.

– ¿Y qué fue lo que diste por sentado?

Brandon respiró hondo antes de hablar.

– Antes de contestar, tengo que decirte que, al ver que no contestabas las cartas de mi despacho ni las llamadas de Parker, se decidió que debía venir, conocerte y hacerte una oferta en persona. También se decidió que antes debía ver si podía conseguir alguna información interesante sobre ti que sirviera de argumento para obligarte a vender si seguías negándote.

Por la manera en que lo estaba mirando, Brandon adivinó que se había sorprendido ante su sincera respuesta. También era evidente que no le había gustado lo que acababa de decirle.

– Aunque seas muy testaruda, Cassie, soy un hombre al que siempre le gusta ganar. Me considero un abogado al que le gusta luchar por sus clientes, siempre y cuando sea de modo legal. Las empresas Garrison es mi mejor cliente y no quería que Parker se quedara sin lo que quería. Mi lealtad era para él, no para ti.

Cassie se enderezó en su asiento y se inclinó hacia delante. Su mirada transmitía fuego.

– Olvídate de lo legal, Brandon. ¿No te parece poco ético?

– Por tu negativa a discutir el tema de las acciones de una manera profesional con Parker, entendía tus actos como los de una mujer desconsiderada, malcriada, caprichosa, egoísta y egocéntrica. Eso contesta tu pregunta acerca de lo que daba por sentado sobre ti.

Cassie cruzó la habitación, se detuvo frente a él y, poniendo los brazos en jarras, lo miró.

– Ni siquiera me conocías. ¿Cómo te atreves a hacer esos juicios sobre mí?

Él se puso de pie.

– Eso es todo, Cassie. Nadie te conocía y todo parecía indicar que no querías que eso cambiara, que querías cerrarte a una familia que estaba deseando conocerte. Y aunque ésa fue mi primera opinión de ti, tengo que decir en mi defensa que es la imagen que proyectas a los demás.

Cassie apartó la mirada, admitiendo que en parte tenía razón. Todavía estaba lamentando la muerte de su madre cuando su padre murió. Lo habían enterrado sin que pudiera darle el último adiós y, en parte, culpaba de ello a aquella familia. Aunque lo cierto era que no sabían nada que ella, por lo que tenía sentido que no la hubieran avisado.

– Imagínate mi sorpresa – añadió Brandon –, cuando llegué aquí y te conocí. Eras completamente diferente de lo que todos habíamos imaginado. Tardé poco tiempo en descubrir que no eras tan desconsiderada, malcriada, caprichosa, egoísta y egocéntrica como había imaginado. La mujer que conocí, la mujer hacia la que me sentí atraído en la playa, antes siquiera de saber quién era, era una persona dulce, generosa y entregada.

Dio un paso hacia Cassie a la vez que ella volvía a mirarlo.

– También era preciosa, vivaz, *sexy*, deseable y apasionada – añadió bajando el tono de voz –. Era una mujer capaz de hacer que la temperatura de mi cuerpo se

elevara con tan sólo mirarme, una mujer capaz de hacerme descubrir sentimientos que nunca antes había conocido. Y es la mujer a la que deseo besar cada vez que veo sus labios.

Un involuntario gemido escapó de los labios de Cassie. Las palabras de Brandon habían encendido una llama en su interior y, al mirarlo a los ojos, vio en ellos aquella expresión que empezaba a ser tan familiar. No pudo dejar de reparar en que estaban muy cerca y en que podía sentir su aliento en sus labios. Otra cosa de la que se dio cuenta fue de la dureza de su erección contra el centro de su cuerpo.

Cassie se estremeció al sentir el calor que el cuerpo de Brandon emitía. Además, estaba su olor masculino, que estaba haciendo despertar en ella sensaciones primitivas. Era un deseo que no creía posible hasta que lo había conocido y, junto a él, había descubierto un nivel de pasión al que nunca antes la habían llevado.

Estaba a punto de besarla. Sabía que le estaba dando tiempo para apartarse y rechazar lo que ambos querían. Pero no quería eso. Aunque todavía tenían mucho más de lo que hablar, muchas cosas por aclarar, Cassie sintió que en aquel momento necesitaban tiempo para relajarse y permitirse un beso.

Al ver que él no actuaba tan rápido como era de esperar, se acercó a él y acarició sus labios con la lengua. Vio sorpresa en sus ojos y, después, lo oyó emitir un gemido desde el fondo de la garganta. Él la rodeó por la cintura con sus brazos y tomó sus labios entre los suyos. Devoró su boca con tanta intensidad que la hizo estremecerse.

Brandon sabía al vino que había bebido y olía a lluvia. Su beso la estaba convirtiendo en una fuente de deseo y empezó a sentir humedad entre las piernas.

Brandon se apartó, respirando entrecortadamente.

–Si no quieres lo que estoy a punto de darte, detenme Cassie. Si no lo haces, dudo que pueda detenerme.

No tenía intención de detenerlo y, para demostrárselo, le sacó la camisa de los pantalones, antes de bajarle la cremallera. Y con el atrevimiento que había descubierto la noche anterior, deslizó la mano bajo los vaqueros y acarició su erección.

–Quiero penetrarte, Cassie –susurró junto a su oído–. Quiero sentir tu calor, quiero hacerte el amor hasta que los dos nos quedemos sin fuerzas. Y cuando nos recuperemos, quiero que volvamos a empezar de nuevo. Quiero hundirme tan profundamente en ti, que ninguno de los dos sepamos dónde están unidos nuestros cuerpos.

Las eróticas palabras de Brandon encendieron el fuego de su cuerpo. La humedad de sus piernas estaba a punto de deslizarse por sus muslos.

–Entonces, hazlo, Brandon. Ahora.

Por lo que a Brandon se refería, los deseos de Cassie eran sus órdenes, así que la hizo tumbarse en la alfombra persa con él y rápidamente comenzaron a quitarse la ropa.

Él emitió un gemido al ver que se colocaba a horcajadas sobre él y empezaba a explorarlo con la lengua. Continuó bajando por su pecho hasta llegar al ombligo. Cassie dejó una estela húmeda desde su vientre hasta su erección.

Se detuvo lo suficiente como para mirarlo a los ojos antes de volver su atención al objeto de su deseo. Bajó la cabeza y sopló su cálido aliento antes de tomarlo en la boca. Luego, se tomó su tiempo, decidida a darle la misma clase de placer que él le había dado la noche anterior.

Él se arqueó, dejando escapar un profundo gemido antes de acariciarle suavemente el pelo. Cassie pensó que iba a apartarla de encima de él, pero continuó acariciándola y gimiendo rítmicamente. Luego, comenzó a pronunciar su nombre una y otra vez, desde el fondo de su garganta. Aquello hizo que sus sentidos se dispararan y que cada vez estuviera más húmeda.

– Ya está bien – dijo, deteniéndola con las manos.

Luego se besaron con ansiedad, antes de que ella acabara tumbada, con las piernas levantadas sobre los hombros de Brandon. Luego, la levantó por las caderas y, antes de que se diera cuenta, la penetró hundiéndose profundamente en ella.

Luego, comenzó aquellas embestidas que tan bien recordaba mientras ella se agarraba a sus brazos.

Sus ojos se encontraron. Lo único que no estaba quieto era la parte inferior de sus cuerpos. Y de pronto, Cassie alcanzó el orgasmo, gritando y clavando sus uñas en él. Luego, él echó la cabeza hacia atrás y gritó su nombre. Ella lo sintió explotar en su interior y fue consciente de que podía haberla dejado embarazada si no fuera porque tomaba la píldora anticonceptiva. Pero aquella idea no la incomodó porque en aquel momento supo, sin ninguna duda, que se había enamorado de él.

– Se ha ido la electricidad.

Cassie levantó despacio la cabeza al sentir movimiento a su lado. Rápidamente recordó dónde estaba: en el suelo del salón de su casa, desnuda. Se había quedado dormida después de hacer el amor con Brandon varias veces.

Forzó la mirada en la oscuridad y se separó del calor de su cuerpo.

– He sacado unas velas. Voy a levantarme a encenderlas.

– ¿Conoces el camino en la oscuridad?

– Estoy preparada. Aquí tengo una linterna – dijo iluminándolo –. ¿En algún momento se baja esa cosa?

– No mientras te tenga cerca – dijo acercándose a ella –. ¿Tienes una radio?

– En esa mesa.

– Déjame la linterna un momento. No conozco la casa como para moverme en ella en medio de la oscuridad.

Tomó la linterna y cuando vio la radio, la encendió. Sintió un informe meteorológico que estaba dando buenas noticias. El huracán había cambiado de trayectoria, aunque había otra isla que no había tenido tanta suerte. Lo peor de la tormenta había pasado y la electricidad sería restablecida por la mañana.

– Quiero llamar para asegurarme de que todo está bien en el hotel.

– De acuerdo. Voy a vestirme para ver cómo están las cosas ahí fuera.

Cuando Brandon regresó, se encontró a Cassie en la cocina. Se había vuelto a vestir y estaba junto a los hornillos.

– ¿Cómo van las cosas por el hotel? – preguntó él, apoyándose en el quicio de la puerta.

– Bien. Se quedaron sin luz, pero saltó el generador. Han caído unos cuantos árboles, pero por lo demás, todo bien. ¿Qué tal todo fuera?

– Lo mismo, varios árboles caídos, pero nada grave. Y sigue lloviendo – dijo y se acercó a ella –. ¿Qué estás cocinando?

– La sopa de almejas de la otra noche. Congelé parte. Dijiste que te gustó.

– Cierto. Me alegra saber que tienes pensado alimentarme.

– No es eso lo único que tengo pensado hacer contigo, así que tengo que mantenerte con fuerzas.

La abrazó por detrás.

– Para ti, siempre tendré fuerzas. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

– Pon la mesa y sirve el té en los vasos.

Unos minutos más tarde se sentaron a comer y Brandon aprovechó para terminar la conversación que habían iniciado antes.

– Ahora ya sabes por qué hice lo que hice, Cassie. No digo que estuviera bien – dijo y, al ver su mirada, cambió de estrategia –. De acuerdo, estuvo mal, pero no estabas poniendo las cosas fáciles a nadie.

Ella se echó para atrás en su asiento.

– Dime, Brandon, ¿por qué Parker no entendía que no? «No» quiere decir «no». Me preguntó si estaba dispuesta a vender mi parte y le dije que no, que no estaba interesada. ¿Por qué llamarme si mi respuesta no iba a cambiar?

– La razón por la que insistió fue porque es un hombre de negocios. Parker es un hombre acostumbrado a conseguir todo lo que quiere. Además, nunca te molestaste en escuchar cuál era su oferta.

– No habría importado. Lo que mi padre me dejó es un regalo y de ninguna manera voy a vender mis acciones, por mucho que Parker me ofrezca. Y si insiste, tendrás que defenderlo por acoso.

Brandon se quedó mirándola fijamente, consciente de que hablaba en serio. De pronto, sonrió.

– ¿Qué te parece tan divertido? – preguntó ella.

– Parker, tú y los demás hermanos Garrison, pero especialmente Parker y tú. Al principio me preguntaba en qué estaría pensando John cuando hizo aquel testamento. Ahora, creo que lo sé.

– ¿Vas a contármelo?

– Claro. Como ya te he dicho, Parker y tú os parecéis mucho y John lo sabía. Además de que ambos sois testarudos, ambos tenéis grandes ansias por triunfar. Al parecer, John vio esa cualidad en los dos y pensó que juntos podríais continuar el imperio que él creó. Ella sacudió la cabeza.

– No puede ser eso. Papá sabía cuánto me gustaba esto. Él más que nadie sabía cuánto eché de menos la isla durante el tiempo que estuve en Londres, en la universidad. Para hacer lo que insinúas, tendría que mudarme a Miami y él sabía que no lo haría. Al volver de la universidad, le dije que nunca más abandonaría la isla. Es mi hogar y el sitio donde quiero estar.

– Entonces, ¿por qué crees que os dio el control a Parker y a ti?

Cassie respiró hondo.

– Me gustaría saber la respuesta.

La expresión de Brandon se tornó seria antes de decir:

– Entonces, escucha mi teoría. John quería mucho a todos sus hijos, de eso no tengo ninguna duda. Sabía ver los puntos fuertes, así como los débiles. Creo que vio en Parker y en ti a los más fuertes debido a vuestro sentido de los negocios. Parker es un gran empresario. Ha hecho un gran trabajo ocupándose de todos los asuntos mientras John estaba vivo, así que tu padre conocía sus habilidades. Tengo entendido que hiciste un trabajo fantástico dirigiendo el hotel, así que sabía que tú también lo harías bien. Personalmente, no creo que John tuviera en un principio intención de que Parker y tú compartierais el control de Empresas Garrison. Los dos tenéis personalidades muy fuertes para eso y lo sabía. Creo que te incluyó porque aportabas equilibrio a Parker.

Lo miró pensativa.

– Si lo que dices es cierto, no serviría de nada que vendiera mis acciones a Parker. No estaría cumpliendo con los deseos de mi padre.

– Por supuesto que no.

Cassie se quedó mirándolo unos segundos.

– No puedes dejar de ser el abogado de Parker, ¿verdad? – sonrió, sacudiendo la cabeza.

– No, pero no he hablado como el abogado de Parker. Hablaba como tu amigo y... amante – dijo y, tras unos segundos, añadió –: Quisiera proponerte algo.

– ¿El qué?

–Tómame unos días libres en el trabajo y ven a Miami conmigo. Conoce a Parker y al resto de tus hermanos. Sé que les encantaría conocerte.

–No estoy lista para eso, Brandon.

–Claro que lo estás, Cassie. Y creo que a John le habría gustado. Si no, te habría dejado la propiedad del hotel y nada más, pero no quiso eso. Antes o después, lo habría organizado todo para que os conocierais. ¿Poiqué no ibas a querer conocerlos? Son tus hermanos, tu familia. Los seis compartís la misma sangre –dijo y, sonriendo, añadió– : Os parecéis todos mucho.

–¿De veras? –dijo ella arqueando las cejas.

–Sí, todos tenéis el mismo hoyuelo –dijo acariciando su barbilla.

Cassie ladeó la cabeza, disfrutando de su caricia. El se acercó y la besó dulcemente en los labios.

–Háblame de ellos –le pidió después de dejar pasar unos segundos.

Brandon sonrió, sabiendo que su interés era sincero.

–Muy bien. Creo que te he contado todo sobre Parker. Tiene treinta y seis años. A pesar de lo arrogante que pudo parecerte aquella vez que hablaste con él, lo cierto es que es un buen tipo. Era un adicto al trabajo hasta que se casó. Anna, su esposa, era su secretaria antes de casarse.

Brandon dio un sorbo a su té antes de continuar.

–Stephen tiene treinta y cinco años. Al igual que Parker, es muy impulsivo. Está casado con Megan y tienen una hija de tres años llamada Jade.

Cassie levantó una ceja.

–Corrígeme si me equivoco, pero tengo entendido que se casó hace unos meses.

Brandon sonrió.

–Así es.

Brandon sonrió.

–¿Y tienen una hija de tres años?

–Sí, tuvieron una relación hace unos años y ella se quedó embarazada. Stephen no supo que era padre hasta hace poco. Ahora están de nuevo juntos y son muy felices –dijo Brandon e hizo una pausa antes de continuar– . Después está Adam. Es mi mejor amigo y paso más tiempo con él que con los demás. Tiene treinta años y es dueño de una discoteca muy conocida. Por último, están las gemelas, Brooke y Brittany. Tienen veintiocho años. Brittany tiene un restaurante y Brooke se encarga de un edificio de pisos de lujo.

Cassie tomó un sorbo de té.

–¿Y la esposa de mi padre?

Brandon la miró por encima de la taza.

– ¿Qué quieres saber de ella?

– No creo que se alegrara al saber de mi madre.

– No, pero se sorprendió más al saber de ti. Creo que sospechaba que John tenía una aventura, pero lo que fue un shock fue saber que tenía otra hija. Podrás imaginar que no se tomó demasiado bien la noticia.

Brandon decidió no darle más datos sobre Bonita, especialmente acerca de su problema con la bebida.

– Si decides venir conmigo a Miami, quiero ser claro contigo y que sepas que a Bonita Garrison no le gustará que estés allí. Créeme si te digo que no le importaría nada que desaparecieras.

Cassie estuvo a punto de atragantarse con el té. Una vez más, Brandon la había sorprendido. No sólo había decidido contarle la verdad, sino que estaba siendo brutalmente sincero.

– Si ella piensa eso, estoy segura de que los demás...

– No – la interrumpió –. Su madre no influye en la manera en que tratan sus hijos a otras personas. Ven a Miami conmigo, Cassie, y conócelos.

Cassie se atusó el pelo, recostándose sobre el asiento.

– No sabes lo que me estás pidiendo, Brandon.

– Sí, lo sé. Es lo correcto. Lo sé y creo que tú también. Esta amarga batalla entre Parker y tú puede durar toda la vida. ¿Crees que es eso lo que John habría querido?

– No – respondió ella sacudiendo la cabeza.

– Yo tampoco lo creo – dijo y, después de hacer una pausa, añadió –: ¿Me prometes que al menos pensarás en ello?

– Sí, lo prometo.

– ¿Aceptas mis disculpas por haberte mentado, Cassie? No hice bien, pero ya te he explicado por qué.

Cassie se quedó pensando en sus palabras. Había tratado de explicarle la verdad la noche anterior y si lo único que hubiera querido hubiera sido sexo, lo habría conseguido la noche en que lo había invitado a cenar a su casa. Pero él se había resistido a sus insinuaciones. Incluso la noche anterior, había sido ella la que había tomado la iniciativa.

Cassie lo miró a los ojos, consciente de que tenía que resolver aquello. Brandon era consciente de todo el dolor que le había causado.

– Sí, ahora que me lo has explicado todo, acepto tus disculpas – dijo observando su expresión de alivio.

– Otra cosa más: no usé protección cuando hicimos el amor, así que si estás...

– Llevo años tomando la píldora. Por lo demás, estoy sana.

– Yo también. Sólo quería que no pensaras que no tengo cuidado.

—No lo había pensado —sonrió recordando en cómo había tratado de satisfacerla mientras hacían el amor—. De hecho, creo que eres uno de los hombres más cuidadosos que conozco.

Más tarde aquella noche, Cassie estaba tumbada en la cama junto a Brandon. Estaba de lado y él estaba detrás, abrazándola. La electricidad había vuelto unas horas antes y se habían dado una ducha, juntos antes de irse a la cama y hacer el amor otra vez.

Brandon estaba profundamente dormido, seguramente agotado.

Le había gustado que le contara cosas sobre sus hermanos, satisfaciendo una curiosidad que no sabía que tuviera. Había sido completamente honesto explicándole lo que la esposa de su padre sentiría si iba a Miami con él.

Respiró hondo. En parte, quería ir y resolver el asunto con Parker de una vez por todas. Pero por otro, no quería ir. ¿Y si Brandon estaba equivocado y en realidad no querían conocerla?

Dispuesta a no seguir pensando en ellos, dejó que sus pensamientos vagaran sobre Brandon y ella. Sabía que el amor verdadero era algo más que una atracción sexual entre dos personas. En él se entremezclaban sentimientos y emociones, deseos de comprometerse con alguien de por vida, algo que no tenía con Brandon.

Lo amaba, pero sabía que Brandon no la amaba a ella. Era evidente que sentía cierta atracción y que disfrutaba haciéndole el amor, pero para él no había sentimientos ni emociones. Su corazón se encogió al reparar en ello, pero no podía culparlo. No le había hecho promesas ni le había ofrecido ninguna clase de compromiso.

Unos minutos más tarde, cuando descubrió que no podía volver a dormirse, supo la razón de por qué no podía hacerlo. Se levantó de la cama, se puso la bata y bajó la escalera. Entró en la habitación donde había un enorme cuadro de sus padres y encendió la luz. Cada vez que tenía problemas, se iba allí, donde podía sentir su presencia y recordar los buenos momentos.

Un rato después, se fue al acuario. Se sentó y observó los peces en los diferentes tanques que la rodeaban. La visión y el sonido creaban una atmósfera relajante y se quedó un rato a disfrutar del momento.

Luego, dejó el acuario y regresó a la cama. Brandon la abrazó.

—¿Dónde estabas? Te he echado de menos.

—He bajado a pensar en algunas cosas.

—¿En qué?

—En sí debería ir a Miami contigo a conocer a mis hermanos y resolver el problema con Parker —dijo y, tomándolo del rostro, añadió—: He decidido ir.

Luego, se inclinó y lo besó, convencida de que había tomado la decisión correcta.

Capítulo Ocho

Cassie miró a Brandon sentado frente a ella en el avión privado. Hacía unos segundos que habían subido a bordo y el piloto estaba anunciando que en breve despegarían hacia el Aeropuerto Internacional de Nassau.

La última semana la había pasado preparándose para aquel viaje. Por extraño que pudiera parecer, era una mujer de veintiocho años que iba a conocer a sus cinco hermanos por primera vez. Brandon había hablado con cada uno de ellos, excepto con Parker, para comunicarles su decisión de ir a conocerlos. De todas formas, había contactado con Anna, la esposa de Parker, quien le había dicho que estaba deseando conocerla.

Después del paso del huracán, el sol había vuelto a aparecer y los negocios habían vuelto a la normalidad. Tras comprobar que en el hotel todo estaba bien, el resto de los días los había pasado con Brandon. Le había enseñado la isla y le había presentado a parte de su familia materna. Habían salido a cenar varios días e incluso habían dado un paseo en el barco de sus padres. Pero sus momentos favoritos habían sido los que había pasado en sus brazos, haciendo el amor.

Iba a pasar dos semanas en Miami en casa de Brandon. Después, volvería a las Bahamas y su vida seguiría como hasta antes de conocerlo. No quería pensar en el día en que se separaran, cuando él siguiera su camino y ella el suyo. En realidad, vivían vidas muy diferentes. Él tenía su vida en América y ella, en las islas.

Ni siquiera estaba segura de los sentimientos de Brandon, pero conocía los suyos hacia él. Lo amaba y se llevaría aquel amor con ella a la tumba. Como su madre, estaba destinada a amar a un solo hombre en su vida.

Continuó mirando a Brandon y como si él hubiera sentido su mirada, levantó los ojos del documento que estaba leyendo.

—¿Estás bien? —preguntó con un ligero tono de preocupación, dejando los papeles a un lado.

—Sí, estoy bien.

Y lo estaba, ya que, independientemente de cómo acabaran las cosas entre ellos, le había dado los días más felices de su vida y se sentía agradecida por ello.

—Ven aquí y siéntate a mi lado.

—Ahí no entramos los dos.

—Ven aquí, entraremos.

Su voz sensual la hizo reaccionar. Se soltó el cinturón y se acercó a él. Brandon se desabrochó el suyo y la hizo sentarse en su regazo.

—No te preocupes por Gil —dijo él refiriéndose al piloto—. Su trabajo es llevarnos a nuestro destino y no preocuparse de lo que ocurre aquí.

Ella se acomodó en su regazo, pensando que aquello era lo que más iba a echar de menos: su cercanía, la posibilidad de sentirse abrazada, de sentir su peso sobre

ella, por no mencionar la sensación de sentirlo dentro. También estaba su olor, que nunca podría olvidar. Era un aroma masculino que le recordaba a la lluvia, al brillo del sol y a mucho sexo.

– He hablado con Parker antes de salir. Ella lo escuchó, pero no dijo nada. Seguía pensando en sexo.

– ¿Cassie? – dijo estrechándola entre sus brazos.

Ella ladeó la cabeza y lo miró.

– Te he oído.

El no dijo nada, tan sólo le acarició la barbilla. Ella tragó saliva al sentir su caricia. Brandon estaba tratando de aproximarse a ella y estaba funcionando.

– ¿Qué te dijo? – se obligó a preguntar Cassie.

Brandon había deslizado la mano hasta el cuello de ella, justo debajo de su oreja.

– ¿Brandon? – lo llamó al ver que no contestaba.

– Te he oído – respondió mirándola a los ojos y sonriendo.

– ¿Qué quería Parker?

– Cuenta contigo en la comida familiar del domingo.

Ella se puso de pie y lo miró alarmada. Brandon la tomó de la mano y la atrajo hacia él.

– Quería invitarte a la comida familiar que celebran los domingos. Es un evento familiar para los Garrison.

– ¿Qué pasa con Bonita Garrison?

Brandon respiró hondo.

– Yo también me lo he preguntado, pero conociendo a Parker, algo habrá pensado.

Cassie lo miró.

– No pareces muy convencido.

Él bajó la cabeza.

– Quizá esto sea de ayuda – dijo Brandon junto a sus labios mientras deslizaba una mano bajo la falda para acariciarle el muslo.

Luego, lamió sus labios del mismo modo en que su mano estaba masajeando su muslo, suave y metódicamente. Por si todo eso no fuera suficiente, le metió la lengua en la boca y el impacto la hizo estremecerse. Cassie separó los labios con un gemido y él la tomó más profundamente, algo que se le daba muy bien. Estaba devorando su boca, intensificando su deseo.

– Abróchense el cinturón para aterrizar.

Él levantó la cabeza al oír la orden del piloto por el micrófono.

– Creo que tengo que volver a mi asiento.

– Así es – dijo él acariciando por última vez sus labios con la lengua.

Cassie regresó a su asiento y rápidamente se abrochó el cinturón. Luego, levantó la cabeza y sus miradas se encontraron. Ella sonrió y lo mismo hizo él.

De repente, el pensamiento que asaltó su cabeza fue que no habían dejado de hacer el amor desde aquella primera experiencia y tampoco habían pasado un solo día sin besarse. Aquellos eran recuerdos a los que se aferraría y que nunca olvidaría.

– ¿Cassie?

Ella lo miró.

– ¿Sí?

– Bienvenida a Miami.

– ¿Te importa si hacemos una breve parada en mi oficina para revisar algunas cosas? – preguntó Brandon mientras conducía por Ocean Drive.

Cassie estaba muy atenta a lo que ocurría fuera del coche. Durante esa hora del día no era extraño ver modelos, coches de época, Harleys y gente patinando, además de turistas.

Se giró hacia él, sonriendo.

El sol que se filtraba por la ventanilla producía reflejos en su pelo.

– No, en absoluto. Querrás comprobar que no ha habido daños durante la tormenta, aunque por el aspecto de todo, parece que lo único que ha pasado en la ciudad ha sido mucha lluvia.

– Lo que ha hecho aparecer a más gente – dijo Brandon bromeando –. Esta zona cada día es más popular. Y eso que ahora es de día. Espera a que se haga de noche y abran las discotecas. South Beach se convierte en una gran fiesta.

– Eso suena divertido.

– Lo es. La discoteca de Adam está justo ahí, en mitad de todo. Antes de que regreses a las Bahamas, quiero que salgamos una noche por la ciudad y la discoteca de Adam es uno de los muchos sitios a los que te voy a llevar.

Cassie sonrió.

– No me digas que eres un loco de las fiestas.

Él rió.

– Ya no, pero solía serlo. Adam y yo solíamos ir a muchas fiestas. Queríamos experimentar el lado salvaje de la vida. Pero después de la muerte de mi padre tuve que ponerme serio, cuando toda la carga recayó en mis hombros. Siempre estaré agradecido a tu padre por tener fe en mi capacidad y seguir trabajando con nuestro

bufete. Después de que mi padre muriera, John no tenía por qué hacerlo, pero me dio la oportunidad de demostrar lo que valía.

Cassie asintió y sonrió.

– Así que tú sentaste la cabeza, ¿y Adam? ¿Sigue siendo un loco de las fiestas?

– No como solía serlo – dijo –. Ahora es un hombre de negocios serio. Te gustará.

– Lo dices porque es tu mejor amigo.

– Sí, pero también creo que te gustarán todos los Garrison.

– ¿Incluso Parker?

– Sí, incluso él. Una vez que lo conozcas, verás que es un gran tipo. Su boda con Anna le ha hecho cambiar en muchos aspectos. La quiere mucho. Soy el primero en admitir que nunca pensé que llegaría el día en que sentara la cabeza. Después de todo, era uno de los solteros de oro de la ciudad, un título que le gustaba tener.

Cassie consideró sus palabras y se preguntó si alguna vez aparecería una mujer en la vida de Brandon de la que se enamoraría y con la que querría casarse y pasar el resto de su vida.

– Ya casi hemos llegado. En cuanto gire en la siguiente esquina, podrás ver el Garrison Grand. Está en la esquina de Bricknell y mi oficina está enfrente.

No había acabado Brandon de decir aquellas palabras cuando Cassie vio el que había sido el primer hotel de su padre. Un sentimiento de orgullo se apoderó de ella. Era un gran edificio con una sólida estructura.

– Es precioso – dijo estudiándolo con detalle al llegar a un semáforo.

– Stephen lo dirige ahora y está haciendo un trabajo excelente. Tiene grandes habilidades empresariales, pero va a estar muy ocupado cuando abra el hotel Victoria.

Cassie miró a Brandon.

– ¿El hotel Victoria?

– Sí, es un hotel actualmente en construcción. Va a hacerle la competencia al Garrison Grand en lujo y prestigio, y atraerá al mismo tipo de clientela. El dueño es Jordan Jefferies, un empresario muy agresivo. Es una persona dispuesta a triunfar empleando lo que sea necesario.

– Como Parker.

– Sí, por eso no se soportan. Hay una rivalidad entre los Garrison y los Jefferies. Aun así, hace un par de meses, Brittany se ha comprometido con Emilio, el hermano de Jordan.

– Imagino que a Parker no le habrá gustado demasiado – dijo Cassie.

– No, ni a Jordan. Pero Brittany y Emilio parecen estar muy enamorados y quieren vivir sus vidas sin interferencias familiares.

– Me alegro por ellos.

Brandon la miró, tras detener el coche en una plaza de aparcamiento. Una placa indicaba que aquel sitio estaba reservado para él.

– Pareces muy rebelde.

Ella se soltó el cinturón y le besó en los labios.

– Lo soy. Mi madre me contó cómo su familia se opuso a su relación con mi padre cuando se enteraron de que era un hombre casado. Pero ella se mantuvo firme.

– ¿Y tú? ¿Saldrías con un hombre casado, Cassie?

– No – dijo sacudiendo la cabeza –. Soy más posesiva que mi madre. No podría soportar la idea de compartir. Por eso siento lástima de Bonita Garrison. Imagino lo que debió de sentir cuando descubrió que su marido había tenido una larga relación con otra mujer. Pero, en parte, conociendo a mi padre y sabiendo lo cariñoso y leal que era, creo que tenía que tener una razón por la que buscó amor y felicidad en otro sitio.

Brandon se encogió de hombros.

– Quizá.

Cassie no esperaba que dijera nada más. Aunque supiera más sobre la relación de su padre con su esposa, no se lo diría. A pesar de lo que Brandon y ella habían compartido, era muy leal a la familia Garrison.

Unos minutos más tarde, entraron en el vestíbulo del edificio Washington.

– Mi padre le compró el terreno a tu padre para construir este edificio hace más de cuarenta años. En aquel momento, un joven John Garrison, de veintitantos años, estaba camino de convertirse en multimillonario. Era soltero, uno de los solteros más deseados de Miami. Mi padre era su abogado ya entonces.

Cassie miró a su alrededor antes de subir al ascensor.

– Bonito edificio.

– Gracias. Mi bufete está en la planta veinte – dijo apretando el botón –. El resto de las plantas las tengo alquiladas.

Cuando el ascensor se detuvo en la planta veinte, salieron a un pasillo alfombrado. Las puertas de cristal de su despacho tenían su nombre grabado en letras doradas. La zona de la recepción era amplia y había una joven sentada en el mostrador que los saludó sonriente al verlos.

Después doblaron la esquina hacia una zona de trabajo con varias personas. Algunas los miraron al pasar y otras, siguieron trabajando o hablando por teléfono. Cassie se imaginó que, al ser viernes, la mayoría estaría deseando terminar la semana para empezar a disfrutar de su tiempo libre.

Cassie admiró la decoración de las oficinas. Resultaba un entorno de trabajo agradable. Las paredes pintadas, los suelos alfombrados en algunas zonas y en otras de mármol, además del mobiliario moderno, confirmaban la imagen que se había hecho de las oficinas de Brandon.

– Debería haberte advertido sobre mi secretaria, Rachel Suárez. Lleva toda la vida trabajando aquí y se cree la dueña del lugar. Aunque he de reconocer que hace un trabajo fantástico. Mantiene a mis cuarenta empleados a raya.

Cassie lo miró, sorprendida de que fuera un bufete tan amplio.

– Tienes una empresa grande.

– Sí, y todos son muy buenas personas y trabajan bien.

– La decoración resulta muy agradable y hay sitio suficiente para que trabajen todos con comodidad.

El escritorio de la secretaria de Brandon parecía estar en el centro y la sexagenaria que estaba allí sentada, sonrió al verlo.

– Brandon, no te esperaba hasta la semana que viene.

– Él sonrió.

– Oficialmente sigo de vacaciones. Tan sólo he venido para ver qué tal estaban las cosas después de la tormenta.

– No han ido mal. Según tengo entendido, en las islas llovió más que aquí.

Entonces, miró a Cassie y le dedicó una amplia sonrisa.

– Hola.

– Hola – contestó Cassie sonriendo.

Brandon hizo las presentaciones.

– Rachel, ella es...

– Sé quién es – dijo la mujer ofreciendo su mano a Cassie –. Te pareces mucho a tu padre.

Sorprendida, Cassie arqueó una ceja mientras estrechaba su mano. Su sorpresa nada tenía que ver con el hecho de que se pareciera a su padre, puesto que sabía que era cierto. Lo sorprendente era que la mujer supiera quién era.

Al ver su expresión, Rachel se explicó.

– Era la secretaria de Stan Washington cuando naciste.

Cassie asintió. Aquella mujer sabía de la relación de sus padres y, al igual que hiciera el padre de Brandon, había prometido guardar el secreto.

– Voy a enseñarle a Cassie mi oficina. Y como ya te he dicho, sigo de vacaciones y no voy a contestar ninguna llamada.

– Sí, señor – sonrió.

Brandon guió a Cassie hasta su despacho. Después de entrar, cerró la puerta con cerrojo. A Cassie tan sólo le dio tiempo a echar un rápido vistazo antes de que él la tomara entre sus brazos.

– Tenemos que terminar lo que empezamos en el avión – dijo antes de besarla.

Apenas se habían rozado sus labios cuando el teléfono de Brandon sonó.

Maldiciendo, sacó el teléfono del bolsillo y miró la pantalla antes de contestar.

– ¿Adam? Sí, Cassie ya ha llegado y sí, está conmigo ahora – dijo y, después de unos segundos, añadió –: No, no se quedará en el Grand Garrison, se quedará en mi casa.

Cassie se sentó en el sofá y cruzó las piernas de manera muy *sexy*.

– No – continuó él, tratando de concentrarse en lo que Adam le decía y no en las piernas de Cassie –, no la conocerás hasta la comida del domingo. Puede que seas mi mejor amigo, pero no puedo dejar que te aproveches de eso. Parker quiere que toda la familia la conozca a la vez. Además, voy a llevarla a cenar esta noche y mañana pienso enseñarle la ciudad.

Brandon rió ante algún comentario que había hecho Adam.

– De acuerdo, Adam, se lo diré a Cassie – dijo antes de colgar y guardarse el teléfono.

– ¿Decirme qué? – preguntó ella volviendo junto a Brandon.

Él sonrió.

– Dice que estaría encantado de ser tu hermano favorito.

Una sonrisa asomó a los labios de Cassie. Tenía la sensación de que le iba a caer bien.

– Parece muy simpático.

– Lo es. Como ya te he dicho, todos lo son, incluido Parker. Creo que habéis tenido un mal comienzo.

– ¿Y si no está de acuerdo con la contraoferta que quiero hacerle? Quiero que sepas que no voy a dar marcha atrás. Lo toma o lo deja.

Brandon sonrió. La comida en casa de los Garrison sería interesante, como de costumbre.

– Yo no me preocuparía si fuera tú. Como te he dicho, Parker es un avisado hombre de negocios y creo que quiere poner fin a esta tensión tan incómoda que hay entre vosotros y encontrar una buena solución para ambos.

Brandon alargó la mano y acarició el hoyuelo de su barbilla.

– Cada vez que toco este hoyuelo me excito.

Cassie sonrió, sacudiendo la cabeza.

– Creo que te excitas incluso cuando no me tocas.

Él rió.

– Es cierto – dijo y la besó.

Sus labios se sellaron y sus lenguas se encontraron. El deseo se estaba intensificando en ambos. Brandon estaba convencido de que nunca tendría suficiente de aquella mujer.

Unos segundos más tarde, él apartó la cabeza y se quedó mirando con arrobación sus labios húmedos.

–Será mejor que te saque de aquí. Nunca he hecho el amor a una mujer en mi oficina, pero contigo puedo acabar haciéndolo.

Cassie se puso de puntillas y lo besó en los labios. En parte, deseaba que la hiciera suya allí mismo. Así, cuando cada uno siguiera su camino, su presencia estaría siempre allí, en el lugar en el que Brandon pasaba la mayor parte del tiempo.

–Hoy quizá no, pero ¿prometes que lo harás antes de que vuelva a casa?

–¿Hacer qué? –dijo él levantando una ceja.

–Hacerme el amor aquí –dijo acercándose y acariciando su nuca.

Él se estremeció bajo su caricia.

–¿Por qué querrías que te hiciera el amor aquí?

–Para que siempre te acordaras de mí, especialmente cuando estés aquí.

–¿De veras crees que podría olvidarme de ti, Cassie? ¿Crees que voy a poder olvidar lo que hemos compartido?

Antes de que pudiera contestar, Brandon inclinó la cabeza y la besó apasionadamente.

Luego, a regañadientes, apartó la boca y la miró de un modo que hizo despertar en ella una mezcla de sensaciones.

–Vámonos antes de que haga lo que me pides y me olvide de que tengo una oficina llena de gente trabajando –dijo y, sonriendo, añadió–: Son un grupo de personas muy listas que harán algo más que sospechar si empezamos a hacer mucho ruido.

–¿Crees que hacemos mucho ruido? –preguntó mientras él abría la puerta.

–Cariño, siempre lo hacemos.

Aquella noche, Cassie pudo sentir los latidos del corazón de Brandon contra su espalda. Dormido, estaba abrazado a ella. Después de hacer el amor, ella también se había quedado dormida y ahora estaba despierta y pensativa.

Brandon tenía una casa muy bonita y, después de enseñársela, se había dado cuenta del cariño que le tenía. Lo había observado detenidamente cuando le había mostrado con orgullo las cosas que en ella tenía. Le había contado que parte de los clientes de su padre habían dejado el despacho tras su muerte, alegando que Brandon era muy joven y que carecía de experiencia.

John Garrison había sido de los pocos en contar con sus servicios y le había recomendado a otros. Trabajando mucho, Brandon había conseguido rehacer el legado que su padre había empezado.

Brandon se movió en sueños y ella lo miró por encima de su hombro y contempló su rostro dormido. Lo deseaba. Quería casarse con él y tener hijos suyos. Y, sobre todo, lo amaba. Pero nunca tendría lo que quería puesto que él no la amaba.

Nunca podría pasar la vida con un hombre que no la amara. Había crecido en un entorno de mucho amor y no quería menos para ella. Cerró los ojos y pensó que tendría que irse antes de que la rompiera el corazón.

Cassie abrió los ojos, decidida a seguir aquella idea. Aquél era el mundo de Brandon y el suyo estaba en las Bahamas. En vez de quedarse las dos semanas que tenía planeado, después de la comida del domingo le diría que se marcharía antes. Era importante que Parker y ella resolvieran sus problemas y estaba deseando conocer al resto de los hermanos. Después de eso, sería el momento de seguir con su vida. Cuanto más tiempo pasara con Brandon, más desearía las cosas que no podía tener. El amor que sentía por él estaba debilitando su poder de decisión. Había llegado el momento de hacer planes para volver a casa. No había otra solución.

Brandon salió al patio, pero enseguida regresó al oír el teléfono. Se quedó parado en un sitio desde el que podía ver a Cassie nadando en la piscina.

El biquini que llevaba era una tentación y estaba encantado de poder observarla.

– ¿Sí?

– Brandon, soy Parker.

Llevaban un par de días intentando hablar. El día anterior, Parker había estado de reuniones y Brandon había pasado esa mañana enseñándole a Cassie South Beach. Luego, la había llevado a comer a un restaurante chino que estaba de moda y, después, tal y como le había pedido, la había llevado al cementerio para visitar la tumba de su padre. Se había quedado junto a ella para que se despidiera de él y la había abrazado mientras lloraba, aliviando la pena que llevaba dentro. Después, habían regresado a su casa para darse un baño en la piscina y relajarse antes de cambiarse para salir a cenar y a conocer la vida nocturna de South Reach.

– Hola, Parker, me alegro de que por fin podamos hablar.

– Yo también. ¿Cómo está Cassie?

Brandon se giró y la buscó con la mirada. Ya no estaba en el agua, sino de pie al borde de la piscina, a punto de tirarse de cabeza. En su opinión, Cassie era la fantasía de cualquier hombre. Aquello no era algo que le agradaría oír a su hermano mayor.

– Cassie está bien. Se está bañando en la piscina. Quería darse un baño antes de salir a cenar.

– Todos están deseando conocerla mañana – dijo Parker.

– Me alegro de oírlo. Me ha costado trabajo convencerla de eso, pero lo conseguí y por eso está en Miami.

– Sólo para que lo sepas, no se lo he contado a mi madre.

– Pero lo harás, ¿verdad?

– No creo que eso sea algo muy inteligente en este momento.

A Brandon no le gustó aquella frase. Lo más probable era que Bonita estuviera en casa, ya que rara vez salía en domingo, así que estaría allí durante la comida.

– ¿Por qué no, Parker? He sido completamente honesto con Cassie desde que descubrió nuestra vinculación y no voy a dejar que empiece a tener dudas de mi palabra o de mis intenciones. Si Bonita está mañana, antes de acceder a llevar a Cassie necesito una buena razón para que no quieras contarle a tu madre que Cassie va a ir. Eso no sería justo para ninguna de las dos.

Durante los minutos siguientes, Parker le explicó a Brandon por qué había tomado la decisión que había tomado y, después de discutirlo con sus hermanos, todos habían decidido que lo mejor era que Bonita no lo supiera.

– Ésa será la mejor forma para que hubiera un acercamiento por parte de Bonita, pero ¿y Cassie? – dijo imaginando la terrible escena que ocurriría –. Voy a decírselo, Parker, tal y como tú me lo has explicado a mí. Ella decidirá si aun así quiere ir.

– Estoy de acuerdo en que lo sepa y por eso quería hablar contigo. ¿Cuándo se lo dirás?

Brandon suspiró.

– Será mejor que espere a mañana por la mañana. No quiero estropear los planes que tengo para esta noche.

Seguía pensando en que lo correcto era decírselo a Bonita, aunque entendía los motivos de Parker.

– Por favor, infórmame de la decisión que tome Cassie – dijo Parker –. Si no quiere acompañarnos mañana en la casa familiar, podemos ir todos a otro sitio. Mamá se preguntará por qué no vamos a su casa y, antes o después, acabará enterándose de que Cassie está en la ciudad y de que estamos en contacto con ella. Creo que lo mejor será que hagamos un frente común ante mi madre.

– Entiendo, Parker, pero, como te he dicho, será Cassie quien decida.

Capítulo Nueve

Con el ceño fruncido, Cassie miró a Brandon.

– ¿Qué quieres decir con qué Bonita no sabe que he sido invitada a la comida?

Brandon suspiró. Sabía que a Cassie no iban a gustarle las noticias que Parker le había comunicado el día anterior.

– Teniendo en cuenta todo, los hermanos Garrison creen que será mejor si no lo sabe – explicó.

Desde donde estaba, con el hombro apoyado en la estantería, podía adivinar que Cassie, sentada en el sofá, se había quedado confusa por lo que le acababa de contar.

– Pero es la casa de ella, ¿no? – preguntó como si necesitara una aclaración.

– Sí, es su casa.

– Entonces, ¿he de asumir que está fuera de la ciudad y que no estará allí?

– No, no pienses eso, Cassie – dijo reparando en su mirada desafiante, un indicador de la dirección que estaba tomando la conversación.

– Entonces, tienes que contarme qué está pasando, Brandon.

Él suspiró de nuevo. Necesitaba tomar un trago, pero eso no podría ser hasta más tarde. Le debía una explicación. Se levantó y atravesó la habitación para sentarse junto a ella en el sofá.

– Bonita Garrison es alcohólica desde hace años. Siempre ha tenido problemas con la bebida y el testamento de John le ha acentuado el problema. Como ya te dije, teniendo en cuenta el estado de su matrimonio, creo que sabía que John tenía una aventura, pero no sospechaba nada de ti.

Cassie frunció el ceño.

– ¿Alguno de sus hijos ha intentado conseguirle ayuda?

– Sí, muchas veces. Incluso John lo hizo, pero nunca ha querido reconocer que tenía un problema, ni siquiera ahora.

– ¿Qué tienes eso que ver conmigo? ¿Acaso el que me conozca, que sepa que soy la prueba viviente de la aventura de su marido, hará que se agrave la situación?

Brandon la tomó de la mano.

– Parker y los demás confían en que no sea así. Su relación con ella lleva un tiempo siendo muy tensa. Estamos hablando de años, Cassie. Han decidido, y estoy de acuerdo, que quieren conocerte, tener una relación contigo e incluirte en la familia, y no quieren hacerlo a espaldas de su madre. Creen que es el momento de enmendar antiguos errores y quieren que Bonita vea que todos juntos están dispuestos a hacerlo, cuenten o no con su beneplácito – dijo, y añadió sonriendo –: Conozco a los Garrison de toda la vida y es la primera vez que están completamente

de acuerdo en algo. John habría estado muy orgulloso de ellos. Sabiendo lo mucho que quería a sus hijos, antes o después os habría reunido a todos.

Sus palabras dejaron pensativa a Cassie. Lo que le había dicho era cierto y ella también lo creía. Se había enterado de la existencia de sus hermanos por su padre y sabía que los había querido tanto como a ella. Se lo había dicho muchas veces.

– Pero, ¿y si las cosas se ponen feas? – preguntó ella.

– Hay una posibilidad de que eso ocurra – respondió Brandon con sinceridad –. Pero Parker quiere que sepas que, pase lo que pase, tienen intención de poner orden en todo este asunto.

Cassie respiró hondo. Confiaba en que Parker y los demás tuvieran razón. Lo último que quería era que Bonita Garrison empeorara, pero sus hijos la conocían mejor que nadie y, por muy tensa que fuera su relación con ella, querrían lo mejor para su madre. Y si lo que tenían planeado para aquella tarde pensaban que era lo mejor, entonces confiaría en su juicio.

Sus miradas se encontraron.

– De acuerdo, gracias por decírmelo.

– Aun así, ¿irás?

– Sí, iré. ¿Tú también irás, verdad?

Brandon sonrió.

– Sí, a mí también me han invitado y estaré allí – dijo y, atrayéndola hacia él, añadió –: Aunque no me hubieran invitado, habría estado allí, Cassie. No estarás sola.

Cassie miró a su alrededor cuando Brandon detuvo el coche junto a una impresionante villa de estilo español que era la mansión de los Garrison. Allí donde mirara, había algo bonito. No encontraba las palabras adecuadas que hicieran justicia a lo que estaba viendo.

Inspiró hondo pensando en que aquél era el lugar que su padre consideraba su hogar cuando no estaba en Bahamas con su madre y con ella. Incluso allí podía sentir su presencia. Lo que Brandon le había dicho era cierto: a su padre le habría gustado que sus hijos se conocieran.

– Estás muy callada. ¿Estás bien?

Miró a Brandon, percatándose de su tono de preocupación. Desde que el avión aterrizara en Miami, había estado muy atento con ella. Más de una vez se había tenido que parar a pensar que aquel afecto no tenía nada que ver con el amor, sino que era el resultado de su amabilidad. Ésa era una de las cosas que la había atraído de él desde el primer momento.

– Sí, estoy bien. Estaba pensando en mi padre, en lo mucho que lo quería y en cuánto le echo de menos. Hoy siento su presencia más que nunca.

– ¿Nunca te molestó que tuviera otra familia?

– Cuando me enteré de que tenía otra familia, me sentó muy mal. Cada vez que nos dejaba a mamá y a mí, no podía dejar de pensar que se iba con ellos. No se me ocurrió pensar que, cuando estaba con nosotras, estaba lejos de ellos también. Era muy posesiva con él.

– ¿Y ahora?

– Ahora quiero creer que fue capaz de dedicarnos a los seis el mismo tiempo.

– Creo que lo consiguió – dijo Brandon –. Creo que sabía lo que cada uno de sus hijos necesitaba y se lo daba.

– ¿Incluso ahora, después de saber que tuvo una larga relación con otra mujer, lo crees? – preguntó ella arqueando las cejas –. ¿No crees que eso pudo hacer diluir ese amor?

Brandon sacudió la cabeza.

– No. Adam es el único con el que he hablado en profundidad para saber sus sentimientos. Me dijo que todos sabían que el matrimonio de sus padres hacía aguas desde hace años. Bonita y su dependencia del alcohol complicó las cosas.

Cassie asintió.

– Ha llegado el momento de entrar, ¿verdad?

– Sí. ¿Nerviosa?

– Mentiría si dijera que no. Pero puedo soportarlo.

Brandon sonrió y se desabrochó el cinturón.

– Cassie Sinclair Garrison, creo que puedes soportar cualquier cosa.

Él salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta. A pesar de que estaban a mediados de otoño, el clima era cálido y el cielo estaba despejado. Cassie llevaba pantalones negros y una blusa de color ciruela, que no sólo realzaba el color de su piel, sino que hacía destacar sus ojos marrones.

Brandon le ofreció su mano y ella la tomó. Después de cerrar la puerta del coche, ambos se encaminaron hacia la escalera que conducía a la puerta principal. Antes de que él pudiera alzar la mano para llamar, la puerta se abrió y Lisette Wilson apareció sonriendo ante ellos. Aquella mujer había sido el ama de llaves de los Garrison desde que Brandon podía recordar. Ahora, se la veía mayor y, aunque una sonrisa iluminaba su rostro, parecía muy cansada. Probablemente estuviera agotada por tener que ocuparse de Bonita y sus excesos con la bebida. Al no vivir ninguno de los hijos en la casa, dependían de Lisette para que las cosas marcharan.

– Brandon, ¡qué gusto volver a verte! Bienvenidos a la casa de los Garrison.

Brandon le devolvió la sonrisa a la mujer.

– Gracias, Lisette. ¿Han llegado Parker y los demás?

– Sí, están en el porche – dijo apartándose para dejarlos pasar –. Por aquí.

Lisette los guió. Brandon pudo sentir la tensión en la mano de Cassie y la miró sonriente al pasar junto a la columna que marcaba la entrada al salón. Después de atravesar varias estancias, salieron al porche. Los cinco hermanos Garrison estaban allí, junto a otras tres personas.

– Los invitados han llegado – anunció Lisette.

El grupo se quedó en silencio y se giraron todos a la vez. Ocho pares de ojos se fijaron en ellos, especialmente en Cassie. Por la expresión de sus rostros, estaba claro que reconocían en ella a otra Garrison.

Fue Parker el que hizo el primer movimiento, acercándose con porte frío y seguro. Se detuvo frente a ellos, sin dejar de mirar a Cassie y de estudiar sus rasgos con la misma intensidad que ella estudiaba los suyos.

Para Cassie, resultaba como ver una versión joven de su padre. Se parecía mucho a John Garrison, al igual que los otros tres hermanos. Aquél era el primer pensamiento que había cruzado su mente nada más verlos. Pero Parker, el primogénito, se parecía aún más, incluso en la altura, constitución y modales, especialmente en el modo en que fruncía el ceño al analizar las cosas.

Sin sentirse intimidada, Cassie inclinó la cabeza y se encontró con su intensa mirada.

– El famoso hoyuelo Garrison. ¿En algún momento has pensado que fuera una maldición más que una bendición?

Al oír aquello, la mirada de Cassie se dulcificó, aunque no estaba dispuesta a bajar la guardia.

– Nunca. Considero todo lo heredado de mi padre como una bendición.

Una sonrisa asomó a los arrogantes labios de Parker.

– Yo también – dijo ofreciéndole su mano –. Por cierto, soy Parker.

– Y yo soy Cassie – dijo estrechándola.

– Me alegro de verte, Brandon.

– Lo mismo digo – dijo Brandon.

Parker volvió la mirada hacia Cassie.

– Hay un grupo de personas ansiosas por conocerte. Por favor, pasa y deja que te las presente.

– De acuerdo. Estoy deseando conocer a todo el mundo.

Cassie miró a Brandon y él le sonrió, transmitiéndole la confianza que necesitaba.

Inspiró hondo mientras los dos hombres la acompañaban hasta donde estaban los demás. Sentía un puñado de mariposas en el estómago ante las presentaciones que estaban a punto de hacerse.

Se obligó a relajarse y a sonreír cuando se detuvieron ante una mujer que imaginó sería la esposa de Parker, por el modo en que éste la miraba.

– Cassie, quiero que conozcas a mi esposa Anna.

En vez de estrechar su mano, Anna le dio un sentido abrazo.

– Encantada de conocerte, Cassie. Bienvenida a la familia.

– Gracias.

Apenas dando un paso, Cassie se encontró frente a dos atractivos hombres que eran sus otros hermanos. La mujer que estaba entre ellos, al igual que la esposa de Parker, era muy guapa.

– Cassie, bienvenida a Miami. Soy Stephen – dijo el hombre a su izquierda sin dejar de sonreír y estrechando su mano – . Ella es mi esposa, Megan.

Al igual que Anna, Megan la abrazó.

– Es un placer conocerte por fin – dijo Megan con mirada sincera – . Tienes una sobrina de tres años llamada Jade que espero que conozcas antes de regresar a Bahamas.

– Estoy deseándolo.

Luego, miró al hombre de su derecha. Era alto, guapo y moreno, cualidades que parecían repetirse en todos los Garrison.

– Tú debes de ser Adam – dijo ella.

Él sonrió y le dio un beso en la mejilla.

– Sí, soy Adam. Recuerda que voy a ser tu hermano favorito.

Sus miradas se encontraron y supo que así sería.

– Lo recordaré.

Luego se giró y vio a dos mujeres y a un hombre muy guapo de origen cubano. Enseguida supo que aquellas mujeres eran las gemelas.

– Cassie, quiero presentarte a Brooke, la mayor de las gemelas. Y ellos son Brittany y su prometido, Emilio Jefferies.

Cassie recordó lo que Brandon le había contado acerca de la enemistad entre los Garrison y los Jefferies y cómo Brittany se había enamorado de uno de los enemigos de sus hermanos. No pudo evitar admirarla por su valentía, además de por su sentido común. Ninguna mujer en su sano juicio dejaría que un hombre como Emilio se le escapara de las manos, a pesar de lo que sintiera su familia por él.

– Es un placer conocerlos a todos – dijo Cassie, mirando a su alrededor y consciente de que Brandon estaba a su lado.

– Me alegro de dejar de ser la más pequeña de la familia – dijo Brittany sonriendo.

Los siguientes minutos, Cassie estuvo contestando preguntas acerca de su vida en las Bahamas, sin que ninguna pregunta hiciera mención a la relación entre su padre y su madre. Stephen le preguntó por el hotel y halagó su buen hacer.

Parker permaneció prácticamente callado y, sabiendo lo astuto que era, Cassie imaginó que estaría escuchando todos los detalles que pudieran interesarle.

– La cena está lista.

Todos miraron hacia Lisette antes de que la mujer desapareciera.

– ¿Puedo tener el honor de acompañarte al comedor? – le preguntó Adam a Cassie—. Estoy seguro de que a Brandon no le importará – añadió, guiñándole con complicidad un ojo a su amigo.

Cassie sonrió con tranquilidad, preguntándose cuánto sabrían sobre ella o qué pensarían sobre su relación con Brandon. ¿Pensarían que eran amigos? ¿Amantes?

Sonrió a Brandon, antes de volver a mirar a Adam. Antes de que pudiera responder nada, sintió la mano de Brandon en su espalda.

– Creo que ambos compartiremos el honor de acompañarla.

Vio cómo los hombres intercambiaban miradas. Era consciente de que Bonita Garrison no había hecho acto de aparición.

– Creo que tener dos acompañantes es una idea estupenda.

Al llegar al comedor, reparó en que Parker se había sentado en la presidencia de la mesa. Brandon se sentó a un lado de ella y Adam, al otro. Emilio estaba frente a ella y la miró sonriendo. Cassie sospechaba que se sentía tan fuera de lugar como ella. Entre los demás, había camaradería, incluyendo a Brandon. Era evidente que no era la primera vez que asistía a aquellas comidas familiares, puesto que se comportaba como si estuviera en su propia casa.

– ¿Cuándo puedo ir a visitarte a Bahamas? – preguntó Brooke, sonriendo.

Antes de que pudiera contestar, Adam intervino.

– ¿Tienes algún motivo para marcharte, hermanita?

– No – respondió sin levantar los ojos del plato que Lisette acababa de colocar ante ella.

– Puedes venir a verme cuando quieras.

Brooke le dedicó una mirada de agradecimiento. Eso hizo que Cassie pensara que había algo de cierto en el comentario jocoso de Adam y que Brooke estuviera tratando de escapar de Miami por alguna razón.

Continuó conversando con Adam, Brooke y Brittany acerca de los negocios que llevaban. Stephen le habló del Miami Garrison Grand e incluso le pidió consejo en un par de cosas que había oído que ella había implantado en su hotel.

Cuando Brooke se fue al cuarto de baño por segunda vez, Cassie escuchó a Brittany susurrar a Emilio que pensaba que su hermana estaba embarazada. Cassie se alegró de que los demás estuvieran atentos a lo que estaba contando Megan y no escucharan el comentario de Brittany.

De repente, el comedor se quedó en silencio y Cassie supo por qué cuando Brandon la tomó de la mano. Siguió la mirada de los demás y vio a una mujer parada

junto a la entrada. A pesar de la curiosidad que sentía por conocer a la que había sido la esposa de su padre, nunca habría imaginado que se llevaría tal decepción.

Era fácil adivinar qué Bonita Garrison había sido una mujer guapa. Pero la mujer que estaba allí, con una copa en la mano, demasiado borracha como para mantenerse en pie, parecía cansada y derrotada.

– Mamá, la verdad es que no estábamos seguros de que quisieras acompañarnos – dijo Parker poniéndose de pie al igual que los demás hombres.

– ¿Habría importado? – preguntó Bonita, tambaleándose a cada paso hasta llegar a la silla que había junto a Parker y sentarse.

– Por favor, Lisette, trae a mi madre un plato y una taza de café.

La mujer miró a su hijo.

– No quiero nada de beber, Parker. Tengo todo lo que necesito aquí – dijo levantando la copa.

– Creo que ya has bebido demasiado, mamá – dijo Stephen.

Al contrario que con Parker, Bonita sonrió a Stephen.

– Bueno, quizá tome una taza de café.

Entonces, Bonita reparó en la presencia de Cassie, sentada junto a Brandon.

– Brandon, has venido acompañado.

Brandon no dijo nada, tan sólo asintió, mientras Bonita continuaba con la mirada fija en ella. Cassie imaginó que enseguida repararía en quién era, especialmente teniendo cerca a Brittany. Aparte del color de su piel, ambas se parecían mucho. A pesar de su estado de embriaguez, aquel pensamiento podía surgir en cualquier momento en su cabeza.

Pero no ocurrió.

Cassie sintió la intensidad de su mirada y de repente, Bonita se puso en pie.

– ¿Quién es?

– Cassie – contestó Parker –. Cassie Sinclair Garrison.

– ¿La hija de esa mujer? ¿Has invitado a la hija de esa mujer a nuestra casa?

– No, he invitado a una hija de papá a nuestra casa. Cassie es nuestra hermana y hemos pensado que había llegado el momento de conocerla – contestó Parker con la misma firmeza en su voz que si estuviera en un consejo de administración.

Bonita se quedó de piedra.

– ¿Conocerla? ¿Por qué ibais a querer conocerla después de lo que vuestro padre y su madre nos hicieron?

– Lo que pasara entre papá y tú queda entre vosotros – contestó Adam.

– Y no importa lo que pasara, nada puede cambiar el hecho de que Cassie es nuestra hermana y queremos conocerla – añadió Stephen.

Bonita paseó la mirada por la mesa y vio una mirada de conformidad en Brittany y Brooke. Enfadada, dejó la copa.

– Esto no me hace feliz – dijo antes de salir a toda prisa del comedor.

– Quizá deberíamos cancelar la fiesta por su sesenta cumpleaños – sugirió Brittany.

Nadie dijo nada.

– Quiero disculparme por el comportamiento de mi madre – dijo Parker mirando a Cassie.

– No tienes por qué hacerlo – dijo Cassie sacudiendo la cabeza –. Siento haber hecho enfadar a tu madre.

– No te preocupes – intervino Adam, dando un sorbo a su vino –. Mamá se enfada por cualquier cosa desde hace años, pero ya estamos acostumbrados a sus cambios de humor, unos más que otros.

Continuaron comiendo y la tensión fue poco a poco desvaneciéndose. Cassie, al igual que los demás, continuó participando en las conversaciones. Sintiéndose cómoda, empezó a relajarse y más de una vez miró a Brandon, que no le quitaba ojo.

Cuando acabaron de comer, todos se fueron al salón, Unos minutos más tarde, Brandon se retiró para hablar a solas con Parker. Cassie sabía que Brandon iba a decirle que ella prefería no hablar de negocios ese día y reunirse con él al día siguiente.

Cassie se encontró a solas con Brittany, Brooke y Emilio. Anna y Megan, que eran buenas amigas, fueron a dar un paseo por el jardín y Stephen y Adam se había ido a hablar con Lisette.

– Ya veo que tu hermano sigue ignorándome – le dijo Emilio a Brittany.

Ella lo besó en la mejilla.

– A mí me gustas y eso es lo que importa.

– ¿Crees que alguna vez accederá? – preguntó Cassie, que no pudo evitar unirse a la conversación.

Brooke enarcó una ceja.

– ¿Quién, Parker? No, eso sería muy sencillo – dijo un poco molesta.

– Ahora está muy enfadado porque se ha enterado de que Jordan ha adquirido unos terrenos en los que había puesto el ojo – dijo Emilio y, al ver que Cassie no entendía, añadió –: Jordan es mi hermano.

– Disculpadme, por favor. Creo que saldré a tomar aire fresco con Anna y Megan – dijo Brooke antes de darse media vuelta y salir.

– Me pregunto qué le pasa – dijo Brittany mirando a su gemela.

– Son imaginaciones de Brittany – dijo Emilio –. Cree que Brooke se comporta de un modo extraño últimamente.

– No es lo que creo, cariño. Es lo que sé. Somos gemelas y me doy cuenta de ciertas cosas.

Antes de que Brittany siguiera especulando, Brandon, Parker, Stephen y Adam regresaron.

– ¿Estás lista para irnos? – preguntó Brandon rodeándola con su brazo.

Cassie le sonrió.

– Sí, si tú lo estás.

Antes de irse, le prometió a Brittany que iría a su restaurante, le dijo a Brooke que se pasaría a ver los edificios de los que era propietaria e hizo unas cuantas promesas más. Adam quería que fuera a conocer su discoteca y Stephen le pidió que fuera a ver el Garrison Grand. Parker no le pidió nada, puesto que habían quedado en reunirse al día siguiente en su despacho. Lo más importante para él era encontrar una solución que los mantuviera unidos.

Al acercarse al coche, Cassie sonrió a Brandon.

– No ha ido mal.

– No, nada mal – dijo él –. ¿Qué te ha parecido Bonita?

– Espero que busque ayuda pronto.

– ¿Y tus hermanos?

– Siendo completamente sincera – dijo ella ladeando la cabeza –, me han caído muy bien.

– Te lo dije – repuso él abriéndole la puerta del coche –. Incluso Parker no ha estado demasiado duro.

Cuando se subió al coche, él miró su reloj.

– Sé exactamente el sitio al que te quiero llevar ahora.

Ella lo miró, advirtiendo una nota sensual en su voz.

– ¿Ah, sí? ¿Adónde?

– A mi oficina.

Capítulo Diez

Después de recorrer el pasillo enmoquetado, llegaron tomados de la mano hasta el despacho de Brandon. No había ninguna duda de por qué estaban un domingo por la tarde en una oficina vacía.

Cassie recordaba lo que le había dicho dos días antes y sabía con certeza que él estaba dispuesto a darle lo que le había pedido.

Se mordió el labio inferior, no por nervios, sino por excitación. Tenía la piel de gallina y el deseo estaba haciendo que se le humedecieran las bragas y que su lengua deseara fundirse en un apasionado beso con Brandon. Desde que le dijera a dónde iban, una gran variedad de sensaciones se habían apoderado de ella, haciéndola cambiar varias veces de postura.

Brandon abrió la puerta de su despacho y la hizo pasar, cerrando la puerta tras ellos. Luego, la atrajo hacia él.

Cassie sintió que se le doblaban las piernas y, para mantener el equilibrio, colocó las manos sobre su pecho y lo miró a los ojos recordando la última vez que habían hecho el amor. Había sido esa misma mañana, nada más levantarse. Y deseaba mucho más de todas las maravillas que Brandon podía darle.

Sabía que debía contarle su decisión de volver a las Bahamas antes de lo que había planeado, pero en aquel momento no podía hacerlo. Lo único que podía hacer entre sus brazos era excitarse mirando aquellos ojos marrones.

–¿Sabes en qué pienso cada vez que te miro? –preguntó Brandon con voz sensual, acariciando el hoyuelo de su barbilla.

Ella sacudió la cabeza.

–No, dímelo. ¿Qué ves cada vez que me miras, Brandon?

El dio un paso atrás y la miró de arriba abajo.

–Pienso en desnudarte y en besarte por todas partes. Pero quiero hacer algo más que besarte. Quiero saborearte, embriagarme de tu olor.

Cassie se quedó sin respiración. Las palabras de Brandon habían hecho que su corazón se desbocara y la temperatura de su cuerpo se estaba elevando.

Dejando escapar un gemido, deshizo la distancia entre ellos y le pasó los brazos alrededor del cuello. Fijó la mirada en su rostro como sólo una mujer enamorada podría hacer y estudió sus rasgos: sus oscuros ojos marrones, sus labios sensuales, su firme mandíbula... A pesar de su decisión de regresar a la isla y continuar su vida sola, sabía que no habría forma de olvidarlo.

–El viernes me dijiste que querías hacer el amor aquí porque no querías que te olvidara. ¿Por qué crees que iba a olvidarte, Cassie?

Mordiéndose el labio inferior, lo miró a los ojos, consciente de que debía darle una respuesta que no estaba preparada para compartir con él. Si lo hacía, quedaría como una persona solitaria deseosa del amor de un hombre que no estaba listo para

entregarse. Imaginaba que, después de lo que le había pasado con su prometida, no estaría dispuesto a casarse jamás. Pero, ¿no había pensado ella lo mismo de su vida después de Jason?

– ¿Cassie?

Decidió contestarle, aunque no con la verdad completa.

– Porque sé que esto es sólo el momento que estamos compartiendo y nada más. Lo sé yo y tú también lo sabes. Pero quiero que me recuerdes siempre como yo a ti. Y ya que aquí pasas mucho tiempo, quiero que me recuerdes aquí.

– ¿Especialmente aquí? – preguntó él con voz profunda.

– Sí, especialmente aquí. Quiero entrar en tu cabeza, Brandon.

Lo que no dijo Cassie fue que también quería entrar en su corazón.

– Estás en mi cabeza, Cassie – dijo él en tono serio.

Ella tragó saliva. Quiso hacer un comentario jocoso, pero no pudo. Quería creerlo desesperadamente y, en cierta manera, lo hacía. Quizá no estuviera enamorado de ella, pero en las últimas dos semanas habían conectado más allá del dormitorio. Había ido a buscarla a la isla por un propósito no demasiado honrado, pero al final se había sincerado con ella, contándole más de lo que debía.

Y la había llevado allí aquella noche para hacer realidad los recuerdos que ella deseaba tener. La felicidad que sentía en aquel momento la estaba perturbando y respiró profundamente.

– Entonces, hagamos realidad esos recuerdos.

Brandon miró a Cassie. La deseaba con una desesperación que lo asustaba. Había sido así desde la primera vez.

Por lo cerca que estaban, Brandon podía sentir sus pezones erectos contra el pecho y el calor que emitía la unión de sus piernas excitaba aún más su erección. Y por si todo aquello no fuera suficiente, él la acercó sintiendo la necesidad de unir sus cuerpos.

La idea de hacerle el amor allí, en su despacho, lo excitaba de una manera que no podía controlar y, con ansiedad, bajó la cabeza y comenzó a devorarle la boca. Cassie sintió sus labios temblar bajo los de él y cuando sus lenguas comenzaron aquel juego erótico, un profundo gemido escapó de la garganta de Brandon.

De pronto se separó y comenzó a desabrocharse la camisa, imaginando todas las cosas que quería hacerle a Cassie, y eso le hizo sonreír.

– ¿Por qué sonríes? – preguntó ella, observando cómo se quitaba los zapatos y los calcetines.

– No creo que quieras saberlo, así que no voy a decírtelo.

– Entonces, ¿me lo mostrarás? – preguntó mientras él se quitaba los pantalones.

Brandon asintió.

– Por supuesto.

Se quedó completamente desnudo frente a ella. Sacó un preservativo del bolsillo y rápidamente se lo puso antes de acercarse y empezar a desnudarla.

Cuando se quedó completamente desnuda frente a él, Brandon supo que aquella mujer lo excitaba como ninguna. Era elegante y *sexy* a la vez. La tomó de la mano y se dirigió hacia su mesa. Se había imaginado haciéndola suya allí sobre su escritorio. La había imaginado abriéndose de piernas, con él entre medias, haciéndole al amor de un modo que sólo de pensarlo lo ponía al límite.

Ése sería un gran recuerdo. No habría momento en que al entrar en su despacho, no pensara en lo que habían hecho allí.

Una vez junto a la mesa, la levantó y la hizo sentarse. Una ola de deseo se apoderó de él y comenzó a acariciarla por todas partes, deseando penetrarla.

Luego, tomó su boca y con una ansiedad que nunca había sentido por otra mujer, le dio un beso apasionado. Luego, la hizo tumbarse en la mesa, separó sus muslos y se colocó entre ellos. Estaba muy guapa con el pelo revuelto sobre los hombros y suavemente le apartó los rizos de la cara para que nada impidiera su visión. Quería que viera todo lo que iba a hacerle.

Su aroma lo embriagó y tomó sus labios con urgencia, introduciendo la lengua en su boca del mismo modo en que su erección estaba a punto de penetrarla. Sin poder esperar más, se hundió en ella, sintiendo su calidez.

Al oírla gemir, comenzó a moverse, embistiéndola una y otra vez mientras la sujetaba por las caderas. Le hizo el amor con un ansia primitiva y, al sentir que se estremecía, su cuerpo reaccionó al instante. El placer lo invadió y explotó, soltando sus caderas y perdiendo el control mientras se hundía más profundamente en ella.

Cuando Cassie se quedó sin fuerzas, Brandon la abrazó, no queriendo que se marchara. No quería pensar que en dos semanas se iría, así que la tomó en brazos y se sentó en su sillón, sujetándola en su regazo.

La observó. Su rostro relucía con el brillo de una mujer que acababa de hacer el amor y que había disfrutado del momento de intimidad con un hombre. Sin poder evitarlo, deslizó las manos hasta sus pechos y comenzó a acariciarle sus erectos pezones. Al ver que su respiración se entrecortaba, se echó hacia delante y comenzó a lamérselos.

La deseaba otra vez.

Levantó la cabeza y se encontró con su mirada, mientras su mano se deslizaba en busca de otras partes de su cuerpo. Cassie contuvo la respiración cuando sintió sus dedos en la entrepierna.

– ¿No has tenido suficiente? – preguntó él con voz sensual.

Ella se agarró a sus hombros y susurró la única palabra que él quería oír.

– No.

– Bien.

Brandon se puso de pie con ella en brazos y se dirigió al sofá. Tenía que aprovechar la noche. En los días siguientes, los Garrison querrían pasar tiempo con ella antes de que regresara a casa. Pero aquella noche era de ellos y tenían muchas cosas que hacer.

La secretaria de Parker levantó la vista y la miró con curiosidad.

–El señor Garrison la está esperando y me ha pedido que la acompañe hasta su oficina, señorita Garrison.

–Gracias.

Cassie siguió a la mujer, consciente de que había tomado la decisión correcta de reunirse con él a solas. A pesar de la relación entre Brandon y ella, Parker seguía siendo cliente de él.

Había hablado con su propio abogado y había escuchado todos los consejos que le había dado. Le había dicho que quería ser incluido, bien en persona, bien a través del teléfono, en todas las reuniones que tuvieran Parker y ella en las que estuviera Brandon, para asegurarse de que estaba bien representada y no asumir compromisos. Pero Cassie había llegado a la conclusión de que las cosas serían menos complicadas y más productivas si Parker y ella trataban los asuntos sin interferencias de abogados.

La secretaria llamó con los nudillos a la puerta de Parker antes de abrirla y entrar. Él estaba mirando por la ventana que daba a la bahía Vizcaína y enseguida se dio la vuelta para mirarla. De nuevo, Cassie volvió a sentirse sorprendida por lo mucho que se parecía a su padre.

–Te has quedado obnubilada mirándome.

Cassie sintió que se ruborizaba ante su comentario. La secretaria se había ido y había cerrado la puerta.

–Lo siento, es que no puedo dejar de impresionarme por lo mucho que te pareces a papá.

–Es curioso. Pensé lo mismo de ti el domingo. No imaginaba que te parecerías tanto a él.

–¿A quién pensabas que me parecería?

Él se encogió de hombros.

–No lo sé, quizá más a tu madre, a alguien desconocido. Pero al verte, no me ha quedado otro remedio que admitir algo que he estado intentando evitar desde la apertura del testamento de papá.

–¿De qué se trata?

–Admitir que tengo otra hermana, alguien por quien mi padre sentía algo muy especial para hacer lo que hizo –dijo señalándole una silla para que se sentara.

–Pero soy una hermana que quizá preferirías no tener –comentó ella sentándose.

Él se acercó para sentarse en el sillón, junto a la mesa.

–Sí, pero no es nada personal. Sentía lo mismo por Brittany y Brooke cuando se ponían pesadas. Fue muy duro ser el hermano mayor –dijo y, tras unos segundos de pausa, añadió– : También lo fue ser el hijo mayor.

Cassie se negaba a creer que su padre hubiera sido exigente con su primogénito.

–¿Te puso papá las cosas difíciles por ser el primero? –preguntó sin poder evitarlo.

Él pareció sorprenderse por la pregunta.

–No, yo mismo me puse las cosas difíciles. Lo admiraba mucho y quería ser como él. Conseguía todo lo que se proponía: deportes, negocios, finanzas... Era un hombre admirado por muchos. Sólo Dios sabe si algún día llegaré a ser como él –dijo, e hizo una pausa antes de continuar– . Papá era justo con todos nosotros. Desde jóvenes nos obligó a tomar parte en los negocios familiares y eso es algo de lo que ninguno de nosotros se ha arrepentido.

Cassie asintió. A ella también la había animado a participar en los asuntos familiares. Con dieciséis años, había tenido un empleo a tiempo parcial en el hotel y, al terminar la universidad, había asumido la responsabilidad de dirigirlo. Había sido una gran responsabilidad para una joven de veintidós años, pero no había dejado de decirle una y otra vez que confiaba en ella.

Al igual que Parker, no había querido defraudar a su padre. Quizá por eso, al ver que no le había dejado una mayor parte del pastel, pensaba que de alguna manera lo había defraudado.

–Papá estaba muy orgulloso de ti, Parker –le dijo.

–¿Te lo dijo él? –preguntó con un brillo especial en los ojos.

–Claro. Teniendo en cuenta las circunstancias, no le era posible hablaros de mí, pero yo siempre supe de vosotros. Solía contarme el estupendo trabajo que estabas haciendo y no tenía ninguna duda sobre dejarte el control de la compañía algún día.

Parker se acomodó en su asiento y Cassie sintió cómo la observaba.

–Si lo que dices es cierto, entonces, ¿por qué ambos compartimos el control?

Cassie sonrió. Su arrogancia estaba volviendo.

–Porque se me da bien lo que hago, al igual que a ti se te da bien lo que haces. Conocía nuestros puntos fuertes, al igual que los débiles, y creo que debió de pensar que juntos trabajaríamos mejor por el bien de la compañía. Has dicho que papá era un hombre justo.

–Sí, pero...

–Pero nada, Parker –dijo inclinándose hacia delante en su asiento– . Era un buen hombre y punto. Imagino que Brandon ya te habrá dicho que no estoy dispuesta a vender mi parte.

– Sí, me lo ha dicho.

Cassie sonrió. No tenía ninguna duda de que Parker Garrison estaba acostumbrado a salirse con la suya.

– Estoy aquí para hacerte otra oferta, una que nos venga bien a los dos.

– ¿Y qué oferta es ésa?

– Como ya te he dicho, mi principal preocupación es el Garrison Grand-Bahamas y no quiero perder algo que me ha dejado papá. De todas formas, estoy dispuesta a firmar una autorización a tu favor con la condición de que me mantengas informada de todas las decisiones que se tomen para estar al tanto de todo, dado que seguiré en las Bahamas.

– ¿Estás diciendo que no quieres vender tus acciones, pero que me darás una autorización para que lleve el control yo solo?

– Sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo. No tendré que votar en cada asunto que surja, pero sí mantendré la titularidad de mi parte.

– ¿Por qué ibas a hacer eso? – preguntó con suspicacia.

– Porque siempre creí a papá cuando dijo que eras uno de los hombres de negocios más astuto que conocía y porque creo que harás lo que sea mejor para mantener el legado de papá para las próximas generaciones de Garrison.

Por un momento, Parker no supo qué decir.

– Gracias – dijo por fin.

Ella asintió al ponerse de pie.

– No tienes que darme las gracias, Parker. Haz que Brandon me envíe los papeles antes de que me vaya.

– Estarás aquí otra semana más, ¿verdad? – preguntó él poniéndose de pie.

– Esa era mi idea inicial, pero he decidido irme antes de que acabe la semana. Aún no le he dicho a Brandon nada de mi cambio de planes. Se lo diré esta noche.

Parker rodeó la mesa hasta llegar junto a ella.

– Cassie, Brandon es un buen hombre. Además de ser mi abogado, lo considero un buen amigo. La razón por la que hizo lo que hizo cuando fue a las Bahamas...

– Lo sé, me lo explicó todo. Aunque al principio me sentó mal, ya estoy bien.

– A Anna y a mí nos gustaría que vinieras a cenar antes de irte. ¿Estás libre el miércoles por la noche?

Cassie sonrió, feliz de haber llegado a una tregua con Parker, y pensó en todos los compromisos que tenía para cenar esa semana con Stephen, Adam, Brittany y Brooke.

– Sí, me viene bien el miércoles por la noche. Gracias, Parker.

Brandon se sentó a mirar a Cassie bailar en la pista de baile con Stephen, que había ido a verla antes de que regresara a las Bahamas. Esa noche era su última noche en Miami y la había llevado a la discoteca de Adam.

Brandon se había sorprendido y se había llevado una desilusión cuando Cassie le dijo que volvería a las Bahamas una semana antes de lo que tenía planeado. Había estado a punto de pedirle que no se fuera, que se quedara con él, no sólo por una semana más sino para siempre. Pero entonces recordó que le había dicho que las Bahamas eran su hogar y que nunca querría vivir en ninguna otra parte.

– Brandon, ¿tienes un minuto?

– Sí, ¿qué pasa? – respondió mirando a Adam.

Adam acercó una silla y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie pudiera escucharlos.

– He decidido presentarme a las elecciones de presidente del Consejo de Empresarios de Miami.

Brandon sonrió.

– Es estupendo, Adam, enhorabuena.

Adam sonrió.

– Gracias, pero no me des la enhorabuena todavía. Hay un problema.

Brandon arqueó una ceja.

– ¿Qué clase de problema?

Tanto Adam como él llevaban años siendo miembros del Consejo de Empresarios y, al parecer, su amigo pensaba que había llegado el momento de tomar el control. Brandon no veía ningún problema en ello. Adam era un astuto hombre de negocios.

– Algunos de sus miembros más antiguos, los que más peso tienen, no me toman en serio. Me ven como un playboy y, puesto que trabajo en el ámbito del entretenimiento, no me ven como alguien capaz de dirigir el Consejo.

Brandon se quedó mirando a Adam. Por desgracia, podía imaginarse a los miembros más conservadores diciendo aquellas cosas a Adam.

– ¿Y qué vas a hacer?

– Una de las cosas que alguien me ha sugerido es muy sencilla.

– ¿De qué se trata?

Adam sonrió.

– Que intente conseguir otros clientes además de los jóvenes, ricos y famosos. Pero la otra sugerencia no es sencilla.

– ¿Y cuál es esa sugerencia?

– Que borre mi imagen de playboy y encuentre esposa.

– ¿Una esposa? – repitió Brandon.

Adam asintió.

– Sí, una esposa. ¿Qué opinas?

Brandon frunció el ceño.

– Deberías decirle a quien te lo sugirió que se fuera al infierno.

– Hablo en serio, Brandon.

– Yo también – dijo, y se acomodó en su asiento –. ¿Qué mujer se casaría contigo para ayudarte en tu carrera? No te molestes en contestar. Por un segundo se me había olvidado que tu apellido es Garrison. Un buen número de mujeres superficiales en busca de tu dinero estarían dispuestas a hacerlo. ¿Es ésa la clase de mujer con la que quieres estar el resto de tu vida?

– No será por el resto de mi vida. Tan sólo por un año, quizá dos. Quiero encontrar una mujer que esté de acuerdo con mis condiciones. Transcurrido ese tiempo, podremos divorciarnos.

Brandon dio un trago a su vino.

– ¿Y dónde vas a buscar a esa mujer?

Adam se encogió de hombros.

– No lo sé. ¿Alguna idea?

– ¿Qué te parece Paula Franklin? – preguntó Brandon, diciendo el primer nombre que le pasó por la cabeza.

– Ni se me ocurriría – elijo Adam mirándolo.

Paula se había fijado en Brandon unos años atrás y, al ver que no se mostraba interesado por ella, había intentado atrapar a Stephen. Al ver que éste también la ignoraba, había intentado poner sus garras en Adam, decidida a hacerse con un Garrison.

– ¿Y qué me dices de Lauryn Lowes? Tiene una imagen conservadora, algo que a los miembros del Consejo les gustará. Además, es guapa.

Adam miró a Brandon.

– Lauryn Lowes... – repitió Adam pensativo.

Brandon se puso de pie y dio una palmada a Adam en el hombro.

– Sí, Lauryn Lowes. Y, mientras lo piensas, voy a rescatar a mi chica de Stephen para bailar.

– Eso es interesante – dijo Adam.

– ¿El qué?

– Que consideres a Cassie tu chica. Si es así, ¿por qué vuelve a Bahamas mañana?

Brandon frunció el ceño.

– Dice que tiene que irse. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Secuestrarla? Las Bahamas son su hogar y no quiere vivir en ningún otro sitio. Me lo dijo a los pocos días de conocernos.

– ¿Le has dado una razón para cambiar de idea? – preguntó Adam –. Porque si a mí me importara de veras una mujer, haría todo lo posible para que estuviéramos juntos y nada, ni siquiera el Océano Atlántico, podría separarnos – añadió y, antes de que Brandon pudiera decir nada, se levantó y se fue.

Brandon volvió a sentarse, pensando en lo que Adam acababa de decirle. Aunque Cassie nunca le había dicho que lo amara, estaba convencido de que así era. Siempre estaba dispuesta a entregarse a él completamente.

Y aunque él tampoco le había hablado de sus sentimientos, sabía que la amaba, aunque no quería que se quedara en Miami con él si eso no iba a hacerla feliz. Además, su hotel estaba en las islas y no era posible que tomara un avión cada día para ir a trabajar.

De repente, un pensamiento asaltó su cabeza y se preguntó por qué no lo había hecho antes. Después de tomarse unos minutos para considerar la idea, sonrió.

– ¿Dónde está Cassie? – le preguntó a Stephen.

– Sigue bailando. Empezó a sonar otra canción y un hombre la invitó a bailar.

– ¿Y la dejaste?

– ¿Tenía que habérselo impedido? – dijo Stephen y, al ver que Brandon no le contestaba, añadió –: ¿Qué está pasando, Brandon?

Brandon escrutó la pista de baile buscando a Cassie y de repente la vio en los brazos de otro hombre, bailando.

– ¿Brandon?

– ¿Qué? – dijo mirando a Stephen desde el otro lado de la mesa.

– ¿Qué te pasa?

Brandon volvió a ponerse de pie.

– Nada, no me pasa nada. Creo que iré a bailar con Cassie.

Stephen sacudió la cabeza.

– Ya está bailando con alguien.

– Mala suerte.

Brandon cruzó la pista y tocó el brazo del hombre que estaba bailando con Cassie. El hombre se dio la vuelta y, en vez de decir algo, simplemente se retiró. Tan pronto como lo hizo, Brandon tomó la mano de Cassie y la atrajo hacia sus brazos.

Ella lo miró y sonrió.

– La canción está a punto de terminar, así que podías haber esperado.

– Tenía que hacerlo.

– ¿Por qué?

– Porque no me gustaba la idea de que te tocara otro hombre.

Era la primera vez que veía a Brandon mostrándose posesivo.

– ¿Y por qué iba a importarte?

– Porque sí.

– ¿Por qué?

La canción había terminado y, cuando los demás comenzaron a volver a sus mesas, Brandon la tomó de la mano.

– Ven, demos un paseo.

Salieron fuera y bajaron los escalones que daban a la playa. Cassie se detuvo para quitarse las sandalias. Su corazón latía con fuerza. ¿Por qué se había puesto celoso de repente? ¿Quería eso decir que sentía por ella algo más de lo que había imaginado? De pronto, sintió esperanzas.

El único sonido a su alrededor era el romper de las olas.

– Estate es una discoteca muy divertida.

Brandon se detuvo y ella hizo lo mismo.

– No he salido aquí fuera para hablar de la discoteca de Adam – dijo mirándola intensamente.

Cassie desvió la mirada, tratando de recobrar la calma. Al cabo de unos segundos, volvió a mirarlo.

– Entonces, ¿de qué quieres hablarme?

Por unos instantes, Brandon no pudo contestar. Lo único que podía hacer era mirarla, mientras sentía un nudo en la garganta.

– De nuestros sentimientos.

– ¿De nuestros sentimientos? – repitió ella.

– Sí, quiero saber hacia dónde crees que irá nuestra relación una vez te hayas ido mañana.

A Cassie no le pareció una pregunta difícil de responder.

– A ninguna parte.

Brandon trató de ignorar el agudo dolor que sintió en el corazón.

– ¿Por qué piensas eso?

– ¿Por qué no iba a pensarlo? – contestó irritada –. Nunca me dijiste nada de mantener una relación conmigo.

Tenía razón, no lo había hecho.

– Tenía miedo – se sinceró Brandon.

– Miedo, ¿por qué?

– Hace unas semanas me dijiste lo mucho que amabas tu tierra y que no querías marcharte a vivir a ninguna otra parte. Sabía que no podría hacerte cambiar de opinión y por eso no veía un futuro en común. Me estaba dando por vencido muy fácilmente. Pero ahora sé lo que quiere mi corazón.

– ¿Qué quiere tu corazón, Brandon? – preguntó Cassie estudiando sus rasgos.

Él tomó su mano y la colocó sobre su pecho, encima del corazón.

– Escucha. Es un continuo latido que no deja de decir que yo, Brandon Jarret Washington, amo a Cassie Sinclair Garrison, con todo mi corazón y mi alma. ¿No lo oyes?

Cassie contuvo las lágrimas que amenazaban con asomar.

– Sí, ahora puedo oírlo.

Él sonrió.

– ¿Oyes también los latidos que dicen que me quiero casar contigo, convertirte en mi esposa y madre de mis hijos?

– No, esos no los oigo.

– Pues ahí están, altos y claros. ¿Qué piensas? Antes de que contestes, quiero que sepas que no tengo intención de pedirte que abandones la isla.

– ¿Estás pensando en un matrimonio a distancia? – preguntó ella arqueando las cejas.

Brandon adivinó una nota de desilusión en su voz. Seguramente estaba pensando en las ausencias que sus padres sufrieron.

– No, quiero que vivamos juntos en las Bahamas, y cada día usaré mi avión privado para ir y venir de Miami. Apenas es media hora de vuelo.

– ¿Harías eso por mí? – dijo ella sintiendo que el amor la invadía.

Él sonrió y acarició el hoyuelo de su barbilla.

– Lo haría por nosotros. Te quiero y quiero que las cosas funcionen – dijo y se inclinó para besarla. ¿Estás de acuerdo, cariño?

Ella alargó la mano y acarició su mejilla.

– Completamente.

Brandon tomó su mano y tiró de ella.

– ¿Adonde me llevas? – dijo Cassie, apenas con aliento.

– A casa. Creo que tenemos que cancelar tu vuelo de mañana. Mi corazón tiene muchas cosas más que contarte, así que será mejor que te quedes.

Cassie sonrió, satisfecha de que su corazón perteneciera a aquel hombre.

– Sí, creo que me quedaré otra semana más, sobre todo teniendo en cuenta que mi corazón también tiene algunas cosas que decir.

Fin